





de la ACADEMIA

Div.<sup>n</sup> A

Sub.<sup>n</sup> 2-1

Inscrip.<sup>n</sup> 22

Volú

Imp. Colegi

MUSEO DE LITERATURA MILITAR

ESTADO MAYOR



SERVICIO HISTORICO

EJERCITO ESPAÑOL

Inscripción

Clasificación

Colocación

Sala

Estante

Tabla

Núm.

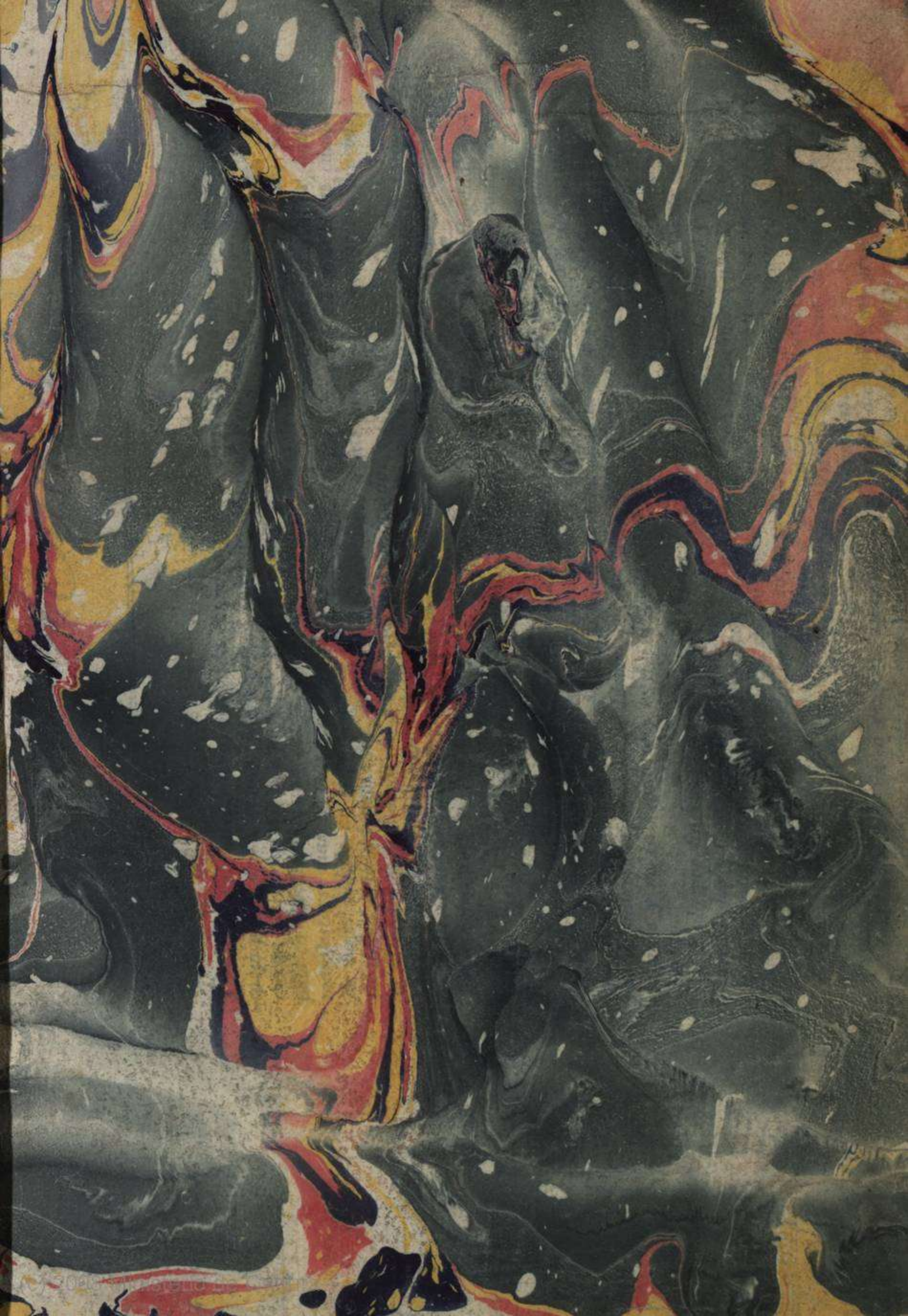
6

1

A. 825

-11-











BDR-858

ML-R-116-A

1825/11

75  
C

1825  
11

1825-19

IBERIADA.

POEMA ÉPICO

LA GLORIOSA DEFENSA

DE ZARAGOZA,

POR LOS FRANCÉSES

POEMA DE D. P. M. DE PRIOR

EDICIÓN DE DON VALVIDARES Y LONGO.

TOMO I

PRIMERA EDICIÓN

PARIS







# LA IBERIADA.



POEMA ÉPICO

## Á LA GLORIOSA DEFENSA DE ZARAGOZA,

BLOQUEADA POR LOS FRANCESES

desde 14 de junio hasta 15 de agosto de 1808, y desde 27 de noviembre de este año hasta 21 de febrero de 1809.

POR EL R. P. M. EX-PRIOR

*FR. RAMON VALVIDARES Y LONGO,*  
*Monge del orden de san Gerónimo en el monasterio de Bornos,*  
*individuo de la Real Academia de buenas letras de Sevilla,*  
*Examinador sinodal de su Arzobispado, Calificador del Consejo de la suprema y general Inquisicion, y Teólogo-Consultor de la Nunciatura Apostólica.*

TOMO I.

SEGUNDA EDICION.



CON LICENCIA.

MADRID: IMPRENTA DE E. AGUADO, bajada de Santa Cruz.

1825.



LA IBERIA



*Antonio Santander*

A LA GLORIOSA DEFENSA

DE VARGAS

BLOQUEADA POR LOS FRANCÉSES

desde 14 de junio hasta 12 de agosto de 1808, y desde 27 de agosto  
viembre de este año hasta 21 de febrero de 1809.

POR EL R. P. M. EX-PRIOR

FR. RAMON VALVIDARRES Y LOVCO,  
Abate del orden de san Gerónimo en el monasterio de Baza,  
académico de la Real Academia de buenas letras de Sevilla,  
Escritor suelto de su tiempo, Colaborador del Com-  
pendio de la república y general de la república, y Teólogo-Consultor  
de la Real Academia de San Fernando.

TOMO I

SEGUNDA EDICION.

CON LICENCIA.

MADRID: IMPRENTA DE E. AGUIADO, Calle de Santa Cruz.

1825.









*P. P. Metro. Fr. Ramon Valvidares.*



Á NUESTRO CATÓLICO MONARCA

EL SEÑOR DON FERNANDO VII,

REY DE LAS ESPAÑAS.

SEÑOR:

*La benéfica proteccion que han hallado las  
letras en todos tiempos á la sombra honrosa  
de los grandes Príncipes, no tan solamente las  
ha elevado á un eminente grado de gloria; sino*

\*



( IV )

que ha sido tambien como el resorte de la felicidad pública. Bajo sus poderosos auspicios los labios del sacerdote guardan la ciencia de Dios; el jurisconsulto con su aplicacion y talento mantiene en un recto nivel la balanza de la justicia; el médico sacrifica sus tareas á la salud de sus semejantes; el físico se afana constantemente en descubrir los arcanos de la naturaleza; el historiador y el poeta cantan y dibujan con los colores mas expresivos las gloriosas hazañas del guerrero para animar á su imitacion á los corazones sublimes; y en fin, no hay sabio alguno que dentro de su esfera no forme los planes mas útiles á la sociedad, alentado siempre por aquella mano generosa que mueve con su influjo una máquina tan admirable.

No hubiera tal vez llegado Roma á gozar de tranquilidad, entre las turbulencias que la agitaban, si el talento superior de un Virgilio no hubiese hallado un tan relevante escudo de



*proteccion en las personas de Octavio Augusto y su ministro. Cubierto con él, se dedicó á formar un poema, que fue sin duda el antídoto contra las dolencias mortales que debilitaban aquel imperio, y bajo la corteza de su fábula escondió un sazonado fruto de moralidad, que bastó por sí solo á domar la fiereza de aquellos pechos rebeldes.*

*Tales son los efectos de una diestra pluma cuando el buen gusto y la aficion á la literatura forman el carácter de aquellos grandes Príncipes que se hallan colocados á la cabeza de los gobiernos.*

*Convencido yo de una verdad tan incontes-  
table, no he dudado consagrar á V. M. el pre-  
sente poema, y renovar en su segunda edicion  
este corto obsequio que hice á su augusta me-  
moria, cuando se hallaba por los años de 13  
en su triste cautiverio, persuadido con justo  
motivo á que llenaria tal vez los deseos de V. M.  
y los altos fines que me propuse en su publica-*



*cion, si purgándolo de los innumerables defectos que lo obscurecen, fijase su alta consideracion en los innumerables bienes que podian resultar á la patria de su meditacion y lectura.*

*Él nos anima á las empresas mas nobles, vivifica el sagrado fuego de nuestro patriotismo, alienta nuestra flaqueza, corrige nuestra ambicion y egoismo, refrena los excesos del amor propio, enseña la disciplina y subordinacion al soldado, descubre los sangrientos males de la desunion, manifiesta los tristes efectos de la traicion é infidelidad, y nos convence, por último, del riesgo inminente con que nos amenaza nuestro vano temor y desconfianza.*

*Él mantendrá siempre viva la memoria de una alevosía enorme con que un vil usurpador atacó nuestros derechos, conservará perpetuamente los hechos ilustres de nuestros compatriotas, que con tanto honor supieron defenderlos á costa de su sangre, estimulará nuestra*



generosidad para imitarlos , y transmitirá á la posteridad mas remota el augusto nombre de un Monarca justo, sacrificado á la tiranía, y el de sus leales vasallos, que supieron vengar sus injurias con el heróico sacrificio de sus propias vidas. En una palabra, él solo bastará á romper en todos tiempos los ominosos eslabones de la esclavitud ó de una usurpacion injusta, si examinamos detenidamente los egemplos illustres que nos propone , las saludables máximas que nos inspira , las interesantes doctrinas que nos suministra , y las sublimes ideas que nos presenta en todo su contexto.

Dígnese , por tanto , V. M. recibir nuevamente este pequeño homenaje de mi amor y veneracion á su Real Persona, y proteger esta obra con el escudo de su augusto nombre , para que cubierta ella coñ tan fuerte egida , contra los ataques poderosos de la emulacion , logre yo cooperar en todos tiempos á los justos deseos de V. M. y ofrecerle rendidamente mis



(VIII)

*escasos talentos en señal de mi gratitud, y de  
aquel profundo respeto con que soy siempre de  
V. M. su mas atento capellan y fidelísimo  
vasallo.*

**SEÑOR:**

**A L. R. P. de V. M.**

*Jr. Ramon Valvidares.*



# RAZON

## *Y PROSPECTO DE ESTE POEMA.*

---

---

**L**as hazañas y hechos memorables de aquellos varones ilustres que derramaron su sangre valerosamente en los campos de batalla por la felicidad de su patria, no tan solamente dejaron á la posteridad unos brillantes rasgos de heroismo que excitasen justamente su admiracion, sino que fueron tambien el modelo mas acabado por donde los venideros pudiesen formar el hermoso cuadro de sus virtudes militares y políticas; mas estos relevantes egemplos serian desconocidos enteramente de las edades futuras, si no apoyasen su existencia y perpetuidad sobre el esmero infatigable de aquellos célebres poetas que con tanto decoro y belleza nos presentaron en sus versos y canciones unas empresas tan gloriosas, y al son de su templada lira cantaron su fortaleza y constancia para despertar los ánimos de todos los hombres á la imitacion de sus egemplos.

De aqui es que los antiguos Romanos condecoraron del mismo modo á los capitanes victoriosos, que á los poetas panegiristas de sus triunfos; porque asi como los unos con los esfuerzos de su valor encendian los pechos

*B*



de sus admiradores y los estimulaban á las acciones mas elevadas; los otros escribiendo sus hechos, realzando sus victorias y perpetuando sus nombres, inflamaban no menos los corazones mas tímidos para caminar por aquella carrera y alcanzar la gloria que ellos merecieron. A esto alude Pitágoras cuando dice *que las obras de los poetas eran entre todas las primeras que debian leerse y conservarse; porque en ellas se nos elogian y cuentan los hechos y proezas de aquellos hombres que se hicieron famosos por sus virtudes, á fin de que los jóvenes impelidos de una noble emulacion, se muevan á copiar las acciones gloriosas de sus mayores.*

No es necesario mas que dar una ojeada sobre los maravillosos efectos que han producido los célebres poemas de aquellos tiempos, para conocer las grandes ventajas que llevaban sus autores á los mismos generales y soldados que en ellos realzaban; porque éstos á la verdad solo aprovechaban con sus egemplos á los naturales de aquel pais que ennoblecian con sus brillantes acciones; pero aquellos, á pesar de las mudanzas del tiempo, de la distancia de los lugares y del transcurso de los siglos, nos conservaban unos vivos modelos de valor, de fidelidad y de constancia, que corriendo de generacion en generacion, traspasando los climas más remotos y venciendo las opacas sombras del olvido, brillan y relucen hasta nuestros dias con las virtudes de sus héroes, y se conservan siempre en la memoria de todos. Mayo-



res victorias alcanzaron los Lacedemonios de los Mesenios por el fuego poético de un Tirtéo, que les enviaron por capitán los Atenienses, que por el de su valor y arrogancia.

Ningunos otros conocieron mejor esta verdad que los ya citados Romanos, cuando para alentar á sus generales y soldados, acostumbraban en los convites y fiestas presentarles diestros músicos que les cantasen en armoniosos versos aquellos hechos mas notables de sus antepasados.

No sé qué género de atractivo tiene la poesía sobre todas las demas ciencias, que embelesado el ánimo con la dulzura de su consonancia, con la grandeza de sus pensamientos, con la elevacion de sus conceptos, con el encañamiento de sus ideas, con la gravedad de sus sentencias, con la moralidad de sus máximas, con la viveza de sus imágenes, y con el maravilloso artificio de sus máquinas ó deidades, se mueve y estimula á repetir con gusto la lectura de un hecho memorable, y queda mas impreso y fijo en su memoria que otro alguno destituido de semejantes gracias y artificiosos adornos.

A ellos han debido su conservacion y perpetuidad las acciones gloriosas del Romano, las ilustres victorias del Griego, y las hazañas y triunfos de casi todas las naciones. Por ellos viven y vivirán siempre los famosos conquistadores de Arauco, los subyugadores del orgullo Mahometano, los esforzados brazos que reprimie-

\*



ron la rebelion de Granada, la intrepidez y constancia de los numantinos, los célebres vencedores de Lepanto y otras empresas admirables que hasta hoy subsisten contra la inconstancia y vicisitud del tiempo que todo lo consume.

Movido pues de estas consideraciones nuestro supremo gobierno, y reflexionando que la constante defensa de Zaragoza era sin duda una de las acciones mas gloriosas para nuestras armas, y acreedora por lo tanto á perpetuarse entre los fastos de la nacion para modelo y egemplar de sus ilustres hijos, tuvo á bien el acordar que se estimulase con honores y premios á los sabios oradores y poetas, á fin de eternizar en sus discursos y poemas un hecho que inmortalizará nuestra fama, alentará la constancia y fidelidad de nuestros verdaderos compatriotas, y confundirá la timidez y perfidia de los espurios hijos que conspiran contra su patria, ó la abandonan en su mayor necesidad y peligro.

Para llenar estas ideas en toda su extension, y cooperar por mi parte al lustre, decoro y felicidad de esta madre comun, tan digna de nuestros desvelos y sacrificios, me propuse luego que se publicó el noble pensamiento del gobierno, escoger aquella clase de composicion poética que mejor reuniese y enlazase todos los medios concernientes á tan altos fines y que suministrase mas auxilios para la consecucion de tan relevantes designios.



Á este fin traté de formar no una breve oda ó algun poema tan sucinto que no bastase á elogiar debidamente el mérito y valor de nuestras tropas y el heroismo de sus gefes; pues aunque estas obras merezcan la atencion de los sábios, si se ejecutan y desempeñan dignamente, son al fin unos monumentos que por su brevedad no pueden conservar todos los hechos notables de un heroismo tan brillante, ni abrazar muchas circunstancias y puntos históricos que son indispensables en el dia para excitar nuestro patriotismo, y el odio que todo español debe tener á la perfidia del usurpador tirano. Por esta causa me determiné á trabajar un poema épico, en que la novedad á lo menos consiguiese lo que no pueden lograr otras composiciones de mucho mérito; y la narracion circunstanciada de nuestras presentes revoluciones y guerras, enlazada en sus episodios, moviese la curiosidad á leerlo y conservarlo como un perpétuo despertador de nuestro heroismo y de nuestra cautela.

Con estas reflexiones me animaba á la empresa; pero no podia dejar de acobardarme lo árduo y dificultoso de ella. Consideraba atentamente que una obra de esta naturaleza era el último esfuerzo del entendimiento humano, en frase de los sábios maestros, y que por lo tanto exigia unos vastísimos conocimientos y particular intruccion en muchas materias análogas á su constitucion: que era necesario para esto meditar y leer mucho tiempo, ó como se espresan algunos, por espacio de veinte años, y



que en el corto plazo de sesenta y seis días señalado para su publicación, ni aun era posible formarse el plan de la fábula con aquella grandeza que pedía la sublimidad del asunto: que tratándose en un poema semejante de muchos puntos pertenecientes á la mitología, á la geografía, á la política, á la historia, á la moral y á la filosofía, no se debía carecer de los principios elementales de estas ciencias, mayormente en el que yo intentaba formar, cuyo plan exigía también por lo menos una noticia general de la física, de la náutica, de la arquitectura civil y militar, de la táctica y estratégica, de la topografía y astronomía con otras muchas materias que en él se tocan. Veía que una obra de esta clase, si su fábula ha de ser grande, ilustre y maravillosa, debe estar adornada de pensamientos sublimes y brillantes, de pinturas é imágenes expresivas, de máximas políticas y filosóficas, de figuras y tropos acomodados, de metáforas y translaciones significativas, de armonía y claridad que deleitase, de episodios instructivos y deducidos sin violencia, de razonamientos tropológicos y propios de los interlocutores, de varios géneros de estilos correspondientes á las personas que hablan, y últimamente de todos los adornos peculiares de la poesía, y principalmente de la epopeya.

Miraba también las innumerables reglas que es preciso guardar en ésta, y que pocos de los mejores maestros del arte han acertado á practicarlas: que era nece-



sario inspirar en todo el poema alguna máxima moral, ó proponer artificiosamente la idea de un perfecto héroe militar: que se debia sostener el carácter propio de éste, sin implicarlo en sus virtudes; que tanto á él, como á las demas personas dependientes de esta cabeza principal se debian presentar con aquella heroicidad y decoro correspondiente á su grandeza y á la calidad ilustre de que deben estar adornadas; que las virtudes de estas tampoco debian contradecirse entre sí, ni destruirse en un mismo sugeto, y que al pintar las costumbres de cada uno era indispensable guardar las cuatro calidades de *bondad, conveniencia, igualdad y semejanza* que distinguen á una persona de otra: que debia usarse con mucho tino de las máquinas ó deidades para conservar la propiedad y verosimilitud de la fábula: que debia ésta guardar las unidades y proporciones necesarias para que no fuese monstruosa; y por último, que debia ser de justa grandeza, y tener su principio, medio y fin, enredo y solucion ó *catástrofe* que la hiciesen ordenada y metódica.

Atendido todo esto era preciso desfallecer en mi propósito, y mas cuando consideraba que el maestro de los poetas, despues de trece años de trabajo, mandó quemar su Eneida por parecerle poco limada, y que todos los demas que le han seguido en semejantes obras han sacrificado no menos tiempo á su formacion, siendo muy pocos los que han llenado el concepto de los sábios y lite-



ratos de buen gusto: así que ya intentaba desistir de mi empeño, cuando las insinuaciones y respetos de algunos amigos de la primera gerarquía, á cuyos deseos no pude menos que condescender gustoso, me estimularon á complacerles y emprender en obsequio de la patria y de nuestro Monarca esta presente obra, que si bien era sobre todas mis fuerzas, debe por lo tanto ser mas digna de indulgencia que ninguna, atendidos los motivos que he tenido para formarla, y la escasez del tiempo en que la he concluido. Bien notorio fué á todos el que prefijó la Junta Central para la presentacion de estos poemas; y que no fue este de los últimos, pero las circunstancias desgraciadas de aquellos dias impidieron al gobierno realizar su promesa en órden á la adjudicacion de los premios, por cuyo motivo traté luego de recoger esta obra con el fin de limarla y aumentarla bajo el plan que siempre me habia propuesto, y no me dejaron desenvolver entonces los estrechos límites del plazo señalado; mas la invasion repentina del enemigo sobre nuestras provincias apenas me dió lugar para ponerme en salvo y buscar la seguridad de mi vida en el reyno de Portugal, donde ya libre de nuestros asesinos, he logrado llenar mis ideas, no sin los grandes trabajos y angustias que debian acompañar á los peligros de que siempre me he visto amenazado. En este conflicto, caminando de pueblo en pueblo y sin los auxilios necesarios para continuar mi meditado proyecto, he añadi-



do al poema otros dos cantos sobre los diez de que antes constaba, comprendiendo en ellos un nuevo episodio acerca de la gloriosa batalla de Baylen y algunas materias instructivas é interesantes para nuestros dias: he procurado asimismo elucidarlo con notas eruditas, que le sirven como de comento en todos los puntos históricos y científicos que en él se tratan, las que he colocado al fin de la obra para mas facilitar al lector por este medio la inteligencia de ella, y darle una exacta idea del origen, antigüedad, hechos memorables y demas circunstancias de aquellos héroes, deidades y personas que en ella se comprenden; de suerte, que en el preciso término de siete meses, contando en ellos los dos primeros señalados por el gobierno antiguo, he conseguido formar un poema de ocho mil versos con el argumento histórico de la accion principal que le antecede, término á la verdad tan escaso, que él solo bastará á cerrar la boca del censor mas rígido, cuando considerare que el autor de la Eneida no gastó menos en la formacion de cada uno de sus cantos ó libros; pero si á pesar de todo abriere no mas que el ojo de su malicia para descargar el tiro sobre los muchos defectos que confieso tiene esta obra, y acompañan siempre aun á las mas acabadas y recomendables de esta clase; dignese no cerrar el de su sinceridad para confesar ingenuamente lo que en ella hallare de utilidad y provecho.

Si con esta sana intencion la miráre, puede ser que

C



le encuentre alguna cosa digna de recomendacion, tanto por los importantes objetos que abraza, como por la pureza de su castellano y claridad que he procurado observar en ella, asi en el órden de sus voces y frases, como en el plan de la fábula. Esta es muy sencilla é inteligible en todos los doce cantos de que se compone, sin carecer por eso de aquella justa grandeza y sublimidad que deben caracterizar á la fábula épica.

En el primer canto introduzco á Minerva, diosa de la guerra y de las ciencias, protegiendo á los Celtíberos en la capital de esta provincia, y á Jove su padre desvelado en favorecer sus designios; pero envidiosa Pirene ó Francia, genio infernal y monstruo horrendo, de semejante proteccion, por mirar á su parecer abatida su gloria con la prosperidad de esta gente, suscita á la Discordia precursora de Marte para que arme á éste contra la Iberia, y principalmente contra la capital de Aragon: asi lo egecuta por sus persuasiones maliciosas, y enciende la guerra ayudando á Pirene contra la nacion española. Pálas entonces implora el favor de su padre Jove, y éste la destina para que como diosa de la paz y de la guerra baje á defender al pueblo Ibéro y dirigir con sus consejos á Palafóx, general de Aragon.

**CANTO II.** En cumplimiento de este superior mandato de Jove, baja Minerva y se aparece al Gefe entre las perturbadas sombras del sueño; le inspira su fuerza y valor, y dándole sábias instrucciones sobre su encar-



go y misión, le promete su ayuda y desaparece: animado el General con esta vision, reúne sus tropas y gefes; les manifiesta el motivo y origen de la presente guerra, y los exhorta á sostenerla con la narracion que les hace de todos los acontecimientos precedentes á ella desde la revolucion de Francia hasta la nuestra, y es un episodio del poema con que se instruye al lector de las causas que nos han movido á una lucha tan justa, inflamando al mismo tiempo el heroismo de todo verdadero español para vengar sus injurias y romper sus cadenas.

CANTO III. El enemigo ayudado del fiero Marte se presenta sobre los campos de Alagón, y Palafóx le sale al encuentro; pero antes hace á sus tropas un sábio razonamiento, con el que enciende el fuego de su valor y patriotismo, y se traba un sangriento combate, en el que llevan los españoles la peor parte, entregándose á una inconsiderada fuga; mas alentados con una exhortacion que les hace el Gefe junto á los muros de Zaragoza, acometen segunda vez á sus contrarios, y los derrotan completamente en el sitio llamado de las Eras.

CANTO IV. Continúa la batalla con diversos sucesos hasta la fuga precipitada del enemigo, y registrando despues el campo de la guerra los gefes y soldados españoles, hallan á un muchacho de trece años muerto sobre un francés, aferrando con sus dientes el rostro de su enemigo, que se hallaba tambien difunto á los esfuerzos de su valor: con este motivo les hace Palafóx un dis-

\*



curso enérgico para confirmarlos en su constancia, y llenar de confusión al tímido y cobarde con el ejemplo del muchacho que tenían presente.

CANTO V. Retirados ya del campo los soldados con su general, ocupan aquellos sus cuarteles, y éste con sus gefes vuelve á su casa, donde les prepara un magnífico convite para refrigerarlos de sus fatigas: en él refiere un oficial marino la sangrienta batalla de Trafalgar de que habia sido testigo; y es otro episodio deducido del primero, donde Palafox habia dejado pendiente este suceso para contarlo de propósito en ocasion mas oportuna, y acabar de instruir á los oyentes en todos los hechos de la perfidia francesa desde su alianza con la España.

CANTO VI. Prosigue el combate de las escuadras, y cuenta tambien el marino la horrible tormenta que se siguió despues de la batalla: concluye al fin su relacion, y hace Palafox un grande elogio de la instruccion é imaginacion poética que habia manifestado en la narracion de esta historia, con cuyo motivo forma algunas reflexiones instructivas sobre las excelencias de la poesía: se retira despues á recogerse, y se le aparece Albión entre sueños, donde tienen los dos un dulce coloquio, en el cual ella le promete dispensar á su nacion todos los auxilios necesarios para contrarestar al enemigo; mas estando el Gefe gozando en su transporte de tan augusta vision, despierta turbado con el estruendo de la guerra que ya hacia el contrario sobre la ciudad.



CANTO VII. Encendido el combate por una y otra parte con el mayor ardor y valentía, se ven los enemigos obligados á abandonar el campo; mas reunidas todas sus fuerzas, atacan con mayor vigor á los nuestros, que tienen que ceder al fin á su gran número y disciplina, replegándose á la ciudad de Calatayud, desde donde se parten con Palafóx á Zaragoza: á este tiempo se hallaba el hermano del Gefe juntando algunas tropas para auxiliarle; y descansando aquella noche, le envia Minerva la ninfa Iris, mensagera de los dioses, la cual se le aparece entre el sueño, y le avisa del peligro en que se hallaba su hermano, mandándole que se levante y camine á su socorro: despierta con esto atemorizado, y tomando el sueño por presagio de algun suceso desgraciado, marcha con su gente á Zaragoza: los enemigos acometen á la ciudad, y ésta les hace tan gloriosa resistencia, que se ven precisados á retirarse; pero recorriendo Palafóx todos los puntos avanzados, y reclinado algun tanto sobre la márgen del Ebro, se queda dormido, donde se le presenta la imágen del rio mostrándole en un pergamino el retrato de una muger que en aquel mismo dia se distinguiria con los egemplos de valor mas dignos de la admiracion: el General absorto de tan alto modelo de patriotismo, intenta arrebatarlo para eterna memoria de su nacion, y en este empeño despierta repentinamente, y escucha el estruendo de los enemigos que batian ya la ciudad por varios puntos, y se inter-



naban por sus calles: los aragoneses rechazaban sus fuerzas con indecible constancia, y andando Palafóx animándolos con su presencia: descubre á la muger que le habia mostrado Ebro en el sueño, haciendo vivo fuego con un cañon, y contrarestando con la mayor constancia á sus contrarios: el Gefe se acerca á ella despues de retirados los enemigos, y dispensándola los debidos premios y gracias á que se hizo acreedora, prorumpe en una declamacion patética á favor de su heroismo, que es tambien una invectiva contra los pérfidos y cobardes.

CANTO VIII. Decidida del todo la batalla á favor de los aragoneses, prepara el Gefe á sus oficiales una gran funcion para celebrarla, donde al son armonioso de dulces instrumentos cantan los hechos memorables y señalados triunfos que alcanzaron sus antepasados de la nacion francesa; pero en medio de tanta celebridad y contento baja la Victoria precedida de la sonora Fama, y apoyada sobre el Torrero, convida y llama la atencion del pueblo aragonés para que escuchase los grandes sucesos que iba á anunciarle: entonces saca de su seno un hermoso libro guarnecido de piedras, en el que comienza á leer en voz alta la insigne y memorable batalla de Bailén, habiendo precedido ántes un digno elogio que hace la diosa del héroe principal de esta accion.

CANTO IX. Continúa Victoria la relacion de esta batalla hasta su conclusion, y es otro episodio del poe-



ma y una de las partes de nuestra historia presente: en acabando la narracion resuenan los aplausos y aclamaciones de todo el pueblo, y al son de repetidas salvas y repiques de campanas expresa su contento y alegría, con lo que noticiosos los enemigos de estos sucesos, y amedrentados de tal derrota, huyen precipitados de la ciudad y levantan el cerco reuniendo sus duras huestes sobre la margen del Ebro: la Fama entonces convoca con su clarin sonoro todas las tropas de la nacion, y uniéndose á ellas Palafóx con las suyas, oponen mutuamente sus fuerzas al comun enemigo; mas viendo el sangriento Marte frustradas enteramente sus intenciones y designios, recurre á la Discordia su precursora, y le hace una breve alocucion sobre el ultrage que sufre en la empresa que tomó á su cargo por sus exhortaciones y consejos: ella mas irritada y furiosa con esto, desciende al averno, y reuniendo sus ministros infernales, separa luego á la Perfidia, á la Ambicion, á la Emulacion y al Egoismo, y haciéndoles un sucinto razonamiento, marcha con ellos adonde se hallaban nuestros egércitos; se lanzan todos entre las filas y escuadrones, y logran desunirlos con la ponzoña cruel que vierten sobre los pechos de gefes y soldados: Palafóx temiendo de aquí la vuelta del enemigo sobre Zaragoza, recoge su gente y se retira á esta capital para tratar de su defensa: con este motivo hace un sábio discurso á sus tropas sobre los funestos males que siguen á la desunion: los contrarios



vuelven á poner el cerco á la ciudad, y los españoles la defienden con el mayor teson y bizarría.

CANTO X. Descansando una noche el valeroso Palafóx de sus fatigas, y acongojado su espíritu con las desgracias de su patria, se queda transportado en un profundo sueño, en el que se le vuelve á presentar Minerva, y arrebatando su turbada fantasía, le muestra el gran órden y armonía de los cielos, el movimiento y curso de los planetas con otros muchos secretos y prodigios que alli le descubre. De aqui bajando luego sobre las llanuras del Betis, le manifiesta desde un monte los ricos tesoros y producciones que habia reunido naturaleza en aquel hermoso pais; pero absorto el Gefe con perspectiva tan lisongera, lo retira la diosa inmediatamente para mostrarle otro lienzo mas conforme á su profesion donde hallaria su heroismo un digno modelo de sus empresas militares: con este designio lo arrebató segunda vez por los aires, y llegando al templo de la Fama, le va manifestando los bustos de aquellos héroes mas señalados en todas las naciones por sus triunfos y conquistas, comenzando desde el tiempo de los Egipcios hasta la gloriosa época de los valientes Españoles del siglo XVIII: alli le hace una breve relacion de sus memorables hazañas, animándolo con ellas á imitar su constancia.

CANTO XI. Continúa Pálas mostrando al Héroe los demas adornos que hermoseaban el templo, y entre ellos le descubre una linda série de paisés y lienzos delicados



donde se veían por su órden todas las cuatro partes de la tierra con sus islas, provincias y principales ciudades: llegando á la Europa advierte Palafóx la falta de algunos reinos y estados que no se describian allí, y preguntando á Minerva la razon de tan notable defecto, iba ya la deidad á instruirle sobre el motivo de él, cuando Fama infundiendo su espíritu y vida en la imágen suya que presidia en el templo, le habla por su boca, satisfaciendo á su pregunta; y acabando con un sábio razonamiento en que elogiaba á sus compatriotas de la constancia y heroismo que tanto los distinguia, vuelve otra vez á su antiguo ser, quedando estátua muda como ántes: entonces Minerva conduce al Héroe á una puerta que daba paso á unos amenos campos, donde le introduce por una obscura gruta y le hace bajar á la tartárea region para mostrarle en ella los crueles tormentos con que se castiga la traicion: alli le presenta al pérfido Conde don Julian, que era el objeto de tan duros suplicios, el cual le hace un patético discurso sobre los males que causa la perfidia, exhortando á todos á huir-la con su lamentable egemplo, y en estos dos cantos se incluye otro episodio, en el que se instruye al lector de varias materias útiles é interesantes.

**CANTO XII.** Mientras que Palafóx contemplaba entre el sueño tantas cosas dignas de su admiracion, Marte desesperado ya de vencer á los Celtíberos, acude á Pandora para que derrame sobre Salduba la caja de sus

*D*



dolencias y enfermedades, solicitando por este medio lo que no habia podido lograr por la fuerza de sus armas: asi lo ejecuta ésta por sus ruegos y persuasiones, y entrando en la ciudad vierte sobre ella su pestilente cofre, con lo cual comienza á encenderse en el fuego devorador de una maligna fiebre que hace perecer la mayor parte de sus habitantes: Minerva al ver la afliccion de su pueblo, se retira de la presencia del Héroe á quien conducia en su transporte, y vuela á su padre Jove adornada de la mayor belleza y hermosura: llegando ante su trono le pide con tiernas lágrimas el remedio de tan duros males, y él la consuela revelándole lo que habian decretado los hados á favor del suelo español; y para que sus naturales tuviesen ya algun alivio en sus penas, llama al sangriento Marte y á la Discordia, y haciéndoles un razonamiento sobre los daños que causaban con su furor y astucia detestable, que es el epílogo ó recapitulacion del poema, les amenaza con sus iras, si no separaban ya su rigor de los términos del Ibéro, y lanzando al mismo tiempo un vibrante rayo, huyen ellos temerosos hácia el norte de la Europa para encender allí de nuevo la guerra, siguiéndoles tambien Pandora despues de haber dejado herido á Palafóx de la contagiosa fiebre: al estrépito que hizo el rayo despierta el Gefe turbado, buscando entre su delirio á la diosa que habia perdido en la obscuridad del abismo infernal; pero al querer incorporarse, cae desmayado y sin fuerzas



con el ardor de la dolencia que le consumia los huesos: en este estado se le acerca la Melancolía en traje obscuro y triste, y bafeando su negro aliento, le aprieta tres veces el corazon; con lo que ya bañado en un sudor frio, comienza á desfallecer por instantes: porque Jove queriendo hacerle mas glorioso por este medio y constituir su felicidad en la última victoria que habia de alcanzar de la muerte como complemento de todas las demas, le conduce hasta los umbrales del sepulcro, en cuya situacion se le presenta un pavoroso espectro armado de una segur; y haciéndole un breve discurso sobre la verdadera felicidad del hombre, intenta herirle con la guadaña que traía en la mano; pero espantado y temeroso de cortar aquella inmortal vida, huye luego precipitado, y el digno Gefe queda mas lleno de gloria con este triunfo: entonces baja la Fama, y esculpiendo su relevante nombre sobre una lámina de bronce, lo conduce á su templo, donde lo deja colocado entre los de aquellos héroes ilustres que en él habia visto.

Este es todo el plan de la fábula, en la que he procurado seguir en lo posible el recto y trillado camino de los dos grandes maestros que tenemos en esta materia, sin cuya guia tropezaremos á cada paso en una vereda tan escabrosa; pero he querido principalmente imitar á Virgilio tomando algunos de sus pensamientos é imágenes, porque juzgo que no será de mayor mérito producir una idea original, que traducir ó imitar

\*



las de un autor tan clásico, é insertarlas entre las mias como su mayor adorno. Me he propuesto asimismo en esta obra conciliar del modo posible las diversas opiniones de los maestros de la epopeya, y seguir el uso mas comun acerca de sus diversas partes. Por esta causa he querido dar á mi Héroe un éxito feliz de que le privaron las circunstancias desgraciadas en que se vió la insigne Zaragoza en su último sitio, estableciendo su felicidad en las repetidas victorias que alcanzó hasta el fin, no solo de las armas enemigas, sino tambien de las mismas cadenas y hierros, prefiriendo antes la prision á una esclavitud vergonzosa en que se constituía siguiendo el partido del tirano: no menos hago ver su felicidad en el triunfo que consiguió de la muerte que le rodeó tan de cerca, é hizo perecer la mayor parte de sus tropas, perseverando siempre fiel á la patria y á su Monarca, que es la mayor gloria y honra del hombre.

Por esta misma razon no debe extrañar el lector el que siempre haga aparecer á las deidades entre las sombras del sueño, cuando se trata de exhortar ó ayudar á un héroe cristiano; porque siendo á mi parecer tan impropio é inverosimil que un poeta de esta clase introduzca á Venus armando á don Juan de Austria con el escudo y armadura que le habia fabricado Vulcano, mezclando con esto al mismo tiempo el estandarte de la fé; como el que por solo su antojo traiga al retortero á los dos grandes príncipes de la milicia celestial, haciendo



servir de embajador para Gofredo al que solo destinó Dios para las mas sublimes embajadas del cielo; he querido por lo tanto adoptar este medio entre las dos opiniones, pareciéndome que hay toda la posible libertad en la turbada fantasía del que duerme para representar en ella algunos pasages maravillosos que serian impropios é inverosímiles en el que se halla despierto. No milita tal inconveniente cuando se presentan dos ó mas deidades fabulosas hablándose ó ayudándose mutuamente; porque éstas despues de estar entre sí bajo de un mismo orden y clase, no hace entonces el poeta otra cosa que usar de la fábula, representándola con los mismos colores que la suministra la poesía para hacer la suya mas ilustre y maravillosa: tampoco lo he tenido en introducir á la Muerte razonando con Palafóx, y á la Victoria con el pueblo de Zaragoza, porque en el primer pasage, aunque se supone al Héroe despierto, se le contempla al mismo tiempo perturbado con el delirio de la fiebre y melancolía, por cuya razon no es inverosímil el personalizarlas á todas tres como aqui se hace; y en el segundo no habrá alguno que ignore ser esta una figura ó alegoría la mas propia para significar la alegría y felicidad que se siguen á un triunfo de aquella clase, y la publicidad con que él mismo se comunica precedido de la fama que lo eterniza siempre en los anales de la historia, ó lo graba en el corazon de los hombres que es propiamente su templo.



Con este arbitrio he logrado conservar siempre la verosimilitud de la fábula sin privarla del uso constante de las máquinas ó deidades profanas que hacen su mayor adorno y belleza: él tampoco tiene nada de nuevo y violento, si se atiende á que el mismo Dios nos abrió este camino para declarar á los hombres misterios importantísimos por medio de unas figuras y alegorías que los daban á conocer, como se observa en los sueños de Jacob, José y san Pedro, con otros varios que se hallan en los libros santos, por lo que no será importuno que yo lo siga en unas materias no tan altas é interesantes.

Ultimamente, he querido dar á mi Poema el título que en él se nota, por ser el mas propio y adecuado para demostrar no solo la accion principal, sino tambien las particulares de nuestra historia que se comprenden en sus episodios; porque debiéndose tomar aquel, ó del nombre del Héroe, ó del parage donde sucedió la tal accion que se le atribuye; habiendo sido ésta sobre las márgenes del Ebro, ó en la primera provincia que de su nombre se llamó Iberia, y las demas que de ella se deducen haberse dado, ó por las armas españolas, ó en el territorio de la España que recibió despues el mismo renombre; no debia convenirle otro que el de *la Iberiada*, con el cual se significan todos los hechos memorables de los Españoles é Ibéros contenidos en esta obra. Por iguales ó semejantes razones apellidó Camoens á su



poema con el título de *Lusiadas*, donde se describen las hazañas ilustres de los Portugueses ó Lusos, y ha sido tenido de todos por muy adecuado y conveniente al argumento sobre que gira. De este modo he procurado separar de esta obra todos los escollos donde puedan tropezar los críticos mordaces que solo buscan en los libros sus defectos y no sus bellezas; pero si este tuviere la desgracia de caer en sus manos, deberán saber que ni por ellos lo comencé, ni he querido dejar de concluirlo por temor de su censura; pues vivo persuadido á que los hombres sensatos conocen las grandes espinas que hay en un camino tan árduo, y sabrán por lo tanto disimular los muchos tropiezos que habré dado en él, lejos de exasperarse contra la flaqueza y debilidad de un ingenio que tan precipitadamente lo ha corrido hasta su fin y conclusion.



primer con el título de ... en ...  
 las ... de ... y ...  
 solo ... por ... y ...  
 el argumento sobre que ... de ...  
 de ... de ... de ...  
 respecto a las ... que ... en ...  
 ... de ... y ... pero si ...  
 ... de ... de ...  
 ... no ...  
 de ... en ...  
 ... los ...  
 ... por ...  
 ... los ...  
 ... en ...  
 ... por ...  
 ... en ...  
 ... en ...  
 ... en ...  
 ... en ...  
 ... en ...  
 ... en ...  
 ... en ...  
 ... en ...  
 ... en ...  
 ... en ...  
 ... en ...





# ARGUMENTO HISTÓRICO

## DE LA IBERIADA.

**L**a valerosa y obstinada defensa de Zaragoza no solo ha merecido la justa admiracion del siglo presente, sino que tambien se hace acreedora á los elogios de los futuros, como digna recompensa del valor y del patriotismo: por esto nos ha parecido muy razonable que cuando las Musas cantan las memorables hazañas de tan ilustres héroes, las perpetúe tambien la historia en sus anales eternos, y hallen los venideros dibujados con todos los colores posibles aquellos valerosos hechos que constituyen la gloria de su nacion. De este modo nada tendrá que desear su curiosidad, y será mas acabado el modelo que deban proponerse para llamarse verdaderos hijos de su patria, y legítimos sucesores de sus antepasados.

La capital de Aragon llamada antiguamente Salduba, y ahora César-Augusta ó Zaragoza, por haberla reedificado Augusto César, se halla situada en un valle del Ebro sobre su margen derecha, comunicándose por un puente de piedra con un arrabal que tiene la ciudad á la orilla izquierda de este rio. Su terreno es muy abundante y delicioso, y sus planicies todas se ven cubiertas de sembrados, olivos y frutales hasta llegar á las elevadas montañas que limitan su horizonte, y se sitúan á una considerable distancia de la ciudad: sin embargo, ella es dominada al S. O. por una eminencia llamada el monte Torrero, distante

E



casi una milla de la poblacion, sobre la cual habia un convento y algunos otros pequeños edificios. Los muros de esta ciudad son débiles y de poca resistencia; sus puertas construidas con la mayor simplicidad, y su línea de defensa se halla prolongada por la tapia ruinoso de un jardin en algunos parages, por antiguos edificios en otros, y la mejor parte por los restos de una añosa muralla de tierra, revestida de un mal parapeto; mas sin alguna plataforma aun para la mosquetería.

En tal estado de defensa no dudaron sus habitantes correr á las armas el dia 25 de mayo de 1808 para repeler la injusta agresion de sus enemigos, y levantados en masa confirieron el gobierno de toda la provincia al Excmo. Sr. D. José Palafox, el menor de sus hermanos, que se hallaba en su casa de campo escapado pocos dias antes de Bayona, donde habia ido acompañando á su Rey Fernando VII.

Cuando tomó el mando del ejército, halló que todas las fuerzas disponibles de Zaragoza no pasaban de 220 hombres: que los fondos públicos llegarían cuando mas á 20 rs. vn: que las provincias vecinas de Navarra y Cataluña eran dominadas enteramente por los franceses: que se hallaban descubiertos todos los pasos de los Pirineos que conducen directamente al reyno de Aragon, y que Murat con el principal cuerpo de sus tropas se apoyaba sobre Madrid, rodeando de este modo los enemigos todo aquel reino; pero confiado no obstante en el patriotismo del pueblo, él se atrevió á declarar la guerra á sus contrarios del modo mas solemne y arrogante.

En el principio de junio destacaron éstos desde Pamplona 800 hombres de infantería y 900 caballos contra Zaragoza, antes de dar lugar á su digno gefe de organizar alguna fuerza capaz para la defensa de la ciudad; pero el marqués de Lazan, hermano



mayor de Palafóx, los atacó junto á Tudela con algunos paisanos armados, y á poco tiempo se vió obligado á ceder á la fuerza y á la disciplina, replegándose sobre Mallén, donde nuevamente tuvieron la desgracia de experimentar la insuficiencia de los cuerpos indisciplinados, cuando éstos se oponen á tropas reguladas.

Á 14 del propio mes se dirigieron los franceses á Alagón, diez y seis millas de Zaragoza; mas los habitantes de esta ciudad reunidos inmediatamente á la voz de su General, le obligaron por todos los medios posibles á que los condujese al enemigo: á pocos pasos que anduvieron lo encontraron ya formado en orden de batalla sobre una planicie que le era muy ventajosa para su caballería y artillería volante, por lo cual luego conocieron los aragoneses la temeridad de su empresa, y se vieron obligados á replegarse sobre Zaragoza, sostenidos por 220 hombres de tropas disciplinadas y algunos fusileros de la provincia que se cubrieron de gloria: los franceses entonces avanzaron hasta bien cerca de la ciudad, tomando posicion en el valle del Ebro y parte opuesta de esta capital, donde se hallaban cubiertos por un terreno elevado y lleno de olivos: desde aqui destacaron luego un pequeño cuerpo de caballería, que penetrando por la poblacion, pagó su arrojó con el destrozo de casi todas sus fuerzas. Los aragoneses entre tanto habian colocado algunas piezas en las puertas, cubriendo asimismo las alturas y posiciones mas ventajosas de fuera con obras y baterías construidas precipitadamente.

Al siguiente dia atacaron los enemigos los puestos exteriores sobre el canal, mientras que su principal cuerpo tentaba el asalto de la ciudad por la puerta llamada del Portillo; pero los aragoneses embestidos á un mismo tiempo asi en los puestos avanzados, como en las puertas, pelearon con tanto furor como indisciplinados: su artillería era servida por el primero que llegaba á

\*



ella: todos mandaban y obedecian alternativamente; mas todos eran animados por un mismo espíritu; y á pesar del desorden y la confusion, sus esfuerzos fueron al fin coronados por una completa victoria. Una partida enemiga quedó muerta dentro de la ciudad, donde le habia conducido su demasiado ardor; por lo que convencido el General francés de su flaqueza y debilidad, hizo retirar sus tropas y tomar posicion fuera del alcance de nuestra artillería, dejando todo aquel campo cubierto de cadáveres: entre ellos se encontró el de aquel valeroso muchacho de doce años que con tanta razon elogiaron los papeles públicos, y hemos querido colocar en este Poema como uno de los mas raros modelos de valor é intrepidez: en él se hace mencion de sus memorables hazañas, y por lo tanto omitimos referirlas en este lugar.

Esta accion tan ventajosa para las armas aragonesas hizo respirar un poco á Zaragoza de los trabajos, y se vió libre de sus enemigos por algun tiempo; pero sin medios de sustentar por mucho el bloqueo de que se veía amenazada: sus fortificaciones eran murallas de tierra: su artillería gruesa ninguna, y su ejército muy pequeño para emprender alguna surtida contra las obras enemigas: mas su confianza en Dios, en su valor, y en la justicia de su causa era tan grande que la hicieron superar todos los obstáculos, y el pueblo se resolvió á defender las calles de la ciudad hasta el último trance. Á este fin partió el General de Zaragoza con el designio de juntar algunos refuerzos y medios para resistir un cerco, y proveer á la defensa de aquel reino si la capital llegase á sucumbir: halló 1400 soldados que habian escapado de Madrid, y una pequeña division de milicias fijas de Calatayud. Con estas cortas fuerzas atacó á los franceses, y marchó despues á Epíla con el ánimo de pasar á Muela y encerrar al enemigo entre su ejército y la capital; mas los españoles fueron atacados re-



pentinamente en Epíla, y obligados á ceder al mayor número y disciplina, replegándose con las reliquias de este ejército sobre Calatayud, de donde pasaron á Zaragoza no sin grandes dificultades.

Reforzados entre tanto los franceses con nuevas tropas y artillería de Pamplona, ocuparon las planicies y olivares que rodean la capital; pero la audacia y el valor de los sitiados no dejaban de incomodarlos en todas sus operaciones. Á pesar de esta oposicion se apoderaron al fin de media ciudad, y en 28 de junio se hicieron dueños del Torrero, como tambien de la batería vecina que estaba confiada á un oficial de artillería con 500 hombres, quedando desde entonces la plaza sin otra comunicacion que la del pais situado á la margen derecha del Ebro.

En este tiempo los aragoneses se ocupaban con el mayor ardor en poner la ciudad sobre aquel plan de defensa mas compatible con la escasez de sus medios. De las cortinas de los balcones hicieron sacos, y llenos de arena los colocaron en las puertas, formando con ellos trincheras y parapetos: cabaron un ancho fosso delante de cada una: levantaron almenas sobre el flaco muro, y construyeron en él algunas troneras para hacer jugar la fusilería: fijaron algunas piezas sobre las posiciones mas ventajosas: demolieron las casas y edificios contiguos; y los olivares y jardines que hacian en otro tiempo la mayor riqueza y placer de sus propietarios, fueron destruidos por ellos mismos en todos aquellos puntos donde servian de obstáculo á la defensa de la ciudad ó pudieran cubrir los aproches del enemigo. Los esfuerzos de los hombres eran animados por el celo de las mugeres, que unidas en cuadrillas de todas clases y condiciones se destinaban indistintamente á socorrer los heridos, y proveer de lo necesario á los que defendían las baterías, en cuanto los monges se ocupaban en



fabricar cartuchos, y los niños en conducirlos á sus propios destinos.

Los franceses tampoco se descuidaban en estrechar el cerco, y apenas se contaba un dia sin algun combate sangriento entre los dos campos enemigos. Á fines de junio consiguieron entrar en Zaragoza 400 soldados del regimiento de Extremadura, y algunos pequeños destacamentos de otros cuerpos, á que se agregaron tambien varios artilleros y dos piezas de á veinte y cuatro con algunas bombas que llegaron de Lérida.

Á 30 de este mes fue volado un edificio muy sólido que servia para el depósito de la pólvora, á cuya terrible explosion se vió convertida en ruinas una calle entera; pero aun no habian los aragoneses calmado su dolor ni acabado de sacar á sus conciudadanos de entre los escombros fumigantes, cuando los enemigos comenzaron un fuego vivísimo con una gran remesa de bombas, morteros, obuses y piezas de á doce que acababan de recibir de Pamplona. El ataque del contrario parecia dirigirse al Portillo y castillo próximo que estaba fuera de los muros; mas la batería de esta puerta fue defendida con tanto valor, que despues de ser destruida varias veces, se vió otras tantas renovada bajo el fuego enemigo, siendo verdaderamente terrible la carnicería y destrozo que se hacia diariamente sobre este punto. En él tuvo el lugar mas distinguido la memorable accion de aquella muger que se refiere en nuestro Poema: esta valerosa heroína, que como las demas se ocupaban en abastecer á los soldados de las puertas, llegó á esta batería en el instante desgraciado en que el fuego enemigo habia hecho desaparecer todas las tropas y artilleros que la defendian: arrebatada entonces de un ardor inimitable, salta por encima de los cadáveres, quita á un soldado una vela encendida que traia en la mano, y pegando fuego á un cañon de á veinte



y cuatro reforzado, logra con una descarga de metralla desbaratar una columna enemiga que atacaba por aquella parte. Animadas las tropas con el buen suceso acuden al puesto, y recobrada ya la batería, jura ella no desamparar el cañon hasta perder la vida. Este acto de intrepidez alentó de tal manera á los soldados, que hicieron cambiar la del enemigo con el fuego terrible que sobre él comenzaron á descargar. Yo tuve la satisfaccion de ver en Sevilla á esta muger con el escudo de honra que le concedió el General Palafox por esta accion valerosa, juntamente con el grado y sueldo de Alférez que le dió el Gobierno supremo de la nacion, residente entonces en aquella capital: era de estatura brillante y bien proporcionada; su rostro agraciado y de buenas facciones, su color claro y sonrosado, sus ojos vivos, y toda ella manifestaba aquella robustez y brio que la hicieron tan recomendable: díjose tambien por cierto que era su esposo el artillero destinado al servicio de aquella pieza, y que cayendo muerto en el ataque, ella lo retiró á un lado con un denuedo varonil y le sustituyó en su oficio con el feliz éxito que hemos visto.

Al amanecer del dia 2 de julio se dejó ver una columna enemiga avanzando á la bayoneta sobre el Portillo, quedando el resto de ella formada en línea, ó para sustentar el ataque, ó para aprovecharse de sus ventajas, si consiguiese penetrar en Zaragoza; mas luego que se aproximó al castillo padeció un fuego tan vivo por el flanco, que huyó dispersa, no obstante los esfuerzos y diligencias que hicieron los gefes para contenerla. El general francés mandó que avanzase otra á la puerta del Cármen, que se hallaba defendida por una batería y por la fusilería, que desde las murallas dominaban por ambos lados los aproches de la puerta; mas ella tuvo igual suerte que la primera, siendo tambien rechazada con una pérdida considerable. Estos repetidos ataques y



el continuo bombardeo que sostenian sobre la ciudad, hicieron creer á los enemigos que no tardaría su rendicion luego que una de sus divisiones llegase á penetrar por sus barrios; pero el resultado mostró el errado concepto que ellos tenian del valor y firmeza de los aragoneses.

Rechazados y batidos aquellos en todas ocasiones, trataron de quitar á la plaza todos los recursos y medios de su defensa: vadearon el Ebro por encima de la ciudad, y formando un puente por la parte de abajo, lograron hacer pasar toda su caballería para la otra banda del rio, á pesar de los grandes esfuerzos del pueblo: por este medio destruyeron todos los molinos que servian para el abasto, impusieron contribuciones á las aldeas y pueblos circunvecinos, y cortaron toda la correspondencia y comunicacion que abrian el paso á la subsistencia de la capital. En esta crítica situacion hizo Palafox construir atahonas, empleó á los religiosos en fabricar pólvora bajo la direccion de maestros hábiles, exigió todo el azufre que habia en la ciudad, aprovechó la tierra útil para el salitre, y mandó hacer carbon de las cañas del lino y cáñamo, que en esta provincia son bastante gruesas y crecidas: de esta suerte consiguió formar una fábrica capaz de dar por dia trece arrobas de pólvora durante aquellas circunstancias tan apuradas.

Á fines de julio se vió el pueblo generalmente atacado por el enemigo, cuando aquel numeroso vecindario se hallaba con poquísimos víveres, y con menos esperanzas de socorro: cuarenta y seis dias de trabajo continuos habian debilitado sus fuerzas, mas no apagado los ardores de su celo: carecia de un asilo seguro para los enfermos: sus calles se miraban sembradas de innumerables cadáveres por las frecuentes escaramuzas que sostenian con el enemigo para abrir la comunicacion con los pueblos vecinos, y



rodeados por todas partes de nuevos peligros y temores, tentaron los aragones el último medio para recobrar á toda costa la posicion importantísima del Torrero; pero convencidos al fin de la imposibilidad de su empresa, trataron de vencer ó morir dentro de sus muros.

En la noche del 2 de agosto y siguiente dia bombardearon los enemigos á Zaragoza desde las baterías que habian construido frente de la puerta del Carmen, logrando sacrificar á su saña un edificio destinado para recoger los enfermos y heridos durante el bloqueo: volóse por uno de los acontecimientos funestos que son inseparables de la guerra, y al mismo tiempo que amortiguó algun tanto los bríos del valor, encendió con mayor viveza la llama de la caridad mas acendrada: todos corrieron inmediatamente al socorro de los enfermos y niños expósitos que en él habia, y olvidados del horroroso incendio que abrasaba ya el edificio, como tambien del inminente peligro que les ofrecia el fuego repetido del enemigo, consiguieron salvar á muchos miserables de entre las sangrientas manos de la muerte, y dejar á la posteridad un ejemplo tan digno de su admiracion.

A 4 de agosto rompieron los franceses un fuego vivísimo contra la puerta y barrio de santa Engracia, distante un tiro de pistola de las baterías que á este efecto levantaron sobre la margen derecha del Huerva, y en un momento desaparecieron sus flacos muros, quedando reducido á cenizas el célebre monasterio de la Santa por la voracidad de un incendio: las columnas enemigas se aprovecharon luego de esta brecha, y tomando por la retaguardia las baterías de las puertas adyacentes, penetraron despues de un obstinado combate hasta la calle del Coso, y antes de concluirse el dia ya se hallaban en posesion



de media ciudad. Jamás se vió una lucha mas tenaz y sangrienta entre dos enemigos poderosos: los franceses ocupaban una acera de la dicha calle, y su General daba las órdenes desde el convento de san Francisco; los aragoneses conservaban la otra, y disputaban el terreno á palmos por todos los medios que les dictaba su valor: los franceses levantaban trincheras para conservar sus posiciones; los aragoneses formaban otras sobre el mismo plano para no perder las suyas: los franceses atacaban y eran rechazados valerosamente; los aragoneses avanzaban al enemigo con la mayor intrepidez, y tenían que ceder por último al ímpetu feroz de sus contrarios: los franceses arrojaban un fuego horrísono por todas partes; los aragoneses lo correspondían con horrible estrago de sus invasores: toda la ciudad temblaba y se estremecía con el estruendo no interrumpido de las explosiones; las llamas abrasaban las casas; el humo y el polvo obscurecían los aires; la sangre se precipitaba por las corrientes como las aguas de una espesa lluvia; las casas caían desplomadas sobre sus habitantes al constante batir de los cañones; los cadáveres cerraban el paso á los combatientes, y servían de trinchera contra los ataques enemigos, y todo presentaba el cuadro mas horroroso y lamentable.

Muchas veces comenzaba la pelea al pie de las baterías, y se iba extendiendo hasta lo mas recóndito de las casas, y no pocas se vieron indicios crueles de su encarnizamiento en las mismas cámaras y aposentos de dormir. La hora mas propia para estos sangrientos combates era la noche, donde á la sombra de sus tinieblas se aumentaba la carnicería de tal modo, que cuando la aurora esparcía sus luces, era para mostrar la escena espantosa y sanguinaria que se habia representado poco antes en medio de las calles. La pérdida lamentable de los pa-



dres, la triste y eterna separacion de los esposos, la falta inconsolable de los parientes, la melancólica privacion de los amigos, que á cada paso eran inmolados á la rabia de sus contrarios, lejos de entibiar el pecho valeroso de los aragoneses, parece que aumentaban su furor nuevamente, y daban pábulo á la llama inextinguible que agitaba sus rencorosos corazones.

En el consejo de guerra celebrado á 8 de este mes fue determinado por los votos unánimes de todos los gefes que los barrios donde se conservaban aún los vecinos, fuesen defendidos con la misma firmeza que hasta entonces habian manifestado, y que en el caso de ser forzados por el enemigo, se retirase el pueblo por el puente del Ebro á los arrabales, donde debian pelear y sostenerse hasta no quedar un solo hombre. Esta resolucion tan espantosa, despues de tantos apuros y calamidades, fue recibida de los aragoneses con repetidos vivas y aclamaciones, como si se les anunciassen cosas de su mayor interes y satisfaccion.

En los dias siguientes continuaron éstos batiéndose con un ardor desesperado, no solo de calle en calle y de casa en casa, sino tambien de aposento en aposento; y de esta suerte ganaba el pueblo algun terreno cada dia y estrechaba paso á paso la línea del enemigo, consiguiendo al fin por premio de su constancia reducir á éste á la octava parte de la ciudad. Este valor insuperable no se limitaba solamente á las tropas y paisanos de toda clase y gerarquía; las mugeres mas delicadas eran las primeras no solo en prestar los socorros necesarios á los combatientes y enfermos, sino tambien en sostener con varonil esfuerzo el rigor de la pelea, y luchar entre los hombres hasta rendir la vida al rigor de la suerte: asi fueron innumerables las víctimas de esta clase sacrificadas á su heroismo, y

\*



repetidos los ejemplos de patriotismo que dejó el sexo bello á la admiracion de la posteridad.

En la noche del dia 13 fue mas activo y destructor el fuego de los enemigos, viendo el pueblo arder á cada paso los edificios desgraciados que caían en sus manos; y cuando á la mañana siguiente aguardaban todos el colmo de sus males, observaron no sin asombro que las columnas francesas comenzaban á desfilas precipitadamente con direccion á Pamplona. La causa de esta retirada no era difícil de adivinar, cuando ya la fama publicaba por todas partes los triunfos gloriosos de nuestras armas sobre los campos de Bailén, Cataluña y Valencia, y á su consecuencia la fuga presurosa de todos los ejércitos enemigos para reunirse sobre la margen opuesta del Ebro. De este modo calmaron por algun tiempo las desgracias de los fieles aragoneses, y respiró su capital el aire apacible de la libertad; pero la batalla de Tudela tan desgraciada para nosotros, como feliz para nuestros contrarios, reforzados ya con mas de sesenta mil hombres que entraron en España con Napoleon, abrió de nuevo la puerta á los infortunios de Zaragoza, y el campo de la gloria á sus ilustres defensores.

Ya se habian recogido á la capital los cuerpos de Aragon y un número considerable de las tropas de Andalucía, cuando se presentó Moncey sobre el Torrero á fines de noviembre con ánimo sin duda de reconocer aquella posicion, y haciendo un vivo fuego por algunas horas, se retiró para Alagon bien satisfecho y esperanzado de conquistar la ciudad. Combinado ya con el mariscal Mortier el nuevo plan de bloqueo que por órden del Emperador debia seguirse, apareció segunda vez Moncey el dia 21 de diciembre coronando las alturas que dominan el Torrero y Buenavista con diez y seis mil hombres escogidos de infante-



ría y dos mil de callallería. Otras dos columnas apostadas la noche precedente sobre el olivar de San José, subían atacando por la izquierda del monte, en tanto que por la derecha iban forzando á Casablanca con saña destructora. Descubierta por este medio la batería de Buenavista, expuestos nuestros artilleros á todo el fuego enemigo, y volado ya el depósito de la pólvora por una vala de cañon, se vieron obligadas las tropas á retirarse con toda la artillería, sin que la prudencia ofreciese entonces otro partido. Hízose volar inmediatamente el puente de América por medio de los preparativos que se habian hecho de antemano, y esta operacion pudo auxiliar nuestra retirada hasta el reducto del Pilar situado sobre el Huerva. No es facil expresar la bizarria y serenidad con que en esta ocasion se distinguió el regimiento 2.º de voluntarios de Aragon, que caminando por largo tiempo entre dos fuegos enemigos, contuvo con su respetuosa marcha el orgullo impetuoso de Moncey.

Sería ya cerca del medio dia cuando la division de Mortier, cercando el arrabal por la otra parte del Ebro, se apoderó de aquel punto, y repartidos los enemigos en siete columnas, dieron principio todos juntos al asalto y combate mas obstinado que vieron los siglos, y de que tanta gloria resultó al ejército de reserva. La que llaman huerta juntamente con el rastro quedaron cubiertos de cadáveres franceses, aumentando con su páfida é impura sangre la sordidez é inmundicia de este lugar. El Brigadier don José Manso, el Coronel don Manuel Velasco, los voluntarios de Huesca, las guardias españolas, walonas, los suizos, el regimiento 2.º de Valencia, la caballería de Farnesio con todos los artilleros, gefes, oficiales, soldados y paisanos de los arrabales adquirieron en este dia cinco siglos de inmortalidad en cinco horas que duró el sangriento combate.



Confundido Mortier al ver las águilas imperiales destroza-  
das ignominiosamente, intentó segundo avance con el cuerpo de  
reserva, para vengar su cólera exaltada por la humillacion que  
acababa de experimentar. El general Palafóx con los Mariscales  
O-Neill y Sant-Marc discurrian con espada en mano todas las  
filas y escuadrones; y en poco tiempo tuvo que ceder el ímpe-  
tu rabioso del enemigo al valor de nuestras tropas, y á la sá-  
bia disciplina y animosidad de estos dignos gefes.

En la mañana del 22 mandó el Mariscal Moncey un par-  
lamento á Palafóx, intimándole la rendicion á vista del peligro  
que amenazaba á la ciudad por todas partes, y el ningun auxi-  
lio que debia esperar, hallándose todas sus comunicaciones cor-  
tadas; mas el digno Gefe juntamente con el pueblo, sin embar-  
go de conocer que no se hallaba la plaza con los preparativos  
debidos para resistir un cerco tan obstinado, respondió al Ma-  
riscal que los aragoneses no sabian rendirse sino despues de muer-  
tos, y que por lo tanto oía sus amenazas con la mayor sereni-  
dad. Para prueba de esta verdad el Coronel don Mariano Re-  
novales, comandante del fuerte de san José, dispuso en el mis-  
mo dia que saliesen ciento y cincuenta hombres á fin de inco-  
modar al enemigo en sus trabajos, y despues de sustentar los  
nuestros un fuego vivísimo de cinco horas, consiguieron desalo-  
jarlo de sus posiciones con pérdida muy considerable.

En el dia siguiente hicieron con el mismo fin otra surtida  
los cazadores de Orihuela y Valencia, y ahuyentando á los fran-  
ceses de algunas pequeñas fortificaciones y atrincheramientos, pu-  
sieron fuego á todos ellos, talando felizmente mas de ochocientos  
olivos que les servian de emboscada.

A 24 de dicho mes hizo la guarnicion de aquel fuerte una  
arriesgada tentativa que mereció sin duda ocupar un lugar dis-



tinguido entre las valerosas hazañas de aquel cerco: auxiliada del regimiento 2.º de voluntarios de Aragon continuó intrépidamente la tala de los olivos, sin atender al fuego terrible de las grandes guardias enemigas; pero á pocos momentos descendieron dos fuertes columnas del Torrero para estorvar sus operaciones, y mientras una parte de nuestras tropas resistia el ímpetu de esta enorme fuerza, proseguian las otras cortando los olivos y derribando los edificios con una intrepidez sin egemplo: de este modo sostuvieron un fuego activo y continuado por espacio de cuatro horas, hasta que la necesidad obligó á ceder á fuerzas tan superiores para economizar la sangre de aquellos ilustres campeones destinados á mas altas y gloriosas empresas.

A diez de enero comenzaron los enemigos á dirigir sus obras contra el fuerte de san José y reducto del Pilar, en las que eran incomodados con las frecuentes salidas que hacian los nuestros por una y otra parte del Ebro; pero la crueldad y fiereza con que eran obligadas sus tropas á permanecer en los trabajos, hacian sustituir nuevas víctimas á las innumerables que á cada paso eran sacrificadas á la intrepidez de los españoles.

A la sombra del olivar de san José consiguieron al fin los invasores llevar sus obras hasta el grado de perfeccion que intentaban, y en aquel mismo dia rompieron el fuego con tanta inhumanidad, que cuatro piezas de á doce, dos de á diez y ocho, seis obuses y tres morteros disparaban sin cesar sobre el dicho fuerte, y en poco tiempo vinieron á destruir la mayor parte. La proximidad del enemigo puso al Coronel Renovales en la dura necesidad de retirar la artillería gruesa, aunque dispuesto siempre á rebatir con el arma blanca los ataques sangrientos que le amenazaban. Comenzaron éstos entre las diez y once de la noche, y despues de rechazados los enemigos diez veces que



avanzaron consecutivamente, hicieron alto al fin horrorizados de ver todo el campo y foso cubiertos de sus cadáveres: sin embargo ya el fuerte de san José no presentaba mas que un promontorio de ruinas, y la prudencia dictó entonces retirar las tropas por no exponer á los impulsos de la temeridad tantas honrosas y memorables vidas.

No tuvo mejor suerte el reducto del Pilar, ni fue menor la constancia y heroismo del regimiento 2.º de voluntarios que lo defendia: ocho dias consecutivos conservó su posicion casi sepultado entre los escombros y ruinas; con ellas y con sacos de arena aparaban las balas y granadas que caían como una espesa lluvia de granizos: el honroso vacío que dejaba la muerte en el sacrificio de un héroe, era llenado inmediatamente por un imitador de su heroismo; y de este modo la flor de aquellos inmortales batallones selló con su sangre una de las mas gloriosas defensas de aquel sitio.

En tanto que el enemigo se aproximaba á la ciudad por la parte del Huerva, continuaba su fuego exterminador por toda la circunferencia de la poblacion sin intermision alguna: veinte piezas y diez morteros vomitaban dia y noche la desolacion y la muerte: los edificios ya resentidos del combate anterior, cedian por fin á la violencia de las balas y bombas; los muros mas robustos caían desplomados, los techos se hundian entre el estruendo horrísono de las explosiones, los escombros cerraban el paso de todas las calles, las campanas anunciaban un nuevo peligro á cada instante con sus ronclos clamores, y cada cual temia verse en aquel momento sepultado entre las ruinas de sus casas: en medio de esta horrorosa escena burlaba Zaragoza las iras de sus contrarios, é improperaba con serenidad su ratera perfidia.

A 21 de enero llegó al Torrero el Mariscal Lannes, nom-



brado por Bonaparte comandante de Navarra y Aragon, y General en jefe del ejército de Zaragoza. Este hombre cruel y bárbaro traía órdenes terminantes del Emperador para reducir la poblacion á cenizas si continuase en su resistencia: para manifestarlas de algun modo y consternar al pueblo valeroso, mandó desplegar á vista de los nuestros toda la caballería, infantería y artillería del Torrero con las demas fuerzas que habia escondido por la noche en el arrabal, queriendo con esto persuadir á los aragoneses que aquellas últimas eran las sobrantes de las que ocupaban el monte, capaces ellas solas de rendir la plaza por aquel punto.

Esperanzado en el feliz resultado de su ilusion, mandó un parlamentario á Palafóx pintándole con falsos colores el apuro de la ciudad, las superiores fuerzas que la amenazaban, el infeliz estado de la Península, la imposibilidad de recibir socorros, y últimamente la dura necesidad de rendirse á la fuerza, sacrificando las vidas de cien mil habitantes al filo de su espada en el caso de resistirla. La respuesta del General fue llena de valor y arrogancia, haciéndole ver que nada temia, ni se espantaba un pueblo tan valeroso y patriota con unas fuerzas que ya habia probado repetidas veces con tanta gloria suya y confusion de sus adversarios.

Herido Lannes como de un vivo rayo con semejante desprecio, trató luego de vengar su saña provocada, y en el mayor exceso de ella atacó el dia 26 á Zaragoza por diversos puntos con una fuerte columna de diez mil hombres, mientras que dirigia su principal fuerza sobre la batería de Santa Engracia, levantada poco antes sobre las ruinas de la primera. El choque fue tan obstinado como glorioso para nuestra gente: repelidos por ella los enemigos en todos los puntos, volvian á avanzar con ma-



yor ímpetu, dejando siempre en cada tentativa innumerables testimonios de nuestro valor; la victoria, no obstante, se manifestaba indecisa por una y otra parte, y era preciso un golpe extraordinario que la decidiese: habian los nuestros construido una mina capaz de satisfacer sus deseos en el paseo de Santa Engracia, y pegándole fuego en su mayor conflicto, lograron contener la rabia de sus contrarios, dejando tres mil abrasados sobre aquellos sagrados campos que habian profanado tantas veces.

Asi se terminó aquella gloriosa contienda; pero ella acabó de cebar la rabiosa llama con que ardia el inhumano Lannes. Llegó por último la hora de ver Zaragoza otra vez al enemigo dentro de sus muros, y el pueblo mas acostumbrado á este género de guerra, esperaba con impaciencia repetir sobre sus invasores las anteriores escenas; mas el general francés estaba muy lejos de imitar á su antecesor, y presentarse cuerpo á cuerpo á sus valerosos enemigos: los estragos de su astucia eran los que suplían á los de su valor, y cuatro mil minadores que habia llevado consigo, conseguían al fin lo que no podían sus espadas y bayonetas: los barriles de pólvora aplicados á las casas iban demoliendo la poblacion, mientras que sus sitiadores huían á sus guaridas como conejos, cuando trataban los aragoneses de atacarlos: de este modo eludían sus esfuerzos, y la ciudad no presentaba ya mas que un monton de ruinas y humeantes escombros.

Un espectáculo tan horroroso sería capaz de abatir los pechos mas animosos y constantes; pero los de aquellos hombres prodigiosos eran muy superiores á tantas desgracias, y solo pudo rendirlos la que les preparaba el cielo, como prueba mas digna de un heroismo cristiano. Desde el principio del cerco se comenzaron á manifestar algunas fiebres que se atribuyeron entonces á efectos propios de la estacion: tomando mas cuerpo cada dia lle-



garon á cebarse en las tropas como mas dispuestas á sus impresiones por los continuos trabajos y fatigas, y de éstas se comunicaron á todo el vecindario, hasta degenerar en un contagio. En un estado tan peligroso multiplicaron sus esfuerzos y sacrificios los ciudadanos para ocurrir á los innumerables males que les amenazaban por todas partes: despojáronse de sus propias ropas para cubrir con ellas una infinidad de dolientes desnudos, y ofrecieron los restos de sus casas para que les sirviesen de asilo contra su desamparo: solo quedaba en la ciudad un corto número de habitantes moribundos, y entre ellos se destinaban los que aún conservaban algun vigor para la defensa de los puntos mas importantes: ni el sacerdote, ni el noble, ni el niño, ni la muger se miraban exentos de montar las guardias y sostener los ataques; mas todo llegó á ser inútil á vista de tantas desgracias como cercaban á un tiempo mismo á la invencible Zaragoza.

Mientras que el sangriento enemigo levantaba nuevas baterías para acabar del todo su proyecto, y mas de treinta bocas de fuego lanzaban dia y noche sobre la ciudad la desolacion y la muerte, la fiebre mortífera y destructora se apoderaba de todos sus barrios, privando á sus habitantes de los últimos recursos: los edificios destinados para hospitales habian ya desaparecido á la voracidad de las llamas y de las explosiones; las casas eran mas bien sepulcros de muertos que refugios de caridad; las medicinas faltaban de todo punto; los alimentos escaseaban de tal modo que apenas se encontraba un poco de pan para subvenir á la necesidad de los afligidos enfermos; el bravo Palafóx se hallaba postrado mortalmente á la violencia del contagio, y don Juan O'Neill espirando entre las ruinas de las casas de Ayerbe, donde murió poco despues. El General Sanct-Marc luchaba con la fiebre, el Baron de Versage herido de una

\*



bala sobrevivió pocas horas á esta infelicidad, doscientos oficiales beneméritos corrieron la misma suerte, y diez y seis mil soldados valerosos fueron arrebatados en pocos dias: una grande multitud de paisanos, la porcion mas escogida del clero y de la nobleza, y en una palabra, casi todo el pueblo esperaba ya los últimos momentos de su vida, quedando solo algunos ciudadanos y tropas miserables dispuestos todos mas bien para morir que para tomar las armas.

En una situacion tan crítica y la mas lamentable de cuantas ofrece la historia de las calamidades humanas; reunidas todas las autoridades y ciudadanos mas distinguidos con su digna cabeza el General Sanct-Marc, en quien el bravo Palafóx habia depositado su autoridad, votaron de comun acuerdo por la capitulacion, viendo ser imposible la defensa de la ciudad en tal estado, y hallarse cumplido ya el juramento que habian hecho de vencer ó morir por su Religion, por su Rey y por su patria. Ajustada ésta con el Mariscal Lannes, entraron los franceses en Zaragoza el dia 21 de febrero por la mañana, apoderándose de todo lo mas precioso, y conduciendo á Francia todos los gefes y soldados de la guarnicion que se negaron á prestar juramento al rey intruso: entre ellos debe tener el lugar primero el invicto y constante general Palafóx, que cuando se halló recuperado de su mortal dolencia, fue llevado con los demas, sellando con este rasgo heróico de fidelidad los acendrados quilates de su patriotismo, y mostrando á todos con su egemplo que entre las mismas cadenas y ataduras se conservaba libre y sereno aquel magnánimo corazon para triunfar de las asechanzas del tirano, asi como habia triunfado hasta entonces de todas sus huestes sanguinarias.



# LA IBERIADA.

POEMA ÉPICO

A LA GLORIOSA DEFENSA DE ZARAGOZA,

DIVIDIDO

*EN DOCE CANTOS Ó LIBROS.*



TOMO PRIMERO.



MADRID:

IMPRENTA DE E. AGUADO, bajada de Santa Cruz.

1825.



# LA IBERIA.

## POEMA EPICO

A LA GLORIOSA DUESA DE SARAGOZA.

Terra feros partus immania monstra gigantes  
Edidit, ausuros in Jovis ire domum.

Extruere hi montes ad sidera summa parabant,  
Et magnum bello sollicitare Jovem.

Fúlmina de cæli jaculatus Jupiter arce  
Vertit in actores pœndera vasta suos.

*Ovid. Nas. Fast. Lib. V.*

TOMO PRIMERO.



MADRID:

IMPRESA DE E. AGUADO, Calle de Santa Cruz.

1825.









*Llegando al del Portillo y Santa Ingracia | Lanzaba fuego tal con un violento,  
Vió á una invicta muger que peleando | \* Que un destroxo causaba el mas sangriento.*

La Iber. Cant. VII.





# LA IBERIADA.

## CANTO PRIMERO.

### ARGUMENTO.

*Envidiosa Pirene de la España  
Al mirarla de Pálas protegida,  
Acude á la Discordia y con vil maña  
A la horrible venganza la convida.  
Esta suscita á Marte, que en su saña  
Favorece á Pirene fementida;  
Minerva en su dolor á Jove implora,  
Y él la nombra de Iberia protectora.*

Yo que las llamas del amor divino  
Otro tiempo canté más venturoso,  
Mostrando al alma fiel en su camino  
Las dulces ansias del eterno Esposo.  
Yo que agobiado del fatal destino  
Que á la patria oprimió siempre enojoso,  
Hoy por la ruda voz de irracionales  
Dí leyes de prudencia á los mortales:

\*



Ahora canto el honor y excelsa gloria  
Del ínclito varon fuerte y osado,  
Cuya fama eternal asaz notoria  
De frondoso laurel lo ha coronado.  
Canto de su valor la clara historia,  
Su constante virtud, y al dios airado  
Que siguiendo el furor de un vil partido  
Por inmenso penar lo ha conducido.

Calíope sagrada que algun dia  
La cítara de Apolo resonabas,  
Entonando tu voz con melodía  
Los hechos de valor que alli notabas;  
Templa por esta vez la lira mia  
Y el acento me dad que grato usabas,  
Porque pierdan su horror en dulces cantos  
La miseria, el dolor y los quebrantos.

Y vos ¡ó gran FERNANDO! á quien Minerva  
Tegió de vuestra sien la alta corona,  
Digna de la virtud que el mundo observa  
Y le mueve á ensalzar vuestra persona:  
Vos, cuya fama fiel siempre conserva,  
Y en sonoro clarin canta y pregona,  
Discurriendo sin fin con raudo vuelo,  
Ese nombre inmortal que nos dió el cielo.



Vos, Príncipe infeliz é idolatrado  
 De la Ibéra nacion, por quien suspira  
 La augusta Religion con el Estado,  
 Por la santa piedad que en vos admira.  
 Vos de mi pecho ¡ó REY el mas amado!  
 Con sobrada razon, si bien se mira,  
 Pues labré el pedestal y alcé la basa  
 A mi honrosa carrera en vuestra casa.

Vos, Monarca y Señor, traidoramente  
 Arrancado de nos con viles mañas,  
 Por cuya libertad su clara frente  
 Han ceñido de honor nuestras Españas;  
 Por mi labio escuchad atentamente  
 De vuestra tropa fiel grandes hazañas,  
 Y este obsequio aceptad que el grato pecho  
 Os consagra esta vez como un derecho.

Hay un pueblo leal y valeroso  
 En la fértil llanura situado  
 Por donde el Huerva azul y el Ebro undoso  
 Encaminan su curso acelerado:  
 Amenizan tambien su campo hermoso  
 El canal imperial, y el plateado  
 Gallego encantador, que en sus raudales  
 Muros le son los dos de albos cristales.



Dicen que en otro tiempo fue llamado  
 Con nombre de Salduba, hasta que Augusto  
 Sus ruínas habiendo levantado,  
 Con el suyo le dió su genio y gusto;  
 Pues en todas las guerras que ha probado  
 Al contrario llenó siempre de susto,  
 Adornando también sus estandartes  
 Las ciencias, la labor, las bellas artes.

En esta gran ciudad tuvo su asiento  
 El trono de Aragon, hasta que unidos  
 Los reinados de España, á un regimiento  
 Se miraron quedar todos rendidos.  
 Mas ella siempre fue como un portento  
 Por sus claros varones escogidos,  
 Como lo cantará la augusta Fama  
 En el hecho inmortal que hora nos llama.

Sobre un suelo tan grato y delicioso  
 De Minerva los hijos congregados,  
 Gozaban de un placer el mas dichoso  
 De venturas sin fin siempre halagados.  
 A la sombra del Numen poderoso  
 Eran de todas gentes envidiados  
 Por la mucha abundancia y la riqueza  
 Que ilustraban su nombre y su grandeza.



El Padre y alto Dios de los mortales  
 Por hija tan leal ya desvelado,  
 Derramaba tambien favores tales  
 Sobre este pueblo fiel que le era dado.  
 Tantos dones y gracias celestiales,  
 Que Jove dispensaba al suelo amado,  
 Lo elevaron al fin con su influencia  
 Hasta el punto mayor de la opulencia.

Aqui Neptuno su imperial corona  
 Ante el ara de Pálas ofrecia,  
 Y Ceres rubicunda á su persona  
 Su cetro y su poder tambien rendia.  
 El fiero Marte, la inmortal Belona  
 Con las demas deidades á porfía,  
 Respetando su honor y su excelencia,  
 Le prestaban obsequio y obediencia.

Asi pasaban ya sus caros hijos  
 Una vida feliz y placentera,  
 Y entre puros y dulces regocijos  
 Mostraban no temer la suerte fiera.  
 Pero como Fortuna nunca fijos  
 Pudo tener sus pies, de tal manera  
 Su rueda revolvió, que en un momento  
 Todo lo trastornó desde su asiento.



La soberbia Pirene, Furia insana,  
 Genio infernal, horrible y altanero,  
 Aborto del averno, que inhumana  
 Muerde astuta y sagaz con diente fiero:  
 Esta sangrienta diosa transmontana,  
 Hermana en el furor del can Cerbero,  
 Arrastraba infelíz por justa pena  
 De un regicidio infiel la atroz cadena.

Sobre un monton de escudos destrózados  
 Sentada la cruel estaba un dia,  
 Y volviendo su faz á todos lados  
 Sus ojos sin cesar feroz movia.  
 A la España por fin los tiende osados,  
 Y ya en rabia mordaz su pecho ardia,  
 No pudiendo sufrir serenamente  
 La gloria y esplendor de aquesta gente.

Nunca pudo olvidar que la constancia  
 Del Ibero leal y generoso  
 Siempre vino á domar la su arrogancia  
 Con su brazo inmortal y asaz brioso.  
 Conociendo de aqui cuánta importancia  
 Le diera el abatir á este coloso;  
 Su invencible poder aunque miraba,  
 Su exterminio total ya meditaba.



Así, para vengar su rabia y saña,  
 Y dar á su pasión algún contento,  
 Buscaba con ardid y astuta maña  
 El medio de lograr su negro intento:  
 Al fin vino á romper con fuerza extraña  
 De su pecho el volcán y el ardimiento,  
 Y en la suerte infeliz del suelo hispano  
 Determina emplear su furor vano.

Hay un monstruo horroroso y detestable  
 Diosa enemiga del linage humano,  
 Que con pecho feroz, rostro espantable  
 Al mundo llena de dolor tirano.  
 Su venganza cruel es implacable,  
 Y la muerte y horror lleva en su mano;  
 Turbadora es de paz y de concordia,  
 A quien llama el mortal la infiel Discordia.

Del horroroso averno do yacía  
 Este monstruo infernal en sombra oscura,  
 La noche fusca, tenebrosa y fria  
 A la tierra lo dió por desventura.  
 Su ponzoñosa hiel de noche y dia  
 Vertiendo en ella va, y en tal presura  
 Gime el globo infeliz con triste llanto  
 Cercado de terror y fiero espanto:



Este azote cruel de los mortales,  
De los hombres y dioses detestado,  
Principio horrendo de los duros males  
Que al mundo agitan con rigor pesado:  
Esta sombra de horror que aun los umbrales  
De la vida mas fiel ha rodeado;  
Que del triste mortal jamas se ausenta,  
Y al paso que su edad ella se aumenta:

Este aborto fatal del negro abismo,  
Despues que ensangrentó toda la Europa,  
Convirtiendo el furor contra sí mismo,  
Muerde y desgarrá su teñida ropa.  
En su fiera altivez y despotismo  
Vertió el veneno de su horrenda copa  
Lanzando en su dolor del Pirineo  
Un horrible clamor de su deseo.

Sobre el monte la infiel mirando osada,  
A la España volvió su rostro fiero,  
Y de rabia mordaz aquí agitada,  
La cumbre aferra con temblor severo.  
La luna se paró toda turbada,  
Y trémula contempla el fin postrero;  
Y ella con negra y ponzoñosa boca  
Dijo , moviendo allí la excelsa roca.



¿Qué es esto? ¿qué mudanza tan extraña  
Mi elevado poder tiene abatido?  
¿Es posible quizás que ya la España  
Duerma en la blanda paz y eterno olvido?  
¿Mi feudataria fiel, que tanta saña  
De mi pecho nutrió, será debido  
Que halagada tal vez de un vil sosiego,  
Extinga de mi altar el sacro fuego?

¿Esta brava nacion que me fue dada  
Por mi rica heredad acá en la tierra,  
Sobre el ocio fatal hoy recostada,  
Insulta mi deidad, mi templo cierra?  
¿Do el sacrificio está que ensangrentada,  
Entre el grito y horror de cruda guerra,  
Sobre aquestas montañas me ofrecía  
Cuando mi gran poder reconocía?

¿Mis dominios inmensos, que extendidos  
Hoy se llegan á ver de polo á polo,  
Serán á mi grandeza substraídos  
Por la funesta paz de un reino solo?  
¿Qué son de tantos bosques encendidos  
Por unas duras manos, que sin dolo  
Quemaban en mi honor fragante incienso  
En tan vasto país y suelo inmenso?

\*



Por todo su distrito se veía  
 Fuego devorador, yermas ciudades,  
 Montes de troncos, que en la sangre fría  
 Nadan por las campiñas y heredades.  
 Aquí el llanto y clamor solo se oía;  
 Allí el fiero dolor y las crueldades:  
 ¡Cuadro agradable! ¡lisonjera escena!  
 Capáz tan sola de calmar mi pena.

¿De dónde nace, pues, tanta mudanza  
 En el reino mas fiel á mi servicio?  
 ¿Y posible ha de ser que en blanda holganza  
 No me vuelva á ofrecer mas sacrificio?  
 ¿Será vana por fin ya mi esperanza,  
 Y mi fiero poder sin egercicio  
 Veré en esta nacion? ¿Se ha minorado  
 Su heroismo y valor tan decantado?

No por cierto; la Iberia reservada  
 Tiene ofrenda mayor á mis altares:  
 Su sangre varonil no está acabada,  
 Y cubrirá otra vez sus altos lares.  
 En tanto que la sed del oro entrada  
 Halle en su corazon y en sus hogares;  
 Mientras la envidia vil reine en sus pechos  
 Yo tornaré á cobrar hoy mis derechos.



De esta suerte discurre enfurecida,  
Y Pirene sagaz, que la escuchaba,  
Halló en sus manos la ocasion nacida  
Para el hecho cruel que meditaba:  
Así que luego su cerviz erguida  
Con el fiero volcan que la abrasaba,  
Hacia el monte voló cual vivo rayo  
De su crimen á hacer horrendo ensayo.

Ante la horrible faz de aquesta diosa  
La pérfida deidad se presentaba;  
Que el veneno mortal que le rebosa  
Su peligro observar no la dejaba:  
Y con lengua mordaz y cautelosa,  
Que venganza y rencor solo espiraba,  
El silencio rompió por vez primera,  
Comenzando á decir de esta manera.

¡O Numen inmortal! del Dios sangriento  
Precursora fatal siempre ominosa;  
Tú, que volando cual ligero viento,  
En la tierra infeliz tal vez no hay cosa  
Que no inflames feroz con negro aliento,  
Y perturbes al fin harto enojosa;  
Calma mi duro mal y escucha atenta  
El acerbo dolor que me atormenta.



No puedes ignorar que hay una gente  
Que en el cabo de Europa tiene asiento,  
De indomable cerviz, dura y valiente,  
Cuya fuerza y poder es su ornamento:  
Una rica ciudad tiene á su frente  
De constancia y virtud raro portento,  
A quien Pálas defiende, desvelada  
En su ayuda y favor, con mano armada.

Esta brava nacion mas insolente  
Por el numen excelso protegida,  
Intenta derribar osadamente  
Una gloria inmortal que me es debida.  
Ya no teme el furor con que impaciente  
En un tiempo traté de su caida;  
Despreciando esta vez con ledos ojos  
Mi venganza cruel y mis enojos.

Por eso á tu favor tan alta empresa  
En mi dura afliccion he confiado;  
Que si tu lengua audaz hora interesa  
Contra aquesta deidad á Marte airado;  
Su imperio colosal verá de priesa  
Por el suelo caer ya derrocado  
Esa gente feroz, que envanecida,  
Mi sangriento rigor no le intimida.



Si en tan árduo proyecto me asistieres,  
 Tu nombre esclarecido será eterno,  
 Y el premio lograrás que mas quisieres  
 En los vastos estados que gobierno.  
 Riqueza y dignidad con mil placeres  
 Entonces gozarás, y mi amor tierno,  
 Siendo fruto de union tan ventajosa,  
 Una suerte feliz y paz dichosa.

Callad, dijo la diosa cuando oía  
 De Pirene la infiel tales razones,  
 Pues todo mi interés cifro en el día  
 Tan solo en proteger tus intenciones.  
 Bien sabes que por tí la dicha mia  
 Extendiéndose va por mil regiones  
 Que en su curso veloz alumbra Febo,  
 Y que triunfos sin fin hoy á tí debo.

Esto dijo no mas, y de su boca  
 Una infeccion mortal luego respira;  
 Pero no es la amistad de quien la invoca  
 La que excita esta vez su injusta ira;  
 Mas solo su crueldad hoy la provoca  
 Y el ansia de dañar á cuanto mira:  
 Que alcanza su rigor siempre inclemente  
 Al injusto, al leal, y al inocente.



Y en su pecho feroz reconcentrando  
 Toda la rabia y hiel mas ponzoñosa,  
 La turbulenta esfera fue surcando  
 Sobre un negro vapor y nube umbrosa.  
 Entre sombras de horror ya volteando  
 Del monte al rededor mas espantosa,  
 Lanzó un rayo infernal tan encendido,  
 Que la cima tembló con su estampido.

Con saña tan cruel de alli se parte,  
 Y su vuelo fatal luego encamina  
 Al trono de furor, do el crudo Marte  
 Con la muerte amenaza y la ruina;  
 Y con lengua mordaz, astucia y arte  
 Hasta el ara del dios ya contamina,  
 Atizando el volcan y horrenda llama  
 Que del númen feroz el pecho inflama.

¿Para cuándo, le dice, tu venganza,  
 ¿O potente deidad! has reservado,  
 A vista del favor y alta privanza  
 A que Pálas hoy ves que se ha elevado?  
 ¿Puedes tú ya ignorar de que afianza  
 Cada vez mas su honor y su reinado  
 El padre celestial, y que abatido  
 Tu imperio se ha de ver y aun destruido?



¿Al Ibero no ves con paz segura  
 En brazos de su amor ya reclinado,  
 Y que aumenta sin fin la su ventura  
 Bajo su paternal y fiel cuidado?  
 ¿No le miras hollar tu saña dura  
 Y tu fiero rigor y rostro airado  
 Gozando, sin temor de pena ó muerte,  
 Del mas grato placer y feliz suerte?

¿Adónde, pues, está tu atroz braveza?  
 ¿Adónde tu furor y brazo osado,  
 Si permites erguir hoy su cabeza  
 Sobre el alto poder que te se ha dado.  
 A esa diosa feliz, y que tu alteza  
 Y tu nombre inmortal se mire ajado  
 Por la gloria y valor de aquea gente  
 Que provoca tu honor tan neciamente?

No juzgo que será juicio y cordura  
 Dejes cuerpo tomar á tantos males;  
 Que en la misma raiz quien no procura  
 Los peligros obviar en casos tales,  
 Por fuerza mirará su desventura  
 Entre el fiero rigor de sus rivales:  
 La dolencia al nacer halla remedio;  
 Mas de curarla al fin no hay facil medio.



¿Qué piensas? ¡ó gran dios! ¿quién te intimida?  
 ¿Quién detiene tu mano poderosa?  
 ¿Una excelsa deidad siempre temida  
 Permite vejacion tan afrentosa?  
 Sienta ya tu furor esa atrevida  
 Gente, que sin temor duerme y reposa,  
 Y destruye el poder en que confía;  
 Que tu suerte feliz es dicha mia.

Dijo, y un áspid de su horrenda frente  
 Arrancando en su ardor, sobre él arroja,  
 Que en vagos orbes gira lentamente  
 Y en su seno cruel luego se aloja:  
 Al impulso voraz que el pecho siente  
 Alza negro vapor la sangre roja,  
 Y la fiera deidad ya no respira  
 Sino el odio mortal y cruda ira.

Como líbio leon que perseguido  
 En el coso se vé, tiende y derrama  
 Su torva vista, y en feroz rugido  
 Lanza del pecho furibunda llama;  
 Asi el hijo de Juno enfurecido  
 En su duro quebranto gime y clama  
 Con espantosa voz y grito fuerte,  
 Expresando sus ansias de esta suerte.



¿Ha de sufrir el hijo del supremo,  
 Ha de sufrir acaso injurias tales?  
 ¿He llegado tal vez al duro extremo  
 De verme despreciar de los mortales?  
 ¿No soy yo quien destruyo, mato y quemo  
 Y hago temblar los quicios celestiales?  
 ¿Pues quién habrá tan necio y atrevido  
 Que me usurpe el honor que me es debido?

¿Podrá Pálas gozar tan alto fuero  
 Que levante su trono sobre el mio  
 Haciendo prosperar al necio Ibero  
 Contra toda mi fuerza y poderío?  
 ¿Pues en qué me detengo, ó á qué espero?  
 ¿Por qué causa desmayo y desconfío?  
 ¿Cómo no vengo ya tan negra afrenta  
 Y castigo severo al que la intenta?

¿A su rey Gerión vencer no pudo  
 Alcides en la lid, y su reinado  
 De un golpe destruir con el forzado  
 Brazo que descargó sobre el menguado?  
 El alma le arrancó con furor crudo,  
 Y su cuerpo triforme fue arrojado  
 En negro remolino y recio estruendo,  
 A la oscura mansion del orco horrendo.

\*



¡Y yo supremo rey de las batallas  
 Hijo del alto Jove y fiera Juno,  
 Que derribo los fuertes y murallas,  
 Y al unido escuadrón rompo y desuno,  
 No podré derrocar las flacas vallas  
 Y ese débil valor, con que importuno  
 Se opone á mi poder un pueblo osado?  
 Ah! yo le haré sentir mi brazo airado.

Hablando de este modo se levanta  
 De su trono imperial, y de su vista  
 Lanza un negro volcán con furia tanta,  
 Que no hay algun mortal que la resista:  
 Y en destemplado son que al mundo espanta  
 A sus ministros llama y los alista  
 Diciéndoles: venid, y á tantos males  
 Pongamos fin ¡ó dioses celestiales!

Todos á su alta voz van con presteza,  
 Unciendo á su fatal y horrendo carro  
 Los duros brutos, que en su atroz fiereza  
 Lanzan de entre sus dientes negro sarro.  
 Alza hasta el cielo su feroz cabeza  
 La Discordia cruel, que con desgarrro  
 Mueve y sacude su cerviz hinchada  
 De vívoras y horror toda crinada.



Con su veste rasgada va delante,  
 Y con paso velóz muestra el camino  
 Al crudo dios, que el carro fulminante  
 Mueve y lleva en su ardor cual torbellino.  
 Ya Belona con látigo sonante  
 Los caballos azota de continuo,  
 Que tascando el bocado en su despecho  
 Bañan de espumas su anchuroso pecho.

Semejante al raudal, que reprimido  
 Por dura roca, tímido y rabioso  
 Trabaja y lucha todo recogido  
 Por un dique romper tan estorboso;  
 Mas si llega á vencer, todo esparcido  
 Se desata fugáz é impetuoso  
 Arrollando al pasar con saña fiera  
 Cuanto llega á encontrar en su carrera.

Así el furioso Marte discurriendo  
 Por los valles, campiñas y poblados,  
 De sangre y fuego todo lo va hinchendo,  
 Arrasando los montes y collados:  
 En la derecha mano va blandiendo  
 Un asta formidable, y sus costados  
 Lleva ceñidos el feroz guerrero  
 Con dura cota de luciente acero.



Tras él caminan con fatal semblante  
 El ceñudo terror, la negra ira,  
 La miseria, la hambre devorante,  
 Y el rabioso furor que en torno gira.  
 Tambien la muerte, porque mas espante,  
 Con la peste cruel marcha, y respira  
 El hálito mortal que dentro encierra,  
 Y hace gemir los polos de la tierra.

A su saña infernal todo enmudece;  
 Resuenan por do quier tristes lamentos;  
 El horroroso averno se estremece;  
 Tiemblan del globo todos los cimientos.  
 El fértil campo do natura ofrece  
 Frutos suaves, dulces alimentos,  
 Talado ya se ve; que cruda guerra  
 Su rozagante mies troncha y destierra.

El sudoso gañan, que iba rompiendo  
 La dura tierra con el corvo arado,  
 Espantado y medroso ya va huyendo  
 Y abandona la reja y el ganado;  
 Ya el manso corderillo que paciendo  
 La yerva andaba por el verde prado,  
 Errante y sin pastor su pena exhala,  
 Y entristece la selva cuando bala.



Ya el laborioso artista que afanado  
Cantaba sin pesar en sus talleres,  
Presuroso camina y asustado,  
Y huyen medrosos hombres y mugeres;  
Pues no se curan ya del hijo amado  
Do halláran otra vez dulces placeres;  
Que su grande pavor y su congoja  
Aun del materno amor ya las despoja.

Y la vírgen honesta y recatada  
Rompe con tierno pie la su clausura,  
Y entre sombras de horror toda turbada  
Publica su dolor y su amargura.  
Ya tropieza, ya corre apresurada  
Por su voto salvar y su fe pura;  
Y andando acá y allá despavorida,  
A la fuga librar quiere su vida.

Que el continuo clamor y el grito horrendo  
Por el valle retumba y la montaña  
Y con llama voraz se mira ardiendo  
El alto alcazar, la infeliz cabaña:  
Que la fiera deidad anda vertiendo  
Por todas partes su rigor y saña,  
Sin nada ya dejar donde el tirano  
No descargue cruel su dura mano.



De las huestes el polvo roba al día  
 Su clara lumbre, y en tiniebla oscura  
 Se convierte la luz y la alegría  
 Del radiante planeta y su hermosura.  
 El nítido raudal, que antes corria  
 Bañando ledó la feraz llanura,  
 Rojo se mira ya de sangre humana,  
 Y el campo tiñe de purpúrea grana.

De esta suerte discurre el dios sangriento  
 De la Hesperia feliz toda la tierra,  
 Inclinando á su impulso y movimiento  
 Su erguida cima la nevada sierra.  
 Mas girando despues cual recio viento  
 Su veloz carro que al mortal aterra,  
 Entre negro huracan, y horrenda grita,  
 Al suelo aragonés se precipita.

Aqui las tropas del francés tirano  
 Va moviendo con trompa sonora,  
 Atizando el furor hinchado y vano  
 Que abrigaba Pirene horrible diosa;  
 Y á su mismo linage hollando insano  
 Y á la Ibera nacion por él dichosa,  
 Alza su diestra de rigor armada  
 Para hacerla infeliz y desdichada.



Con su ayuda y favor el recio bando  
De la altiva deidad, que solo aspira  
A vengar su rencor, ya derramando  
Sobre el pueblo español toda su ira;  
Sus fuerzas y poder iba juntando  
Para lo convertir en triste pira,  
Arbolando cruel con roncas voces  
Sus águilas de horror siempre feroces.

Ya despliega veloz sus escuadrones  
Y tremola en el ayre las banderas;  
Ya resuenan las marchas y canciones  
Por los antros, los valles y laderas;  
Ya repite el clarin marciales sonos  
Y se mueven las filas delanteras,  
E hiriendo el atambor el ayre vago  
Todo anuncia crueldad y fiero estrago.

Asi el negro furor lo conducia  
A la márgen del Ebro, que erizado  
Sus olas de cristal ya retraía  
De saña tan cruel amedrentado.  
Las halagüeñas ninfas su osadía  
No pudiendo sufrir en tal estado,  
Sobre el claro raudal huyen medrosas  
Zabullendo en su abismo presurosas.



La sangre desampara los helados  
Miembros de los mortales temerosos;  
Que á su vista quedaron desmayados  
Aun los pechos mas bravos y animosos,  
Los recios batallones y soldados  
Llenos de triunfos, vanos y orgullosos,  
De Salduba tomaron las salidas  
Y sus bocas dejaron defendidas.

Aqui la imágen del horrible espanto,  
Cercada del dolor y la agonía,  
Arrastrando su oscuro y triste manto  
La faz turbada del mortal cubría:  
Mas de Jove la hija que entre tanto  
Sufrir angustia tal ya no podia,  
A su padre inmortal y poderoso  
Asi le dice con clamor penoso.

Sacro padre eternal de los mortales,  
Que con tonantes rayos intimidas  
Las excelsas deidades celestiales,  
Que á tu inmenso poder tiemblan rendidas,  
Hoy los ojos volved á tantos males  
Como sufro esta vez de unas crecidas  
Huestes, que en su rigor ha levantado  
El fiero Marte del furor tomado.



¿Qué delito mis hijos cometieron  
 En gozar de los bienes que les dabas,  
 Cuando de tu largueza merecieron  
 La ventura y la paz que les mostrabas?  
 ¿Acaso por tu mano no tuvieron  
 Tanta felicidad? ¿pues cómo acabas  
 Con la gloria y honor de esta mi gente,  
 Viendo su destrucción con sesga frente?

¿Podrá el hijo de Juno á tus decretos  
 Oponerse soberbio y atrevido,  
 Siendo á tu voluntad todos sujetos  
 Y tan solo tu mando obedecido?  
 ¿Pues cuáles pueden ser esos respetos  
 Que á tu imperio tributa el que ha querido  
 Las obras deshacer de tu alta mano,  
 Tan solo por saciar un rencor vano?

Bastárale al mezquino en su porfia  
 Ver que la elevación del grande Ibéro  
 De tu diestra era honor y gloria mía,  
 Y fruto de mi amor y de mi esmero:  
 Esto templar debiera su osadía  
 Y su brazo feroz, con que severo  
 Solo intenta vengar la negra envidia  
 Que en su pecho cruel ha tiempo lidia.

\*



Así se lamentaba al padre amado  
Con dolorosa voz y amargo tono;  
Cuando Jove supremo ya sentado  
Con grande magestad sobre su trono,  
Viendo el suelo español todo turbado  
Por el sangriento dios; lleno de encono,  
Suspenso del Olimpo en la alta cumbre,  
De sus ojos lanzó sulfúrea lumbre.

Y queriendo enfrenar la rabia osada  
Del furibundo Marte sanguinoso  
Sin manchar la deidad su mano airada  
Con la sangre cruel del alevoso,  
A Pálas se volvió con voz templada;  
Y con rostro apacible y cariñoso  
Asiéndola del brazo blandamente,  
Dijo en breves razones lo siguiente.

Bien sabes que por mí ¡ó hija querida!  
En los vastos dominios de la tierra  
Siempre fuistes honrada y conocida  
Por diosa de la paz y de la guerra:  
Y pues tu duro aspecto y faz temida  
O ya el furor aumenta ó lo destierra,  
Vé y ampara á ese pueblo que inocente  
Sufre del hijo infiel la saña ardiente.



Que en el gran Palafóx , bravo soldado,  
 Intrépido, sagaz , justo y prudente,  
 Humano , valeroso y esforzado,  
 Todo el apoyo estriba de tu gente ;  
 El cual de tu favor hoy amparado  
 Refrenará el furor del insolente.  
 Asi habló el alto Jove , y al momento  
 La diosa obedeció su mandamiento.

Una lágrima en su mejilla  
 Blandía , obediendo al cielo  
 Que se hallaba en el sueño sumergido  
 Y habiendo su constancia renimada  
 Deseaba otra vez por de su venida  
 Respiro Palafóx luego atestado  
 Y todo su esmero en su renida  
 Infama de sus redobles y ofensas  
 Con la historia fatal de nuestros males.

El bravo Palafóx se lamentaba  
 Con triste corazón y voz delirante  
 Una noche se hallaba en su cama  
 El remedio de su mal tan importante  
 Entre lágrimas soplas sus quejas  
 Sus párpados florecos mansamente  
 Y anegaba su mente en blando sueño  
 Contemplaba del Celo al fiero empujón.





# LA IBERIADA.

## CANTO SEGUNDO.

### ARGUMENTO.

*Aparece Minerva al gefe osado  
Que se hallaba en el sueño sumergido,  
Y habiendo su constancia reanimado,  
Desparece otra vez por dó ha venido.  
Despierta Palafox luego asustado,  
Y todo su escuadron ya reunido,  
Inflama á sus soldados y oficiales  
Con la historia fatal de nuestros males.*

**E**l bravo Palafox se lamentando  
Con triste corazon y voz doliente  
Una noche se hallaba , meditando  
El remedio de un mal tan inminente.  
Entre lúgubres sombras fue cerrando  
Sus párpados llorosos mansamente,  
Y anegada su mente en blando sueño  
Contemplaba del Galo el fiero empeño.



Cuando más pesaroso y angustiado  
 Agitaba su triste fantasía,  
 Vió á una linda muger de rostro airado  
 Que ante el lecho de pies se le ponía.  
 Un reluciente arnés todo trenzado  
 El pecho y espaldar le defendía,  
 Y un áureo morrion á su cabeza  
 Ajustaba también con gentileza.

Una lanza cruel en su derecha  
 Blandía sin cesar con dura mano,  
 Sustentando la izquierda una bien hecha  
 Egida, que á su honor labró Vulcano:  
 En ella estaban con lazada estrecha  
 Enroscadas dos sierpes, y en su plano  
 Una horrenda cabeza aparecía  
 Que el rostro de Medusa descubría.

Atónito y suspenso un rato estuvo  
 El Gefe con vision tan admirable;  
 Mas luego que el temor lanzado hubo  
 Íbala á preguntar, y antes que hable  
 La diosa con la mano le detuvo;  
 Y mudando su aspecto formidable  
 En faz serena, grave y placentera,  
 Comenzóle á decir de esta manera.



No te turbe mi vista ¡ó varon fuerte!  
 Y del pecho el temor hora destierra,  
 Que soy Minerva, diosa á quien por suerte  
 Ha cabido el dominio de la guerra.  
 Yo soy la que destruyo y doy la muerte  
 Al soberbio escuadron; yo la que aterra  
 Al soldado feroz, bravo y brioso,  
 Y hago tambien triunfar al mas medroso.

Yo, finalmente, soy quien apiadada  
 De tu acerbo dolor y duros males,  
 Vengo desde el Olimpo á tí enviada  
 Por el padre de dioses inmortales.  
 Ya tu mano por mí será ayudada  
 Contra el recio furor de tus rivales,  
 Y mi sábio consejo y brazo armado  
 En tu auxilio hallarás hoy preparado.

Recibe nuevo aliento, porque unido  
 Con la fuerza constante y generosa  
 De tu pueblo leal y asaz temido,  
 Brille tu mano fiel siempre gloriosa.  
 No te turbe el poder de ese engréido  
 Enemigo cruel, porque la honrosa  
 Guirnalda de laurel, que da la Fama,  
 A coronar tu sien desde hoy te llama.



Aqui Pálas dió fin , y en el momento  
Aquel fuego marcial que conducia  
Le inspiró de una vez con tal aliento  
Que el triste corazon le enardecia:  
Con raudó vuelo y presto movimiento  
Que al del ave ligera parecia,  
Cercada de esplendor , en clara nube  
Hiende el aura veloz y al cielo sube.

El bravo General obedeciendo  
Al numen celestial , de sus sentidos  
El ópio blando luego sacudiendo,  
Las tropas convocó de sus partidos:  
De su gefe la voz todos siguiendo,  
Del bélico furor ya conducidos,  
Por la gloria y honor á que aspiraban  
A la lucha feroz se preparaban.

Bien así como suele en el estío  
Afanarse el gañan en sus fatigas,  
Que uno cercena con esfuerzo y brio  
El dorado cañon de las espigas;  
Otro esparce á favor del viento frio  
Las pajas que del grano siempre amigas  
Se enlazaban con él , y cada uno  
Acude á su labor ya de consuno.



De esta suerte las tropas alentadas  
 Por la enérgica voz del Gefe honroso,  
 A todas partes vuelan derramadas,  
 Ocurriendo al trabajo mas penoso :  
 Unos forman reductos y albarradas,  
 Otros abriendo están el ancho foso,  
 Y otros con las azadas y pisones  
 Levantaban banquetas y espaldones.

Cuál el caduco muro ya repara,  
 Cuál corta la fagina y salchichones,  
 Cuál forma el terraplén, y cuál prepara  
 Las minas, los morteros y cañones;  
 Aquel alza el fortin, aquel separa  
 Mechas, granadas, balas, municiones,  
 Y cada cual parece que á porfía  
 Disputarse la gloria á sí queria.

La noche vino al fin con negro velo  
 Enlutando los campos y las flores,  
 Y las claras estrellas en el cielo  
 Ya formaban sus giros y labores.  
 Ya la luna venciendo el frio yelo  
 Del tenebroso albergue, sus fulgores  
 Derramaba en la tierra dulce y grata,  
 Vistiendo el prado de radiante plata.



Cuando el gran Palafóx despues que ha dado  
La vuelta á la ciudad y á los obreros,  
Partióse á su cuartel acompañado  
De sus géfes y amados compañeros :  
Su asiento cada cual luego ha tomado,  
Y en marciales coloquios los guerreros  
Trataban de pasar toda la noche  
Esperando de Febo el rubio coche.

La plática sabrosa fue rodando  
Hasta venir á dar en el motivo  
Del proceder infiel, torpe y nefando  
Que usaba con la España el Galo altivo :  
El bravo general aqui exclamando  
Con íntimo dolor, con eco vivo,  
¡ Ay amigos ! les dice, que estas cosas  
Son á todo español bien lastimosas.

Renovar no quisiera el triste duelo  
Y el horrible dolor de su memoria,  
Cuando no habrá quizás bajo del cielo  
Quien pueda ya ignorar tan larga historia :  
Mas queriendo excitar hoy vuestro celo  
Y elevaros con él á la alta gloria  
Que tendreis en vencer á ese enemigo,  
Prestad vuestra atencion á lo que digo.

\*



Bien notorios os son los graves daños  
 Que su negra ambicion causó en el mundo  
 Viéndolo sumergido ha muchos años  
 En un golfo de males tan profundo:  
 Tampoco ignorareis que á sus engaños  
 Va cayendo angustiado y moribundo  
 Un imperio tras otro , y que la guerra  
 Cubre toda la faz de la ancha tierra.

Desde que este rival astuto y fiero  
 La discordia sembró , y al mismo trono  
 Asaltó la cruel ; decir no quiero  
 La malicia , la furia y el encono  
 Con que al pueblo asestó y al sábio clero,  
 E hizo á la religion perder su tono,  
 Envolviendo con sectas peregrinas  
 La cristiana moral en sus ruinas.

Este monstruo infernal se penetrando  
 En los pechos de plebe tan capciosa,  
 Del tósigo fatal los fue llenando  
 Que su boca lanzó siempre ominosa.  
 Con un veneno tal todos bramando,  
 Entre grita feroz y rencorosa,  
 En alas del furor corren volando,  
 Y el crimen mas atroz van meditando.

\*



Tan rápido torrente se derrama  
 Por la gran capital, allí eructando  
 El sangriento rencor y horrenda llama  
 Que en su seno cruel se fue cebando:  
 Allí la libertad sangriento aclama,  
 Y por lograrla al fin, su cuello alzando  
 Sacude ya la ley ¡ó suerte dura!  
 Que tan solo la ampara y asegura.

Aquí resuenan con el triste llanto  
 Las bóvedas doradas y altos techos;  
 Que la imágen del susto y del espanto  
 Abatió con su horror los duros pechos:  
 La fiera rebelion derriba en tanto  
 El trono y el altar; y tan estrechos  
 Se vieron esta vez tantos mortales,  
 Que tocaron allí todos los males.

La trémula campana hiriendo el viento  
 Con triste vibracion y son penoso,  
 Aumentaba el dolor y sentimiento  
 En medio de tropel tan horroroso:  
 Siguiendo cada cual el rompimiento,  
 A las armas corrió como furioso  
 Descargando cruel por donde quiera  
 Su tajante segur la Parca fiera.



Un triste combatiente allí postrado  
 A la fuerza se vé del duro acero,  
 Y otro revuelto en sangre y tropellado  
 Por una bruta huella ó pie ligero:  
 Un cuerpo sobre el otro amontonado  
 Aquí cierran el paso y el sendero  
 Al sangriento enemigo que en la lucha  
 El doliente clamor jamás escucha.

Tristes ayes, suspiros y lamentos,  
 Ansias crueles, fieros y amenazas  
 Formaban doloridos mil acentos  
 Que atronaban las calles y las plazas.  
 El fuego, la violencia, los tormentos,  
 El saqueo, la muerte y demas trazas  
 Que para destruir se han inventado  
 Era el lienzo que allí se vió pintado.

El horrendo rumor de este combate  
 El ámbito de Europa ya ocupaba,  
 Y por vengar su honor en tal debate  
 Todo Rey á las armas se aprestaba.  
 No por eso el francés su cuello abate,  
 Que su furia y rencor se derramaba  
 Con un orgullo tal por todo el suelo,  
 Que declarára guerra al mismo cielo.



Las sangrientas banderas tremolando  
Marcha ya en su furor con tal denuedo,  
Que no hay fuerza y poder que al fiero bando  
Le pueda resistir ni poner miedo.  
Los imperios y reinos penetrando  
Tala la mies, la oliva y el viñedo,  
Y con pecho cruel y fulminante  
Destruye y quema cuanto ve delante.

Hacia el Belga triunfante se encamina,  
Y le oprime y estrecha de tal suerte,  
Que cual rayo infernal allí arruina  
Cuanto toca el audáz con brazo fuerte.  
El Bático feroz su cuello inclina  
A su crudo rigor, y la atroz muerte  
Que en su mano cruel lleva delante  
Asesta su vivir á cada instante.

Ya dirige sus pasos hacia el Reno  
Asolando con furia impetuosa  
El rudo campo y el pensil ameno  
Sin á salvo dejar alguna cosa.  
Ya el robusto Aleman de susto lleno  
Abate su cerviz siempre gloriosa,  
Y el guerrero Prusiano se retira  
Y en pávido terror su saña admira.



Y el osado Breton asaz turbado  
 Corre las anchas playas arenosas  
 Lanzándose en el mar precipitado  
 Entre montes de nubes espumosas.  
 Porque el Galo feroz y denodado  
 Va siguiendo sus huellas presurosas,  
 Haciéndole dejar aun las riberas  
 En sus naves fugaces y veleras.

¿Mas qué podré decir en tanto duelo  
 De la Hesperia infeliz, al ver que viene  
 El osado francés con fiero anhelo  
 Traspasando la cumbre del Pirene?  
 No el empinado muro que de yelo  
 Una valla le opone, le detiene,  
 Ni del Ebro el raudal en tal porfia  
 Ya basta á contener su altanería.

Pues el Franco cruel lleno de saña  
 Salva los altos montes mas fragosos,  
 Haciendo sollozar á nuestra España  
 Entre males sangrientos y horrorosos;  
 Mas ella en tal penar sus ojos baña  
 De amargas perlas, llantos dolorosos  
 Clamando sin cesar al justo cielo  
 Porque diese á su mal algun consuelo.



A su triste clamor ya se desprende  
 Una nube de luz, que sus fulgores  
 Desde el excelso Empíreo al suelo extiende  
 Entre bellos matices y colores.  
 En ella la alma Paz las auras hiende  
 Su sien ornada de olorosas flores,  
 Con mil ninfas que van siempre officiosas  
 Esparciendo al bajar fragantes rosas.

Todo mudó de aspecto á su presencia;  
 El campo reverdece, y matizada  
 Se mira la floresta que su ausencia  
 Dejó seca, marchita y quebrantada:  
 Del prado ahuyenta la mortal dolencia;  
 Las artes restablece, y su morada  
 Volvieron á ocupar las sacras Musas  
 Que lloraban amargas y confusas.

De los tristes mortales la alegría  
 Destierra su dolor; pues al mirarla,  
 Absorto cada cual, ya bendecía  
 La ventura feliz de disfrutarla:  
 Mas tósigo fatal fue su ambrosía,  
 Que harto fuera mejor el no gustarla,  
 Que con ella comprar una alianza  
 Que vendió á la traicion nuestra esperanza.



De entonces la nacion aherrojada  
 Al carro vencedor del fraudulento,  
 Cual esclava infeliz se vió obligada  
 A seguir su furor siempre violento.  
 Suya fue nuestra tropa, nuestra armada,  
 Suyo nuestro arsenal, y hasta el sustento  
 Que nos daba la tierra y cielo humano  
 Dispensado nos fue por su infiel mano.

El menestral escaso, el pobre hambriento  
 De la triste penuria rodeados,  
 Repartian su pan y su alimento  
 Del Corzo desleal con los soldados:  
 Mas el monarca vil sin sentimiento  
 De alguna humanidad, y quebrantados  
 Los lazos de amistad tan generosa,  
 Nos armaba la red mas alevosa.

Su hidrópica ambicion y su codicia,  
 Que ni fuero ni ley ha respetado,  
 Solo daba fomento á su malicia,  
 Para un arbitrio hallar á su atentado.  
 Entre tanto las plazas, la milicia,  
 Todo nuestro poder le era entregado,  
 Por no descontentar al falso amigo  
 Que afectaba salvarnos á su abrigo.



Dos escuadras vendidas á su antojo  
 Acabaron las fuerzas del Estado;  
 Que en ellas descargó su justo enojo  
 Por su culpa el Bretón enemistado:  
 Mas la historia contar de tal arrojó  
 En aquesta ocasion aun no me es dado;  
 Otra vez tocaré tan grave punto,  
 Por el hilo seguir de nuestro asunto.

Con negra lentitud, cual sanguijuela,  
 La sangre sin sentir nos consumia,  
 Y con auxilio tal ya no recela  
 En la Europa verter su tiranía.  
 La llama de su ardor al punto vuela,  
 Unida á su ambicion y á su osadía,  
 Por los reinos, imperios y ducados  
 Dejándolos de horror todos sembrados.

Este horrendo volcan erradamente  
 Del norte por la paz ya rechazado,  
 Convirtió su furor al occidente  
 Sobre el reino leal de su aliado.  
 La guerra á Portugal nos fue el oriente  
 De aquel astro fatal y desgraciado  
 Que nos iba á regir, pues á su entrada  
 La España fue por él toda ocupada.

\*



Pasos tan misteriosos del tirano  
 Daban ya á la nacion algun recelo,  
 Y mas cuando el sagaz y fiel Britano  
 Alarmaba en su voz nuestro desvelo;  
 Mas todo vino á ser esfuerzo vano  
 Para excitar del Rey el justo celo;  
 Que entre esperanza y miedo el favorito  
 Le estorbaba escuchar tan fuerte grito.

No conoció jamas el Rey vendido  
 Que el escudo mejor para un Estado  
 Es el pueblo de amor ya poseido  
 Y respeto filial al Rey amado:  
 Entre el riesgo fatal adormecido  
 Y de escollo en escollo despeñado,  
 En el amigo infiel aun confiaba,  
 Y á su daño total siempre marchaba.

Consumólo por fin el vil exceso  
 Del privado infeliz, que maquinando  
 Por su seguridad, tramó un proceso  
 De parricidio atroz contra Fernando.  
 Oyó no sin horror este suceso  
 La Europa y la nacion, y él contemplando  
 Su peligro, y accion tan delincuente,  
 Fingióse intercesor del inocente.



El corzo usurpador aprovechando  
 De la Familia real las disensiones,  
 Las plazas sin sentir nos fue tomando  
 Que luego guarneció con sus legiones.  
 Todo el pueblo español ya penetrando  
 Con tan injusta acción sus intenciones,  
 Quisiérase oponer ; pero abatido  
 Escogió en el callar mejor partido.

Sus huestes desde aquí ya discurrían  
 Hacia la Capital con tal misterio,  
 Que honrando á la nación, nada decían  
 Ni nombraban al Rey ni al ministerio.  
 Las sospechas así mas nos crecían,  
 Y el pueblo que miró su cautiverio,  
 La esperanza perdió de haber entrado  
 Solo por destronar al gran privado.

Este viendo tambien que la fortuna  
 Erale adversa ya por su tormento,  
 Asíó de una ocasion que era oportuna  
 Para ponerle al fin á salvamento.  
 Con plática faláz y harto importuna  
 Al Monarca inclinó para su intento,  
 Disponiendo con él los Soberanos  
 Por su reino trocar los megicanos.



Apuróse por fin el sufrimiento  
 De la cuerda nacion; y la medida  
 Al cabo se llenó con el tormento  
 De verse abandonar ya desunida.  
 Sonó el grito cruel del rompimiento,  
 Y se opone feróz á la partida  
 Lanzando en su furor al tal valido  
 A la nada otra vez de do ha salido.

Aturdido el buen Rey del golpe fiero,  
 Le fue duro reinar sin su persona,  
 Y en plena voluntad á su heredero  
 Al momento abdicó su real corona.  
 El pueblo siempre fiel, justo y sincero  
 Reconoce á Fernando, y lo pregona  
 Por monarca y señor, y en tal subida  
 La España renació de muerte á vida.

No por suceso tal desenlazaron  
 Sus nudos de amistad las dos naciones;  
 Que los reales decretos conspiraron  
 A estrechar mucho mas sus relaciones.  
 Aun las cartas del Rey tambien mostraron  
 Al falso Emperador sus intenciones  
 De unir á su familia el nuevo empleo  
 Con el lazo sagrado de Himenéo.



Despachóle á este fin una embajada  
Llena de ostentacion y de aparato;  
La que siendo al infiel ya presentada,  
Afectó la escuchar afable y grato;  
Mas en tan noble accion una emboscada  
Al amigo le armó su pecho ingrato;  
Que del vil corazon endurecido  
Ni aun la misma virtud saca partido.

Por el labio sagaz de un lisonjero  
Asi fuélo atrayendo al sutil lazo,  
Que en sus manos cayó como un cordero  
Sin hallar en su ardid leve embarazo.  
Persuadió al nuevo Rey el buen tercero  
Que en amorosa union y tierno abrazo  
Verse Napoleon con él queria,  
Y su marcha á este fin ya disponia.

Nuestro Monarca fiel que hora juzgaba  
Por su buen corazon el del malvado,  
Con sencillo placer solo aguardaba  
Verse con huesped tal acá en su Estado.  
Por irlo á recibir cual deseaba  
A su hermano mayor luego ha mandado;  
Y aun siéndole á su amor corto homenaje,  
Siguióle el Rey despues en su viage.



¿Qué pecho ó corazón de tal fiereza  
Aun en monstruo cruel jamas se hallára,  
Que á una demostracion de igual fineza  
Lleno de confusion no se ablandára?  
Pero la obcecacion y la dureza  
Del Corzo desleal era tan rara,  
Que en la prueba mayor del beneficio  
Tendia mas la red de su artificio.

Cual astuto enemigo que emboscando  
Su fuerza militar en la espesura,  
Al contrario adalid va provocando  
Con pequeña porcion á la llanura;  
Mas si le sigue al fin el recio bando,  
Retirándose va por la estrechura  
Para cercarle allí, y en la sorpresa  
De sus huestes hacer segura presa.

Así el usurpador al peregrino  
Hácia el lazo fatal le conducía;  
Que afectando le hallar en el camino,  
El infame traidor no parecía.  
Con la esperanza el Rey, perdiendo el tino,  
Cual suele suceder al que confía,  
De uno al otro lugar siempre marchando,  
Preso en Francia se vió nuestro Fernando.



Al mirarlo llegar el alevoso,  
 Sus brazos extendió para abrazarle,  
 Como el áspid cruel y venenoso  
 Que se enrosca al mortal por sofocarle.  
 Mas no tardó en mostrar el ambicioso  
 El motivo ruin de agasajarle,  
 Mandándole abdicar en su persona  
 El Estado español y su corona.

El ánimo del Rey nunca abatido  
 Su entereza mostró con su respuesta,  
 Haciéndole saber que no ha nacido  
 Arbitro de acceder á su propuesta :  
 Que solo la nacion que se ha servido  
 Con ella coronar su sien y testa,  
 Es quien puede asentir y dar oido,  
 Cual gustare mejor , á este partido.

Turbóse el corazon del insolente  
 Y soberbio opresor á tales voces,  
 Y cual tigre voraz ó leon rugiente  
 De su seno lanzó gritos feroces :  
 Mas pensando vencer al Rey paciente  
 Por medios á su ver no tan atroces,  
 A Bayona llevó los padres Reyes  
 Traspasando cruel todas las leyes.



En tan dura opresion, reconociendo  
De Fernando el amor y la obediencia,  
Al Rey padre esta vez honrar fingiendo  
Reclamó en su favor toda violencia.  
El Príncipe español alli cediendo  
La diadema en su sien, á consecuencia  
Cárlos por el traidor ya compelido,  
Con ella al rey José luego ha ceñido.

Mientras que tan infiel y triste escena  
El falso seductor representaba,  
El pueblo de Madrid con dura pena  
La vuelta de su Rey solo aguardaba.  
Entre tanto con faz siempre serena  
Los fueros de amistad jamas hollaba,  
Ofreciendo al francés el vasallage  
De la fina atencion y el hospedage.

Mas al ver arrancar los tristes restos  
De la casa real hácia la Francia,  
Los ocultos ardides manifiestos  
Y burlada tambien su tolerancia;  
Mudando de una vez los blandos gestos  
En sangriento furor y en arrogancia;  
Los mendígos, plebeyos y señores  
Prorumpieron al fin tristes clamores.



El violento opresor que hora buscaba  
Al rompimiento vil algún asilo,  
Ansioso de matar ya preparaba  
De su espada cruel el duro filo.  
Por las plazas y calles se internaba,  
Y en el pueblo leal siempre tranquilo  
Descargando se ven, como leones,  
Los alfanges de horror sus escuadrones.

Ultrajados así sus habitantes,  
A las armas corrieron con presteza,  
Y entre blancas espadas centellantes  
La matanza feroz al punto empieza.  
Sus pechos en la acción siempre constantes  
Luchaban con valor y tal firmeza,  
Que las tropas soberbias y aguerridas  
Vacilantes andaban y esparcidas.

La sangre criminal del galo horrendo  
En copioso raudal asaz corría,  
Y el pueblo aquí y allí ya discurriendo,  
De lucha tan atroz no desistía.  
No le asusta el rigor, ni el fiero estruendo  
Del horrible cañon que resistía;  
Que en temoso furor sus corazones  
Arrostraban allí los batallones.

\*



Sin gefe militar y sin soldados  
 Las filas del rival así dañaban,  
 Que miraban caer á todos lados  
 Los soberbios gigantes que asustaban.  
 Estos ya sin vigor y amedrentados,  
 A la muerte cruel se preparaban,  
 Cuando la voz de paz y de armonía  
 Del Gobierno, por fin los contenía.

La obediencia leal y respetosa  
 Al pueblo desarmó ya enfurecido,  
 Y el combate cesó; mas la horrerosa  
 Mortandad comenzó, y el alarido.  
 Aquella noche triste y pavorosa  
 Su silencio rompió con el gemido  
 De los fieles vecinos desarmados,  
 Que eran de mil en mil asesinados.

De este modo triunfó la cobardía  
 Del vil Emperador siempre inhumano,  
 Y luego sin tardar aparecía  
 La corona en la sien del fiero hermano.  
 Mas á fin de paliar su alevosía,  
 Y á su intriga dejar el paso llano,  
 En Bayona juntó como un congreso  
 Que diese algun color á tanto exceso.



Por algunos cobardes cohechados,  
Y por otros leales oprimidos  
Fueron entre las armas rubricados  
Sus tratados y pactos fementidos.  
Con tan debil poder autorizados  
Corren por las ciudades y partidos,  
Y entre el robo, el horror y cruel cauterio  
Nos anuncian al fin el cautiverio.

La española nacion siempre constante,  
No pudiendo sufrir tan negra afrenta,  
De su pecho lanzó luego al instante  
El sangriento furor que la atormenta.  
En vano la segur amenazante,  
Y el tirano poder se le presenta;  
Que hollado su valor tan cruelmente,  
Abrasó el corazon mas negligente.

El soplo del honor encendió luego  
El sagrado volcan del patriotismo,  
Y ardiendo la nacion en vivo fuego  
Al tirano mostró su alto heroismo.  
Entre el justo rencor y furor ciego  
Las iras provocó del negro abismo:  
Que á las armas corrió toda su gente,  
Y á los pueblos voló la llama ardiente.



Entre el fiero clamor y vocería  
Solo el grito de guerra se escuchaba,  
A que el bronco cañon correspondía  
Con la horrible venganza que anunciaba.  
Guerra el ronco timbal nos repetía;  
Guerra el marcial clarin ya resonaba;  
Y guerra y sangre, y muerte y cruel veneno  
Lanza cada español del crudo seno.

De esta suerte los bravos campeones  
Al yugo del infiel se resistían,  
Y entre tantos estragos y traiciones  
Las falanges francesas no temían.  
En prueba de su amor altos pendones  
Por el ayre otra vez luego extendían,  
Nuevamente en su saña proclamando  
Por Monarca de España al rey Fernando.

Ved aquí el triste mal y desventura  
De la patria infeliz en este día,  
Y la causa fatal de la presura  
Que hoy aflige cruel la monarquía.  
Ved aquí ya también la coyuntura  
De vencer ó morir en tal porfía;  
Porque entre esclavos ser, ó ser señores,  
No hay mas medio esta vez que ser traidores.



Asi la historia fiel les relataba  
 El bravo Palafóx ; y aqui llegando,  
 De llanto en un raudal su faz bañaba  
 Entre suspiros mil que iba exhalando.  
 Mas al grito y rumor que ya sonaba  
 De la guerra feroz, se levantando,  
 Acuden con valor , marchando juntos  
 De la plaza á ocupar los varios puntos.

Su perfidia cruel ya se relataba  
 Al punto de Alagon ya se relataba  
 Que apenas que se presentaba  
 De la plaza Palafóx ya se relataba  
 Y se traba una accion dura y sangrienta  
 Pues cuantos que ya se relataba  
 Llegando en escaramuzas por partes  
 Si á tan fuerza ya se relataba  
 Huye con el temor , mas lo sustenta  
 Con la guerra ya se relataba  
 Con un discurso tal , que ya se relataba  
 Dato luego al rival fiero y osado

La autor en su discurso ya se relataba  
 De las hinchadas sombras las portadas ya se relataba  
 Ya se relataba ya se relataba ya se relataba  
 Comenzaba á partir con sus arbores ya se relataba  
 Ya se relataba los campos ya se relataba ya se relataba  
 Despertaba á el estar de sus labores ya se relataba  
 Cuando juntas sus tropas ya se relataba ya se relataba  
 Hablaba Palafóx ya se relataba ya se relataba





# LA IBERIADA.

## CANTO TERCERO.

### ARGUMENTO.

*Ayudado el francés del crudo Marte  
Al punto de Alagón ya se presenta:  
Su gente Palafóx sagaz reparte,  
Y se traba una acción dura y sangrienta.  
Llevando su escuadrón la peor parte,  
Huye con el temor, mas lo sustenta  
Con un discurso tal, que ya alentado  
Bate luego al rival fiero y osado.*

**L**a aurora en su arreból con faz luciente  
De las húmedas sombras los horrores  
Iba ahuyentando ya, y el claro oriente  
Comenzaba á bordar con sus arbóres.  
Ya alegraba los campos, y á la gente  
Despertaba á el afan de sus labores;  
Cuando juntas sus tropas y oficiales,  
Hablóles Palafóx razones tales.



¡O amados compañeros! les decia:  
 ¡O valerosos gefes y soldados!  
 Firmes columnas de la monarquía,  
 Y muros de defensa á sus estados:  
 El tiempo ya llegó, y este es el día  
 De esos nombres dejar eternizados  
 Abatiendo á un traidor que poderoso  
 Hoy pretende turbar nuestro reposo.

Su perfidia cruel ya es muy notoria,  
 Y la dura opresion que de él sufrimos;  
 Que apenas quedará triste memoria  
 De la alteza y poder que ántes tuvimos.  
 ¿Pues cuánta debe ser hoy nuestra gloria  
 Si á tan fuerte invasor al fin rendimos  
 Con la fuerza y valor que en nuestros pechos  
 Nos inspira la patria y sus derechos?

No temais ¡ó soldados valerosos!  
 La soberbia hinchazon de ese enemigo,  
 Si de timbres de honor siempre gloriosos  
 Hoy cubriros quereis en su castigo.  
 ¿Acaso no sois vos los prodigiosos  
 Hijos de aquellos padres que consigo  
 Llevaron el terror al Lácio imperio,  
 Y han rendido á sus pies otro hemisferio?



¿ Vuestro brazo no fue quien arrogante  
 El yugo sacudió, con su bravura,  
 Del árabe feroz, y el que triunfante  
 A la España libró de su presura?  
 ¿ El no ha sido también quien al constante  
 Araucano domó su cerviz dura,  
 Y el que á la armada infiel llenó de espanto  
 En el golfo soberbio de Lepanto?

¿ Pues quién podrá abatir vuestra fiel mano  
 Que de honroso valor va revestida  
 Contra un fiero opresor siempre inhumano  
 Que asesta á vuestro honor y á vuestra vida?  
 Rendid esa cerviz y furor vano  
 Con que á toda nacion hora intimidada,  
 Y en un golpe no mas hoy recobremos  
 La paz y libertad que apetecemos.

A vencer ó morir nos fuerza y llama  
 De la patria el amor, el Soberano,  
 Nuestro mismo interés y nuestra fama,  
 Y el yugo sacudir de un vil tirano.  
 ¿ Pues qué fiel corazón ya no se inflama,  
 Y entre el crudo rigor del hado insano  
 Hoy no busca la gloria lisonjera  
 Que en el campo de honor solo le espera?



Mirad que en el valor de vuestro acero  
 Hoy funda la nacion su confianza;  
 Y en el combate atroz, cuanto es mas fiero,  
 Tanto es gloria mayor la que se alcanza.  
 Aspire cada cual á ser primero  
 En tan honrosa lid; pues afianza  
 Con esto su quietud, y nos demuestra  
 Que la fuerza y honor está en su diestra.

En el riesgo mayor es donde halla  
 Su mayor galardón un brazo osado;  
 Pues quien al miedo vil ya se avasalla  
 Para luego vivir siempre infamado,  
 Siente en su corazon mayor batalla  
 Viviendo hasta morir de infiel notado:  
 Porque al hombre de honor mas atormenta  
 Que la muerte cruel cualquiera afrenta.

No es deciros por eso que el prudente  
 No tema con razon la suerte dura;  
 Mas vencer el temor es ser valiente,  
 Y su gloria inmortal así asegura:  
 Ni por esto debeis livianamente  
 Del todo confiar en la ventura:  
 Mas siempre pelear con fuerza nueva;  
 Que la palma hasta el fin nadie se lleva.

\*



Pero vuestro valor por mas ardiente  
 Que en la sangrienta lid hoy se mostrare,  
 Ser deberá tambien dulce y clemente,  
 Si el enemigo al fin se le humillare.  
 La clemencia al valor es consiguiente,  
 Y el gefe militar que la gozare,  
 Será justo, temido y siempre amado,  
 Y las prendas tendrá de un buen soldado.

Mas entre todas juntas la primera  
 Que en vos debe reinar ; ó compañeros !  
 Es aquella lealtad y fe sincéra  
 Que nos hace vasallos verdaderos :  
 Porque es la vil traicion cual peste fiera  
 Que asuela sin sentir reinos enteros :  
 No hay contra el desleal nada guardado,  
 Ni enemigo mayor que el disfrazado.

Con ella debe haber del modo mismo  
 Respeto y sumision á la cabeza,  
 Que muy débil será vuestro heroismo  
 Si el gefe á un solo fin no lo endereza :  
 La poca sumision y el egoismo  
 Causan la desunion y la flaqueza ;  
 Y el mas fuerte escuadrón ya desunido,  
 Fácilmente será roto y vencido.



Vamos pues , al combate, y no perdamos  
Los laureles de honor que nos presenta  
Ese vano opresor que ya miramos,  
Y la tierra conmueve y amedrenta.  
De nuestros fuertes pechos sacudamos  
Todo vano temor; pues hoy se intenta  
En el mundo adquirir tales renombres  
Que alta fama nos den entre los hombres.

Así el gefe animó sus divisiones,  
Y ya su osada y fuerte compañía  
Respirando valor sus corazones,  
A la lucha feroz se disponia.  
Tremolados al viento los pendones  
Comienzan á seguir la honrosa via  
Que el paso les abria á la carrera  
De una gloria eternal y verdadera.

Era cosa de ver la bizarría  
Con que ya las falanges concertadas  
Del valiente español bajo su guía  
Se observaban marchar nunca turbadas.  
¿Mas quién podrá contar la simetría  
Con que todas se miran adornadas  
De brillante esplendor , ricos bordados,  
Y de ayrosos plumages matizados?



¿Quién tampoco decir el aparato  
De máquinas de guerra, municiones,  
Armas de toda clase y fino ornato,  
Morteretes, obuses y cañones?  
¿Quién referir el son y acento grato  
Que formaban allí los escuadrones,  
Hiriendo sin cesar los dulces vientos  
Con marciales y acordes instrumentos?

Por los campos y montes resonaban  
Los clarines, las flautas y atambores;  
Y al vistoso escuadrón en torno honraban  
Cefirillos suaves, que con flores  
Coronando su sien, luego exhalaban  
Por el áura sutil blandos olores,  
Que hinchendo por do quier el fresco ambiente  
Preparaban el triunfo á nuestra gente.

Con presagio feliz se conducian  
Las tropas del honor siempre animadas;  
Y todos al pasar les repetian  
Muchos vivas y salvas concertadas.  
Ya entre tanto por fin se descubrian  
Del enemigo infiel las avanzadas,  
Que con negro furor, pechos ferinos,  
Cubriendo de terror van los caminos.



El soberbio Lefebre era el primero  
 Que á la eterna mansion desafiando,  
 Agitaba un frisón bravo y guerrero  
 De espeso polvo nubes levantando.  
 Con un ayre marcial aun mas severo  
 Tras él camina el foragido bando  
 De la gente infeliz, tristes naciones  
 Que siguen del francés los pabellones.

Los que el Báltico mar hinchado riega;  
 Los Helvecios, Suevos y Sajones;  
 Los que el alto Apenino ya segrega  
 En diversos partidos y regiones:  
 Los nueve electorados que congrega  
 La Germania tambien en sus sesiones;  
 Los Bávaros, Francones, Wesfalienses,  
 Bátavos, Lituanos, Cracovienses.

El carro de Faetonte ya rodaba  
 Por las altas montañas, recogiendo  
 Las sombras del horror que atrás dejaba  
 La noche á quien velóz iba siguiendo.  
 En el hinchado mar ya se lanzaba,  
 Y la tierra de luz iba vistiendo  
 Cuando del Galo infiel las compañías  
 Tomaban de Alagón las cercanías.



Cual ardiente cometa que vagando  
 Por el éter sutil en noche oscura  
 Tan rutilantes rayos va arrojando,  
 Que parece anunciar triste ventura;  
 Así el luciente Febo centellando  
 En el brillante peto y armadura  
 De las horribles huestes, parecía  
 Que los campos y montes encendía.

Con horrendo clamor ya resonaba  
 Del guerrero clarín el ronco acento,  
 Y el fogoso alazán ya relinchaba  
 Sacudiendo la crin en su ardimiento.  
 Ya la tropa marcial solo esperaba  
 La terrible señal del rompimiento,  
 Cuando vuelto Lefebre á sus legiones  
 Les hablaba en su ardor tales razones.

No olvideis esta vez, fuertes soldados,  
 Que tres lustros contais de vencimientos,  
 Y que ellos bien sabeis fueron ganados  
 En los duros combates mas sangrientos.  
 Vos fuísteis del valor altos dechados,  
 Que en Jena y Austerlitz como á portentos  
 De constancia y honor os admiraron  
 Esas gentes que al mundo amedrentaron.



Vos fuísteis otra vez los afamados  
Coraceros valientes y dragones  
Que aterrasteis los pueblos alentados  
Del Alpe y Apenino y sus regiones.  
Sus escarpadas sierras y anchos vados  
Superasteis al fin como leones,  
Abatiendo también vuestros conatos  
A los bravos Ilirios y Croatos.

No queráis marchitar en un momento  
Tantos lauros de honor ya merecidos  
Al constante valor y sufrimiento  
De esos pechos leales y aguerridos.  
No os aterre el furor y bravo aliento  
De esos vuestros contrarios atrevidos;  
Que son gentes al fin sin experiencia  
Las que intentan hacer hoy resistencia.

Esa turba infeliz que ya os provoca,  
Bien pronto pagará tanta osadía;  
Que es débil, inconstante y siempre poca  
Para vuestro teson y valentía.  
Abatid de una vez su pasión loca  
Y á un golpe decidid esta porfía;  
Que humillada por nos la su arrogancia  
Será eterno el blason de nuestra Francia.



Hoy el hado , hácia vos siempre inmutable,  
Nunca pudo mostrarse mas propicio,  
Consagrándoos aqui con rostro afable  
De una gloria inmortal el sacrificio.  
Hoy por siempre será ya memorable  
Vuestro esfuerzo leal y fiel servicio,  
Cogiendo con valor tantos despojos  
Como ofrece el contrario á vuestros ojos.

Marchad pues ¡ ó franceses generosos!  
Al campo del honor que veis delante;  
Que con ojos aqui no desdeñosos  
Os descubre Fortuna su semblante.  
Corred luego á cortar esos honrosos  
Laureles , con que os brinda en este instante,  
Y con ellos ceñid hoy vuestra frente  
Aun digna de un blasón mas eminente.

Esto dijo , y al punto repitiendo  
Sus ecos los clarines y atambores,  
Entre el ruido marcial y fiero estruendo  
Avanzaban los fuertes cazadores :  
Ya el pueblo aragonés iba embistiendo  
Vomitando brávezas y rencores,  
Y con golpe feroz ya se encontrando  
Cierran furiosos uno y otro bando.



Bien así como el Noto embravecido  
 Cuando al Bóreas encuentra en su carrera,  
 Chocan con tal violencia y estampido  
 Que hacen temblar á la celeste esfera:  
 Retumba el monte con atroz sonido,  
 Cubre la parda nube su cimera,  
 Y entre densas tinieblas y tronadas  
 Las centellas se cruzan inflamadas.

De este modo los recios escuadrones  
 Se golpean y baten con tal saña,  
 Que los continuos fuegos y explosiones  
 Atronaban el valle y la montaña:  
 Saltan de los templados morriones  
 Rayos de viva luz en la campaña  
 Entre la humosa niebla que cubria  
 La rutilante faz del claro dia.

Nuestros fuertes soldados contrastando  
 El ímpetu feroz del enemigo,  
 Iban por sus colunas penetrando  
 Llevando en las espadas su castigo:  
 Aquí y allí cabezas cercenando  
 Cual cortante segúr en blando trigo,  
 Cubren la seca arena abrasadora  
 Con la sangre cruel y usurpadora.

\*



Tras ellos corre por la honrosa puerta,  
Que su valor abrió, la muerte airada,  
De una tostada piel solo cubierta  
Sobre su faz enjuta y descarnada.  
En su carro fatal pálida y yerta  
Se dejaba mirar, y una afilada  
Y tajante segur que conducia  
Aquí y allí feroz la sacudia.

Su presencia cruel, negra y oscura  
Vertió la confusion entre la gente;  
Y al punto cada cual mas se apresura  
A herir á su rival que tiene al frente.  
Un guerrero feróz la su ventura  
Disputaba á su igual siempre impaciente,  
Y entre el fuego y el humo los soldados  
Se miraban allí todos mezclados.

Entre el grupo de horror veloz andaba  
El crudo Marte siempre sanguinoso,  
Y el látigo sonante descargaba  
Sobre el bruto lozano y animoso:  
Hora en la ardiente arena levantaba  
Un remolino oscuro y polvoroso;  
Hora en las fieras huestes se veía  
Infundiendo el valor y la osadía.



Crece el furor y rabia del soldado  
Cuanto mas el horror y el daño crece;  
Que siempre cada cual mas obstinado  
Contra el recio enemigo se embravece:  
Por herido que esté y ensangrentado  
Su constancia y valor no desfallece;  
Que ardiendo en un volcan todo artillero,  
Lanza en cada explosion el fin postrero.

¿Qué humano corazon fuera tan duro,  
Que un destrozo al mirar hoy tan sangriento,  
Pudiera sostenerse en tanto apuro  
Sin perder su vigor y bravo aliento?  
Mas era de valor un recio muro  
Todo pecho esta vez; pues el tormento  
Del bélico cañon no le amedrenta  
Por mas que su rigor siempre acrecenta.

Causaba horror el ver á tantas gentes  
Todas á un mismo tiempo peleando,  
Tantas bocas horrísonas y ardientes  
Humo, balas y fuegos vomitando:  
Mas fieras cada vez, mas inclementes  
Al contrario escuadrón van avanzando;  
Que el miedo de morir á nadie espanta  
Aun viendo la segur á su garganta.



Rompen las duras filas obstinadas  
Los fuegos del cañon y del mosquete;  
Mas en el mismo punto son cerradas  
Con las nuevas que cubren el boquete:  
Ni la horrible explosion, ni las espadas  
Las pueden rechazar; pues acomete  
Cada cual á saciar su atroz fiereza  
Sobre la horrenda muerte en que tropieza.

Entre tanto rigor iban perdiendo  
Las tropas su vigor ya desangradas;  
Que el bravo corazon desfalleciendo,  
Sus fuerzas esta vez mira postradas;  
Mas el contrario audaz que hora está viendo  
Todas sus intenciones ya frustradas,  
Despreciando el horror de cruda muerte  
Tienta el medio postrer de hacerse fuerte.

Las espadas y dientes apretando  
Baten de los caballos las ijadas  
Con tan crudo rigor, que el fiero bando  
Rompe por nuestras filas ya cansadas.  
Los aceros lucientes levantando  
Por el flanco las cogen descuidadas,  
Envolviendo en su horror cual torbellino  
Al turbado escuadrón que anda sin tino.



Nuestra gente bisoña y sorprendida  
Con la muerte cruel que ve cercana,  
Va cediendo al furor del homicida,  
Que toda oposicion vence y allana.  
Por el campo marcial toda esparcida,  
El quererla ordenar es cosa vana,  
Que el galope veloz de los frisones  
Alas daba y vigor á los talones.

Entre tanto el francés apoderado  
Del puente del canal en tal derrota,  
Va siguiendo el alcance comenzado  
Cual águila fugáz que el viento azota.  
De Casa-Blanca el punto ya asaltado,  
Sus fuerzas y poder en vano agota;  
Que el osado rival asaz violento  
Lo obliga sin piedad al rendimiento.

De Salduba la fiel al flaco muro  
Ya llegaba la gente perseguida,  
Cuando el gran Palafóx en tal apuro  
A las tropas contuvo en su corrida:  
Con acento eficaz y gesto duro,  
Y de rabia cruel su faz ardida,  
Alzando en su furor el blanco acero  
Así las dijo con rigor severo.



¿A dónde ¡ó compañeros generosos!  
 Os conducen temores infundados?  
 ¿A dónde vuestros pechos valerosos  
 Os llevan esta vez descarriados?  
 ¿Intentais el dejar vuestros gloriosos  
 Y antiguos timbres con rubor manchados,  
 Y que el nombre español siempre temido  
 Hoy se mire por vos escarnecido?

No son aqueas gentes que miramos  
 Dioses de otro poder, y no mortales,  
 Como el tirano infiel quiere creamos  
 Para hacernos gemir con duros males:  
 Hombres como nosotros ya probamos  
 Que son, y en el valor muy desiguales;  
 Que su orgullo tal vez viérais vencido  
 Si hubiéseis con teson hoy resistido.

¿Qué refugio pensais ¡ó miserables!  
 De estos muros hallar ya carcomidos  
 Contra aqueos rigores implacables  
 De que pronto sereis acometidos?  
 Los caminos os son intransitables,  
 Las alturas y puentes veis perdidos:  
 ¿Qué esperanza teneis en estos llanos  
 Sino el brio y valor de vuestras manos?



Nuestros brazos no van ya dirigidos  
 Un derecho á salvar imaginado;  
 Tampoco á sostener fieros partidos  
 De un sistema tal vez mal cimentado.  
 Nuestros propios hogares perseguidos  
 Nuestro exterminio vil ya decretado,  
 Y nuestro Rey librar, la patria y vida  
 Tan solo á combatir hoy nos convida.

Si la Parca feroz os amedrenta  
 Con su ceño y horror siempre espantable,  
 Mas cruel os será si en tal tormenta  
 Resistirla no osais con pecho estable.  
 De vuestra muerte atróz y dura afrenta  
 El decreto se dió nunca mudable:  
 Tan solo el pelear puede salvaros  
 Y esa suerte infeliz en bien trocaros.

Si inclináreis el cuello á las cadenas  
 A que todos estais ya condenados,  
 De nuevo empezarán las vuestras penas  
 En climas rigurosos y apartados.  
 Allí entre ardientes y hórridas arenas,  
 O entre montes de nieve sepultados  
 Sereis, á manos de una cruda guerra,  
 Que cobardes rehusais en vuestra tierra.



Una misma es la muerte rigorosa  
Con que ya os amenaza el fatal hado :  
Allí la esperais cierta , aquí dudosa  
Si con ella luchais con pecho osado ;  
Y aun mas vale morir con frente honrosa  
Por la patria salvar y al Rey amado,  
Que rendir la cerviz al duro acero  
Por saciar la ambicion de un vil guerrero.

Servir de confusion debe al cautivo  
Exhortarle á romper sus eslabones,  
Y aun es mas deshonor que el brazo esquivo  
Hoy se muestre á vengar tales baldones.  
Aquel que no arde ya con fuego vivo  
Y los riesgos calcula en sus prisiones,  
Es cobarde ó traidor , y separado  
Por siempre debe ser del fiel soldado.

Volved ya sobre vos ¡ó aragoneses !  
Y esos brios cobrad tan desmayados ;  
Que en la guerra tal vez son los reveses  
Las semillas de lauros no esperados.  
Todos nuestros honores é intereses  
Tan solo en el vencer están cifrados,  
Y el que siga mis pasos mas ligero  
Este es el español mas verdadero.



Dijo, y ardiendo con voraz despecho,  
 El acero blandió con mano osada,  
 Y revolviendo el bruto va derecho  
 Sobre la turba infiel y denodada :  
 Síguele su escuadrón casi deshecho,  
 Y la gente ya ciega y obstinada,  
 Le jura no volver jamas la rienda  
 Hasta ver concluir la atróz contienda.

Como el bravo lebrel, que detenido  
 Por la mano tenáz que ya le oprime,  
 Si de fiera cruel oye el bramido,  
 Rabioso ladra , é impaciente gime,  
 Y lucha por soltar el lomo asido  
 Sin que el ronco clamor le desanime ;  
 Mas rota su prision , va sin tardanza,  
 Y sangriento y feróz al cuello avanza :

De este modo los recios combatientes  
 De tan crudo rigor aun no cansados,  
 Acometen audaces y valientes  
 Por heridos que estén y destrozados :  
 Unos contra los otros impacientes  
 Renovaban sus golpes despiadados,  
 Sin que pueda apagar su fuego y brio  
 Aun la sangre en que nada el cuerpo frio.

\*



Era cosa de ver la grande priesa  
 Con que todas las gentes descargaban  
 La dura mano; que á la audaz empresa  
 Sus atrevidos pechos no negaban:  
 Del temoso furor la gran represa  
 De nuevo sin temor alli soltaban;  
 Que el fiero brazo del rencor guiado,  
 No se mueve jamas sin ser vengado.

Era tanto el batir de las espadas  
 Y tan crudos los golpes repetidos,  
 Que entre las hojas finas y templadas  
 Se cruzaban los fuegos despedidos:  
 Parecia el oir las martilladas  
 Con que forjan los rayos encendidos  
 Los Cíclopes ministros de Vulcano,  
 Segun el golpear era inhumano.

Unos al sacudir el fuerte brazo  
 Un contrario á sus pies del golpe tienden:  
 Otros mas esforzados de un sablazo  
 Dos cabezas, ó mas del cuello hienden:  
 Otros en su rencor con fiero abrazo  
 En el aire se estrechan y suspenden  
 Luchando hasta caer, ya traspasadas  
 Sus espaldas con recias puñaladas.



Allí el acero levantando insano  
Entre el fuego, y el humo, y vocería,  
Cual líbico leon, ó tigre hircano  
Cada cual al contrario acometía:  
Allí el lamento se repite en vano;  
Que en tan fiero destrozo no se oía  
Sino el hierro, el obús, la atroz venganza,  
El degüello cruel y la matanza.

En confuso tropel todos revueltos  
Los feroces soldados discurrían,  
Y con brazos temosos y resueltos  
Las heridas y muertes repetían:  
Era tanto el rigor, que en sangre envueltos  
A los vivos los muertos impedían,  
Siendo ya el sable reluciente y fino  
Guadaña horrenda de color sanguino.

Allá entre balas mil ya despedidas  
Corre la horrible muerte á todos lados;  
Acá el ronco cañon rompe cien vidas  
Con cien horrendos globos inflamados:  
Las crudas bayonetas homicidas  
Rasgan allí mil pechos y costados,  
Y aquí la fiera espada en solo un vuelo  
Dos soberbias gargantas tira al suelo.



¿Quién fuera tan cruel que no gimiera  
Tanta sangre al mirar ya derramada,  
Tanto helado cadáver por do quiera  
Renovando el horror de esta jornada?  
Uno esparcida y rota la mollera  
Desfallece al dolor con faz turbada,  
Y el otro su espaldar ya dividido,  
Se le mira finir en su gemido.

Unos contra los otros se atropellan  
Ciegos de su furor, y ya sin tino,  
Corren acá y allá, y al paso huellan  
Al que acierta á caer en el camino:  
En vano del rigor ya se querellan  
Llorando cada cual su infiel destino;  
Que en tanta confusion y recia lucha  
El vencer ó morir solo se escucha.

No hay punto ni lugar que en tal matanza  
La guadaña feroz deje vacío;  
Que al muerto le sucede sin tardanza  
Otro con mas constancia y poderío:  
La espada, bayoneta, plomo y lanza  
No bastan á extinguir su ardiente brio;  
Que á herir á su rival vuelan airados  
Aunque miren sus pechos traspasados.



Ni la muerte cruel ni el hierro espanta  
Al bravo corazon nunca vencido;  
Que entre el fuego voraz ya se adelanta  
A vengar su rencor mas atrevido.  
Quién avanza al rival con furia tanta,  
Que cual tigre feroz del cuello asido,  
Le hiere sin cesar por todos lados  
A puñadas, á coces y á bocados.

Cuál era tan tenáz, que ya pisando  
Hasta su misma hiel y su asadura,  
Aquí y allí cayendo y resbalando,  
De herir y de matar solo se cura.  
Quién falto del vigor, ya desmayando,  
Suerbe su negra sangre con bravura,  
Y renueva la lid en su tormento  
Luchando hasta exhalar todo su aliento.

¿Pero qué pluma habrá que al cabo llegue  
En tan doliente son y triste canto,  
Ni qué lengua mortal que no se pegue  
Al seco paladar en tal quebranto?  
Que no habrá corazon que aquí se niegue  
Al amargo gemir y tierno llanto,  
Tantas gentes al ver ya destrozadas  
Por los campos de horror todas sembradas.



Todo era sangre allí, todo era fuego,  
 Todo furia, dolor, muertes y horrores:  
 Nadie escucha el clamor y triste ruego,  
 Ni se teme el poder ni los rencores:  
 Que los fuertes contrarios sin sosiego  
 Renovando sin fin van sus rigores  
 Hasta que muerte atroz ya los separa,  
 Como el canto siguiente nos declara.

Cual era tal vez, que ya pisando  
 Hasta su misma piel y sus narices  
 Aquí y allí cayendo y resacañando  
 De herir y de matar solo se cuenta  
 Quién salto del vigor y quemando  
 Suebe su acrisolado con diazofos  
 Y renueva la lid en su fortísimo  
 Luchando hasta exhalar todo en aliento.

¿Pero qué pluma sabe que al cabo llegará  
 En tan doliente son y triste canto,  
 Ni qué lengua mortal que no se paguen los  
 Al seco paladar en tal quebranto  
 Que no habla conzanque para escudriñar  
 Al amargo genio y tierno hastío  
 Tantas gentes al ver ya desatadas  
 Por los campos de horror todas sembradas





# LA IBERIADA.

## CANTO CUARTO.

### ARGUMENTO.

*El combate prosigue nuestra gente  
Donde el contrario al fin es derrotado.  
Accion gloriosa de un rapaz valiente  
Que hallaron en el campo desangrado.  
Hace el gran Palafóx un elocuente  
Discurso sobre el hecho, y acabado,  
Vueloen á descansar á su destino;  
Y lo que allí pasó con un marino.*

No es fácil reducir á breve suma  
Las horribles desgracias y los daños  
Que causa la perfidia, ni habrá pluma  
Que pueda referir de sus engaños  
La astucia destructora con que abrumba  
Al mísero mortal por tantos años :  
Que los reinos é imperios mas crecidos  
Hoy se miran por ella destruidos.



Esto se notará mas claramente  
En esta desgraciada y triste historia,  
Al ver como la una y otra gente  
Disputaba rabiosa la victoria :  
Que Discordia sembró tan vehemente  
El fuego y el rencor , que no hay memoria  
De un exterminio tal , y el pecho mio  
Desfallece al seguir helado y frio.

Inspira ¡ ó sacra Musa! nuevo aliento  
A mi cansada voz para que pueda  
Hasta el cabo decir con blando acento  
De lucha tan cruel lo que nos queda.  
Estadme vos , Señor , tambien atento;  
Que el valor del soldado es justo ceda  
En gloria y en honor de tal Atlante  
Digno de una milicia tan brillante.

Por el órden que aquí va referido  
Nuestra tropa leal nunca cediendo,  
Sostenía su honor y el fiel partido  
De su Rey y nacion con fiero estruendo.  
Ya Minerva con ánimo atrevido  
Y con brazo feróz la asta blandiendo,  
Entre el nuestro escuadrón veloz corria  
Sosteniendo su ardor y valentía.



En el bando invasor el crudo Marte  
 Un tan fiero rencor les inspiraba,  
 Que uniendo cada cual su esfuerzo y arte,  
 Con el fuego voraz siempre luchaba.  
 No hay uno que en la lid su rostro aparte  
 Del medroso lugar que allí ocupaba;  
 Sino que siempre ardiendo en nueva ira  
 A vencer al rival tan solo aspira.

El bravo Aragonés ya conociendo  
 El temoso furor que contrastaba,  
 Al osado francés siempre batiendo,  
 En su ciego teson no desmayaba :  
 Mas su grande valor ya no pudiendo  
 La gloria dilatar á que aspiraba,  
 Renovando su ardor todos á una  
 Van de un golpe á probar la infiel fortuna.

De su fiero rencor arrebatados  
 Sueltan todos allí las escopetas,  
 Y unos con los alfanges empuñados,  
 Calan otros las recias bayonetas;  
 De este modo se lanzan despechados  
 Al espeso escuadrón como saetas,  
 Sacudiendo al llegar su brazo fuerte  
 Que arroja sin cesar la cruda muerte.

\*



Era tal el rigor, la furia tanta,  
 Que aun cubiertos de heridas y balazos,  
 Nada entre tanto horror ya les espanta  
 Ni es bastante á domar sus duros brazos.  
 Cuál hay que cercenada la garganta,  
 Y su cuerpo en la lid hecho pedazos,  
 La recia espada mueve por costumbre  
 Y avanza sin temer la muchedumbre.

Quién, su valiente diestra desarmada,  
 Al armado francés salta ligero,  
 Haciéndole probar á su llegada  
 La cruel muerte con su mismo acero.  
 Cuál blandiendo su mano ensangrentada,  
 Descarga acá y allá su puño fiero;  
 Que nada para herir hay reservado  
 A la rabia constante del soldado.

Quién del bravo rival allí abrazado  
 Lucha por lo rendir y forcegea,  
 Y uno y otro caído y desangrado  
 Se bate sin cesar y se golpea.  
 Cuál el robusto brazo destrozado,  
 Aun sostiene cruel la atroz pelea,  
 Y cuál su mano fiel ya cercenada,  
 Antes suelta la vida que la espada.



Tal era la matanza y tan sangrienta,  
Que de sangre y furor el campo hervía,  
Entre el fiero rigor y la cruenta  
Y horrible mortandad que en él había.  
A diez, á doce, á veinte y á cuarenta  
Cadáveres de un golpe recibía,  
Que el estrago y horror de una tal guerra  
Hasta el seno llegó de la honda tierra.

No hay sitio ni lugar que allí teñido,  
Y de muertos y heridos no esté lleno;  
Que de sangre un raudal asaz crecido  
Brotaba cada cual del roto seno.  
Un miserable allá se ve tendido  
Arrojando al morir cruel veneno,  
Y el otro, al espirar, acá se mira  
Tras del alma lanzar sangrienta ira.

Los paisanos, los gefes y soldados  
En sus manos, cabezas y vestidos  
De la sangre rival se ven bañados,  
Y en espectros de horror ya convertidos.  
Del temoso furor todos llevados,  
Lanzan sus ojos rayos encendidos;  
Que aun el brazo enervado es combatiendo  
De la muerte cruel ministro horrendo.



Hay hombre tan feróz que ya no puede  
 La espada sostener de tan cansado,  
 Y porque á su rigor nada le quede,  
 Muere contento con haber matado.  
 Hay otro mas tenáz que nunca cede  
 Por herido que caiga y maltratado;  
 Que cortada á cercén ya su cabeza,  
 Aun conserva su ardor y su fiereza.

Unos su vida sin temor defienden  
 Llevados del valor y la esperanza;  
 Otros al pelear tan solo ofenden  
 Por la gloria y laurel que allí se alcanza.  
 Mas otros que el vivir ya no pretenden,  
 Buscan en su furor la cruel venganza;  
 Y todos cada vez mas sanguinarios  
 Nunca cesan de herir á sus contrarios.

Muchos la dura muerte contrastando,  
 Aun muriendo, su honor mas sostenian,  
 Los sangrientos aceros empuñando  
 Que en sus pechos clavados ya veían;  
 Y los recios pedazos arrancando,  
 El peligro con ellos rebatían,  
 Egerciendo en aquel que tropezaban  
 Los restos del vigor que les quedaban.



Pues otros entre sí juntos y unidos  
 En la tierra los dos iban cayendo,  
 Y entre fieros bocados y bramidos  
 De su pecho el furor están vertiendo:  
 Que en abrazo fatal ambos prendidos,  
 Y mas daño causar ya no pudiendo,  
 Reciben el mortal y horrible trago  
 Alegres por morir haciendo estrago.

Daba ya compasion al ver la gente  
 Falta de su vigor y quebrantada,  
 Cubierta de sudor su honrosa frente,  
 Denegrida, marchita y desgredñada:  
 Ya el triste corazon gime doliente,  
 Y el alma mas cruel se ve angustiada;  
 Que en tan fiero rigor y duro embate  
 Diez horas cuentan ya de cruel combate.

Los gemidos, los llantos y lamentos,  
 Los ayes y suspiros dolorosos  
 Llevados esta vez de humosos vientos  
 Quebrantaban los pechos mas briosos.  
 Todo era angustia en fin, duros tormentos,  
 Muertes, dolores, gritos lastimosos,  
 Que mezclados en sí confusamente,  
 Alternaban el son mas inclemente.



Ya los fuertes soldados se miraban  
 Sin poderse mover de quebrantados;  
 Que con espeso aliento respiraban  
 Sus pulmones y pechos agitados :  
 Ya los duros aceros se doblaban  
 Con sus filos sangrientos embotados,  
 Y sin alguno haber que ya se embista,  
 Se quieren destrozar aun con la vista.

No por esto la Parca destructora  
 Aplaca su furor de esta manera;  
 Que avanzando al contrario en esta hora  
 Renovaba su rabia carnicera.  
 Aquí un mísero clama , el otro llora,  
 Y otro probando está la segur fiera,  
 Cayendo sin cesar á todos lados  
 Los heridos y muertos apiñados.

Que nuestras bravas tropas renovando  
 Su sangriento furor y sus rigores,  
 Iban del campo infiel siempre aumentando  
 La triste confusion y los horrores.  
 Ya con nueva constancia peleando  
 Entre horrorosos gritos y clamores,  
 Saltan , corren y avanzan despechados  
 De un sangriento rencor arrebatados.



¿Visteis como la plebe laboriosa  
 De la ingeniosa abeja susurrante  
 Ya construye el panal de miel sabrosa,  
 Ya destila á la flor su humor fragante;  
 Una vuela ligera y afanosa,  
 Entra y sale la otra á cada instante,  
 Y todas al zumbido repitiendo  
 En enjambre confuso estan hirviendo?

Pues así los turbados remolinos  
 De las feroces tropas discurrían;  
 Que parece que en recios torbellinos  
 Las unas á las otras se envolvían.  
 Unos corren rabiosos y ferinos,  
 Otros el fuerte brazo sacudían,  
 Estos las municiones transportaban,  
 Los heridos aquéllos retiraban.

No hay padre para el hijo, no hay hermano  
 Para el hermano fiel que ya agoniza;  
 Que aun el amigo y deudo mas cercano  
 De ver la mortandad no se horroriza.  
 Tan solo el descargar la dura mano,  
 El fuego, y el rencor, y la ojeriza  
 Es la espantosa voz que aqui se escucha;  
 Que el riesgo es grande y la congoja mucha.



Troncos informes, muertos á millares,  
Sangre vertida, cuellos cercenados,  
Sesos, entrañas, pechos y espaldares,  
Muslos y piernas, brazos desarmados;  
Lanzas y espadas, trages militares  
Que el campo cubren por allí sembrados,  
Era el triste pais que ya rabioso  
Pintó el fiero pincél del victorioso.

Aqui fuera de ver la angustia y pena  
Del pérfido enemigo y su agonía;  
Que por todos sus reales ya resuena  
Un confuso clamor y gritería.  
Ya su tropa feróz se mira llena  
De susto, de pavor y cobardía;  
Y huyendo cada cual por la campaña,  
Solo se oye la voz de *viva España*.

Entre gritos y aplausos repetidos  
El alcance los nuestros van siguiendo;  
Que del negro furor mas encendidos,  
Un destrozo cruel iban haciendo.  
Centenares de muertos esparcidos  
Alli quedando van, pues el horrendo  
Y espantoso rival que los azota  
Aun vengado no está con su derrota.



Pero el gran Palafóx que observa atento  
 A su tropa inmortal ya quebrantada,  
 Les hace desistir del seguimiento  
 Por ir á descansar de esta jornada.  
 Retirados al fin con tal intento,  
 La campaña registran, que sembrada  
 Se dejaba mirar de los despojos  
 Que el contrario dejó por sus arrojos.

Andando acá y allá nuestros soldados  
 Recorriendo los campos de su gloria,  
 Se quedaron absortos y pasmados  
 Con un hecho eternal en nuestra historia.  
 Divisaron dos cuerpos desangrados  
 Que obteniendo los dos igual victoria,  
 El uno sobre el otro está tendido  
 Y con duro puñal ya dividido.

Por exámen hacer aun mas prolijo,  
 Poco á poco se van luego acercando,  
 Cuando con nuevo asombro y regocijo  
 Aun lo mismo que ven ya estan dudando.  
 De un honrado español á un tierno hijo  
 Vieron sobre un frances, y que aferrando  
 El rostro del rival con fieros dientes,  
 Acabaron así los dos valientes.

\*



Dicen que este rapaz tan valeroso  
 Que tres lustros no mas solo tenia,  
 A su patria vengar queriendo ansioso  
 En la guerra servir ya pretendia.  
 Mas su pecho leal y asaz brioso  
 Viendo menospreciar su valentía,  
 Ganoso del honor y la venganza  
 Al campo del francés luego se avanza.

Con la gente de guerra introducido  
 Tan bravo se mostró, tan esforzado,  
 Que sostuvo el honor de su partido  
 Con corazon audaz y pecho osado.  
 A su brazo logró mirar rendido  
 Un estandarte real, y colocado  
 En el templo por él, se volvió luego  
 Donde mas encendido andaba el fuego.

Acabada la accion y deseando  
 Premiar el General su bizarría,  
 Por el joven andaba preguntando,  
 Y él en parte ninguna parecía.  
 Entonces sucedió que registrando  
 Todo el campo, cual dice, en aquel dia,  
 Lo encontraron en él del modo mismo  
 Que fue víctima fiel de su heroismo.



¡O valiente muchacho! dijo entónces  
 Al mirar Palafóx lo sucedido,  
 Digno de eternizarse en duros bronce  
 Ese brazo será tan atrevido.  
 Si los Cides, Corteses y los Ponces  
 Hubieran á esta accion sobrevivido,  
 Envidiáran tal vez una memoria  
 Que en el mundo será siempre notoria.

El cielo te nos dió como á un modelo  
 De honor y de lealtad y fortaleza,  
 Para mas excitar hoy nuestro zelo  
 Y á la patria vengar con tal firmeza.  
 Confúndase el traidor, y cubra un velo  
 Al tímido español que con tibieza  
 Está mirando arder el patrio nido,  
 Y entre el fuego voraz yace dormido.

Tu constancia, tu ardor y valentía  
 De oprobio cubrirán al indolente  
 Que lleno de temor y cobardía  
 Oculta sin pudor su infame frente.  
 Tú le harás conocer que la hidalguía,  
 La gloria y el blason mas excelente  
 Es la patria librar del vituperio  
 Que hoy la obliga á sufrir su cautiverio.



¿Qué nos podrán decir los fementidos  
Hijos de la nacion mas eminentes,  
Que al miedo ó la ambicion hoy sometidos  
Han besado sus hierros inclementes?  
Ellos serán al fin ya confundidos  
En su mismo rubor, si les presentes  
Ese brazo inmortal con la alta palma  
Que ganó la virtud de tu gran alma.

Asi el fiel Palafóx con dulce llanto,  
Abrazando al muchacho repetia,  
Y vuelto á su escuadrón despues un tanto,  
Estas sabias palabras le decia:  
No admireis esto en mí, ni cause espanto  
¡O soldados valientes! la accion mia;  
Que á un tan noble y honroso sacrificio  
Aun se debe á mi ver mayor servicio.

Si la patria infeliz hoy contuviera  
Muchos hijos en sí cual estais viendo,  
Os puedo asegurar que no gimiera  
En un golfo de males tan horrendo.  
Su constante valor al fin venciera  
A ese enemigo infiel, porque yo entiendo  
Que á una brava nacion del todo unida  
Ningun grande poder ya la intimida.



Vuestro pecho leal es buen testigo  
De esta misma verdad; pues la arrogancia  
Y el horrible furor de ese enemigo  
Hoy rendido lo veis á su constancia.  
Valor ¡ó aragoneses! que el castigo  
Vuestras manos darán á aquesa Francia  
Orgullosa é infiel, si vuestras manos  
Supieren resistir á esos tiranos.

Ya llorára la patria su desgracia,  
Si tímidos, cobardes y apocados,  
Hoy mostrado no hubiéseis la eficacia  
De esos brazos valientes y esforzados.  
Rechazásteis al fin la fiera audacia  
De unos hombres tan duros y obstinados,  
Y en el campo por vos ya destruidos  
Quedan diez y ocho mil de esos bandidos.

Este es el galardón que se dispensa  
A un patriotismo fiel y generoso,  
Obteniendo, cual veis, por recompensa  
La entera destruccion de ese coloso.  
La España vengará su negra ofensa  
Y el yugo romperá del ambicioso,  
Si todos como vos ¡ó aragoneses!  
Defendieren su honor, sus intereses.



Ya esas huestes crueles y sañosas  
 Temen vuestro furor y mano airada,  
 Y aturdidas las veis correr medrosas,  
 Su soberbia feroz escarmentada.  
 Asi se vencen pues las orgullosas  
 Amenazas de gente tan malvada,  
 Que no sabe rendir en su despecho  
 Sino al cobarde, ó infiel, ó tibio pecho.

No temais ¡ó soldados victoriosos!  
 Si el contrario otra vez su faz presenta;  
 Que esos brazos de honor hoy tan gloriosos  
 Cubriránlo otra vez de negra afrenta.  
 Animo y pelead; que á los briosos  
 Solo ayuda fortuna y los alienta,  
 Asi como tambien niega su lado  
 Al tímido, cobarde y apocado.

Asi los animaba, y reuniendo  
 Las tropas Palafóx que le quedaban,  
 De tan fiero rigor no desistiendo,  
 Otro triunfo mayor aun aguardaban.  
 En tanto el General las proveyendo  
 Del remedio y favor que ya buscaban,  
 Con tierno corazon y ardiente celo  
 Dábalas en su amor todo consuelo.



Al muerto y al enfermo ya transporta;  
Ya sus heridas limpia al lastimado;  
Al flaco y sin vigor tambien conforta  
Y enjúgale el sudor al trabajado.  
A todos los alivia y los exhorta  
Con pecho paternal y dulce agrado,  
Y con graves razones los obliga  
Un tanto á descansar de su fatiga.

Pero Marte feroz aun no saciado  
Ni de tanto rigor bien satisfecho,  
Por Discordia la infiel estimulado,  
Lanza un negro volcán del crudo pecho.  
Entre un recio huracán arrebatado,  
Y agitado el cruel de un vil despecho,  
Sobre el carro velóz ya se retira,  
Ansioso de vengar su ardiente ira.

La noche apareció luego en seguida,  
Y á todos envolvió con negro manto;  
Que de sangre tambien toda teñida,  
La luna se ocultó llena de espanto.  
Por el miedo y pavor ya detenida,  
De tinieblas cubrió la tierra en tanto,  
Vertiendo en el pensil, mieses y flores  
De su enlutada faz tristes horrores.



El gefe y escuadrón de allí marchando,  
Llegan á la ciudad, y en el momento  
Las campanas y trompas resonando,  
Celebraban su honor y vencimiento.  
Las gentes de placer todas gritando,  
Cercan al General, y en dulce acento  
Mil aplausos y vivas se escuchaban,  
Y hasta el mismo cuartél le acompañaban.

Las huestes valerosas van siguiendo  
De su gefe á la voz igual destino,  
Y su sangre inmortal iban vertiendo  
Entre el polvo y sudor por el camino.  
Las gentes que al pasar las están viendo,  
Formando al rededor un remolino,  
Llenas de gratitud las bendecian,  
Y con voces de amor así decian.

Vosotros sí que sois, bravos soldados,  
Dignos de vuestra patria y sus honores;  
Que hoy por vuestro valor son libertados  
Del naufragio comun sus moradores:  
Huyan lejos de vos tantos menguados  
Hijos, que en el horror de sus clamores,  
Descansando se ven en sus hogares  
Asaltados de sustos y pesares.



De este modo las tropas caminaban  
 Entre un pueblo leal y numeroso,  
 Y todos á una voz las ensalzaban  
 Llenando de loór su brazo honroso.  
 La flauta y el tambor luego alternaban  
 Entre el dulce rumor del belicoso  
 Timbal, trompa y clarin que en gratos sonos  
 Les glosaban allí bellas canciones.

El bravo Palafóx ya retirado  
 Con la plana mayor á su aposento,  
 A su cuerpo molido y quebrantado  
 Trató luego de dar algun sustento.  
 Puesta la mesa al fin, y rodeado  
 Por órden cada cual, segun su asiento,  
 La plática rodó, mientras cenaban,  
 Por los males y azar que alli tocaban.

Muchas las ánsias son, ¡ó compañeros!  
 Les dixo Palafóx, que en esta hora  
 Cercan á la nacion; y sus esmeros  
 Solo hacerla podrán ya vencedora.  
 Hoy por hombres sin fé, por monstruos fieros  
 Hecha esclava se ve la gran Señora  
 Que egemplos siempre dió de alta nobleza,  
 De lustre, de valor y de grandeza.

\*



Un áspid infernal que entre su seno  
Incauta acarició la miserable,  
En ella derramó tan cruel veneno,  
Que parece su hiel inagotable.  
Muchos años tal vez hay que en el cieno  
De su perfidia atroz el exêcrable  
E infiel Napoleon se revolcaba,  
Y esta alevosa red ya nos tramaba.

Los brazos y el poder nos fue quitando  
A la sombra de amor y de alianza,  
Y la noble nacion disimulando  
Lo estaba, por temor de su venganza.  
Mas valiera romper el lazo infando  
Y del todo cortar la su privanza;  
Que perderla despues cuando el falsario  
Las fuerzas nos llevó con el erario.

No llorára quizás la patria amada  
Tantos hijos y honor como ha perdido,  
Ni su escuadra tal vez viera acabada,  
Y en ella del valor lo mas florido.  
¡O escuadra miserable y malhadada!  
Que desgracia mayor te hubiera sido  
Si del amigo infiel el gran Britano  
No te salvára al fin con dura mano.



Con rostro lamentable ya escuchaba  
Un marino oficial estas razones,  
Y con tristes sollozos suspiraba  
Sin poder ocultar sus aficciones;  
Mas el prudente gefe que observaba  
Con bastante cuidado sus acciones,  
Suspendiendo el discurso comenzado,  
Se dirige hácia él, y así le ha hablado.

Me parece sin duda, compañero,  
Que algun penoso mal os atormenta;  
Pues ese sollozar tan lastimero  
Mudamente lo dice y representa.  
Si de alivio es capaz, soy el primero  
Que en tan dura aficcion prestarlo intenta:  
Vuestras cuitas decid á un fiel amigo;  
Pues lo sabré cumplir como lo digo.

La causa de mi mal no es de presente,  
Contestó el oficial bien lastimado,  
Para yo pretender que alguno intente  
El consuelo me dar en este estado.  
En vano vos quereis piadosamente  
Hoy su pena aliviar á un desdichado  
Que entonces vió perder su sangre honrosa  
Con la amistad mas fiel y generosa.



¡O valiente Churruca! ¡O gran Alcedo!  
 ¡O invencible Valdés! ¡O buen Castaños!  
 ¿Por qué la parca infiel con trago acedo  
 Secó la hermosa flor de vuestros años?  
 ¿Por qué allí la cruel con mas denuedo  
 Mi vida no cortó, porque los daños  
 De mi patria no viese, y separado  
 Quedase con dolor de vuestro lado?

Perdonadme, señor, el justo duelo  
 De mi pecho leal en tanta pena;  
 Que mi amarga memoria y desconsuelo  
 El alma de dolor ya me enagena.  
 Corramos de una vez un denso velo  
 Sobre una tan cruel y triste escena,  
 Donde ví fenecer la patria mia  
 Con todo su esplendor en solo un dia.

Escusaros quisiera ¡ó gefe honrado!  
 La pena renovar que os aflige,  
 Respondió el General; mas no me es dado  
 Cuando ya la ocasion asi lo exige.  
 Este punto esencial quedó tocado  
 En otra igual sesion, y ahora nos rige  
 A fin de que el furor hoy conozcamos  
 De ese monstruo infernal que contrastamos.









# LA IBERIADA.

## CANTO QUINTO.

### ARGUMENTO.

*El marino oficial que aquí se halla  
Por complacer al gefe que lo ordena,  
Cuenta de Trafalgar la gran batalla,  
Y del bravo español la dura pena:  
La del frances infiel tampoco calla,  
Y del grande Breton la triste escena,  
Y luego por final tambien les cuenta  
El estrago y furor de una tormenta.*

Con silencio profundo y respetoso  
Escuchaban ya todos al marino,  
Que entre afable, obediente y angustioso,  
Con un ¡ay! rompió su acento fino.  
Solo vuestro mandato poderoso,  
Exclamó ¡ó general y gefe dino!  
Pudiera renovar mi pena dura,  
Recordando otra vez mi desventura.



Mas pues tanto mostrais vuestro deseo  
Del suceso saber hoy de mi boca;  
Satisfecho lo habré segun yo creo,  
Siendo obediente y fiel como me toca:  
Que este ilustre concurso que aqui veo  
Ya me incita tambien y me provoca  
Para en nada ocultar la triste historia  
Que toda presencié para mi gloria.

Despues que el corzo vil, ya meditando  
En su infiel corazon nuestra ruína,  
El oro y el poder nos fue quitando,  
Quiso acabar tambien con la marina.  
Con astucia sagaz él pretestando  
La dicha espedicion, se determina  
Nuestra escuadra á sacar, y allá en sus puertos  
El sepulcro labrar á nuestros muertos.

El astuto Bretón que penetraba  
Los designios del Corzo en el misterio,  
Con sus fuerzas navales intentaba  
Nuestra llaga sanar con el cauterio:  
Pudiéramos decir, segun se acaba  
De ver por nuestro mal y cautiverio,  
Que mas suerte nos dió con la derrota  
Que el paso en permitir á nuestra flota.



Salimos, pues, al fin, y concertando  
El invicto Gravina nuestra gente,  
En ella sin cesar iba inspirando  
Su bélico furor y saña ardiente.  
Las tropas á su voz luego ocupando  
Su puesto cada cual, la gran corriente  
Del turbulento mar iban rompiendo,  
Las armas y el valor ya previniendo.

Yace una punta ó cabo que extendido  
Al sud-este de Cadiz, del estrecho  
Septentrional está, bajo y hundido,  
Y de tierra quebrada en todo el trecho:  
Su extremo vertical es combatido  
Por el hinchado mar, que á su despecho  
Quiebra las recias ondas en las peñas  
Caminando despues mas halagüeñas.

A este sitio y lugar por nós llamado  
Cabo de Trafalgar, la armada llega  
Contra el viento tenáz y porfiado,  
Que su auxilio y favor tambien le niega.  
Ya la noche en su horror con rostro airado  
Se dejaba venir, y la refriega  
Anunciaban al fin con modo vario  
Las continuas señales del contrario.



Pues á poco de allí ya se notaban  
Varios rastros de luz, que fulminantes  
Por la esfera sutil se levantaban  
Presagiando el peligro por instantes.  
Indicio tan fatal mas empeñaban  
A los nuestros aquí, pues vigilantes  
En sus puestos se están siempre aguardando  
Del cercano rival al recio bando.

Dadas las señas, pues, que eran debidas  
Por el gefe mayor, las dos armadas  
Del galo y español se ven unidas  
Y al combate feroz ya preparadas.  
Las banderas y velas extendidas,  
Nuestras naves por él fueron formadas  
En línea de batalla, y al momento  
En la tropa inspiró su grande aliento.

¡O soldados! les dice, ya estais viendo  
El lauro del valor en vuestra mano,  
O ya venciendo al fin, ó ya muriendo  
Por la patria esta vez y el Soberano.  
Mayor triunfo será, segun yo entiendo,  
En sí mismo vencer el temor vano,  
Que al osado rival; y el que tal diga  
Mis egemplos de honor al punto siga.

\*



Ya en esto de Titón la clara esposa  
Por los altos collados asomaba,  
Y adornada de luz y fresca rosa  
Las campiñas y valles alegraba:  
Ya hiriendo sus caballos presurosa  
La venida de Apolo publicaba;  
Pero al ver en el mar tales rencillas  
Tristes perlas vertió de sus megillas.

Detúvose á mirar la negra afrenta  
Con que Marte cruel amenazaba,  
Y no osando la ver, su faz ausenta  
Y luego al polo austral velóz marchaba.  
En su carro de luz ya Febo ahuyenta  
Las sombras, y al Zenít detras giraba,  
Y su curso al mediar, paróse atento  
Del combate por ver el fin sangriento.

Hecha, pues, la señal de acometida  
La escuadra del Bretón, se ve surcando  
El encrespado mar, que á su corrida  
Altas nubes de espuma ya formando.  
Ya su gente feroz apercebida  
A la lucha cruel, bajo del mando  
De Nélsón inmortal, menospreciaba  
De la muerte la faz que aquí miraba.



Al avistarse ya los estandartes,  
Los guerreros constantes y atrevidos  
Lanzan la cruda muerte en todas partes  
Entre balas y horrendos estampidos.  
Los bageles allí cual baluartes,  
Con cien bocas de horror siempre encendidos,  
Sueltas las velas, y el cañon tronando  
La imagen del furor iban mostrando.

El cóncavo peñon ya retiñía  
Con el ronco clamor del bronce horrendo,  
Que rimbombando en él estremecía  
La roca mas tenáz con fuerte estruendo.  
El erizado mar atras corria;  
Y sus verdes cabellos esparciendo  
Las Neréidas, de horror huyen medrosas  
A las hondas cavernas procelosas.

De la suerte que asalta el lobo hambriento  
De inocentes ovejas al rebaño;  
Pues su rabia feroz y su ardimiento  
No le deja temer el negro daño  
Del osado lebrel, que espera atento  
Para vengar en él su fiero engaño;  
Sino que entrando allí, corre impaciente  
Fijando acá y allá su corvo diente;



Así el gefe Bretón asaz brioso,  
Armado de furor mas que de acero,  
Nuestra línea rompió, tal vez ansioso  
De un renombre inmortal y duradero.  
En nuestra escuadra audaz ya presuroso  
Se lanzaba cruel, sañoso y fiero,  
Arrojando su nave á todos lados  
Un incendio voraz de sus costados.

Cual saeta veloz por nuestra armada  
A Gravina tambien se ve corriendo  
Sin la bala temer ni la granada  
Que se mira cruzar de un modo horrendo.  
Nuestra gente á su voz siempre animada,  
Fuego, saña y horror anda vertiendo;  
¿Pero quién contará con dulce tono  
Un tan crudo rigor y fiero encono?

Unos buques con otros apiñados  
Se acometen y avanzan con fiereza,  
Y entre tantos debates maltratados,  
No descubren jamas miedo ó flaqueza.  
Por la popa, la proa y los costados  
Arrojan un volcan con tal viveza,  
Que entre el negro vapor la esfera ardia  
Y del mundo al final se parecia.



Mechas, granadas, balas despedidas,  
 Esmeriles, obuses y espoletas,  
 Tablas, azufre, estopas encendidas,  
 Camisas embreadas, palanquetas,  
 Pólvora y municion allí esparcidas,  
 Culebrinas, cañones y escopetas  
 Sus fuegos sin cesar siempre acreciendo,  
 Las escuadras se ven todas ardiendo.

Como en el hondo valle ó bosque espeso  
 Se levantan airosos y engreidos  
 El colosal ciprés y el pino grueso;  
 Y á los golpes sin fin ya repetidos  
 De cortante segur, su grave peso  
 No pudiendo sufrir, caen rendidos  
 En la tierra á su vez, todos quebrados,  
 Y en confuso monton allí hacinados:

Las armadas así ya repitiendo  
 Sus golpes con rigor siempre continos,  
 Unos sobre los otros van cayendo  
 Los gruesos masteleros y altos pinos;  
 Entre tanto rigor crece el estruendo  
 Del horrísono obus, y en remolinos  
 Naves, tropas y gentes confundidas,  
 Van cediendo al furor sus tristes vidas.



Truena el cañon, retruena la montaña  
 Renovando sus fuertes estampidos;  
 Cada nave vomita fuego y saña,  
 Y atruena el ancho mar con sus bramidos:  
 Un navío trabado al otro daña  
 Con duros golpes, choques desmedidos,  
 Andando acá y allá desmantelados,  
 Y entre horrendos volcanes destrozados.

Cables, maromas, astas, gallardetes,  
 Vergas, entenas, cofas y motones,  
 Tablas, cacholas, velas, tamborettes,  
 Masteleros, vertellos y timones,  
 Palanquines, amuras, chafardetes,  
 Palos y balaustres á montones  
 Despeñados al mar así caian,  
 Que sus ondas de horror ya se cubrian.

Con embate feroz los galeones  
 Chocaban entre sí de tal manera,  
 Que sus fuertes y herrados espolones  
 Se miraban caer cual blanda cera.  
 Vuela la estopa y arden los tablones,  
 Se enciende el alquitran y la madera;  
 Y entre tantos combates y rencillas  
 Ni aun se pueden salvar las hondas quillas.



No el soberbio Ilión se vió asaltado  
Por las llamas voraces y asesinas  
Con tan duro rigor, ni sepultado  
Entre tantos escombros y ruinas,  
Como una y otra escuadra en tal estado  
Se dejaban ya ver por las resinas;  
Pues causaban allí tan vivo fuego,  
Que al horror excedió del crudo griego.

El invicto Gravina en la alta popa  
Del Príncipe de Asturias relucía,  
Disputando á la faz de toda Europa  
De la España el honor en este día.  
Entre el lustre y valor de la gran tropa  
Que constante y tenáz siempre batía  
Grita, ordena, dispone, exhorta y manda,  
E infundiendo su ardor en todos anda.

A otro lado tambien el grande Escaño,  
Su mayor general, siempre constante  
Sin el riesgo temer ni horrible daño  
Que á su vida amenaza en cada instante;  
Con esfuerzo inmortal y ardor extraño  
Anda en todo lugar ya vigilante,  
Proveyendo el remedio y dando ayuda  
Do la lucha feroz anda mas cruda.



¿Mas quién podrá decir la furia insana  
 Con que brava y audáz la compañía  
 De la invicta Real ó capitana  
 A tan duros contrarios resistía?  
 Siempre animosa, siempre mas ufana,  
 Entre tanto rigor nunca cedía  
 Al ímpetu feróz de los Bretones  
 Que la cercan con cuatro galeones.

Como el toro valiente y animoso  
 Que del hierro cruel se ve asestado  
 Por la turba feróz, ya sin reposo  
 Se revuelve del uno al otro lado;  
 Y bañado en su sangre y espumoso  
 Acomete rabioso y despechado;  
 Y ya persigue al úno, al ótro mata,  
 Y todo cuanto vé rompe y maltrata:

Asi la nave audáz ya derrotada,  
 Con sus gefes tambien de muerte heridos,  
 Su arboladura, en fin, toda tronzada  
 Y el velamen y cabos destruidos;  
 Contrastaba la furia porfiada  
 De sus muchos contrarios atrevidos,  
 Lanzando sin cesar en tanto apuro  
 Un ardiente volcán horrendo y duro.



Casi á punto se vé de ser rendido  
El navío infeliz, cuando al momento  
El Neptuno francés y el Justo han ido  
Por la naye salvar de tal tormento.  
Nuevamente al llegar, se vé encendido  
El combate feroz, y en su ardimiento  
Ansioso cada cual de la victoria  
A costa de morir busca su gloria.

Álava sin temor tambien se hallaba  
Resistiendo tenáz al duro hado;  
Que á la muerte cruel ya contrastaba  
Sin abatir jamás su brazo osado.  
Al peligro mayor fiero arrostraba,  
Y en su grande valor siempre apoyado,  
Las fuerzas del Bretón aun rebatía  
Nadando en un raudal de sangre fria.

Pero el grande Valdés hora obstinado  
En el combate atróz mas que ninguno,  
Con fiera intrepidéz, pecho esforzado  
Disputaba las glorias del Neptuno.  
Dolorido, contuso y desangrado,  
Y en los suyos quedar ni solo uno,  
Sosteniendo su honor con brazo fuerte,  
Solo se ve luchar con dura muerte.

\*



Ni la horrenda segur ni las heridas  
 A los bravos soldados amedrentan;  
 Que sus carnes allí de ellas cosidas  
 Su constancia y valor mas acrecentan.  
 Con las piernas Churruca ya partidas,  
 Lleno de golpes mil que le atormentan,  
 De su mano jamás suelta el acero,  
 Aun despues de acabar su aliento fiero.

Castaños, Galiano, Móryua, Alcedo  
 No tienen en la lid mejor ventura;  
 Mas entrada en sus pechos no halla el miedo  
 Aunque miren llegar su desventura.  
 Todos se baten con feroz denuedo  
 Resistiendo al rigor y saña dura  
 De la parca cruel, que ya homicida  
 Llega en fin á cortar su honrosa vida.

¿Pero quién contará del fiel Cisneros  
 La invencible constancia y valentía?  
 ¿Quién de tantos é ilustres compañeros  
 El temoso furor y la osadía?  
 ¿Quién podrá ya decir los lances fieros,  
 La arrogancia, teson y bizarría  
 De la gran Trinidad, bajo su mando  
 A la fuerza mayor siempre arrostrando?



Cual Etna ardiente que en profundo seno  
Un volcan negro fumigante encierra,  
Que en son rugiente pavoroso trueno  
Bate los antros de la seca tierra;  
Mas roto el lazo, y estallando el freno  
Que en prision fusca su rigor aferra,  
Sale la horrible truculenta llama  
Y en gran torrente su furor derrama:

Así la nave colosal montaña  
Surcando nubes de la espuma fria,  
Destruye y quema, desordena y daña  
Con cien volcanes en que toda ardía:  
No teme el rayo ni la cruda saña  
De cuatro buques que tenáz batía;  
Que á todos lados el audáz navío  
De fuego abrasador lanzaba un río.

Con bravo corazon en la otra parte  
Nélson el inmortal nos combatía;  
Que mas diestro y feroz que el crudo Marte,  
De un pávido terror el mar cubria.  
Mas era fuerza ya cediese el arte  
Y su osado valor en tal porfía  
A una mano feliz y fuerte brazo  
Que su vida rindió con un balazo.



La esperanza y honor de su fiel gente  
En golpe tan fatal luego faltaba;  
Que con triste gemir el mas valiente  
Su excesivo dolor allí mostraba.  
El mar lleno de horror alzó su frente  
Suspenso á contemplar lo que miraba,  
Y la Parca infernal en esta hora  
De herirle se turbó, ya vencedora.

No por eso la nave se liberta  
De enemigos tan fieros é insaciables;  
Que de tanto batir una ancha puerta  
Ya presentan sus restos miserables.  
Se entró por ella el mar viéndola abierta,  
Y entre ardientes volcanes implacables,  
A la furia cruel de un remolino  
Llegó al mísero fin de su destino.

Igual suerte infeliz tambien corrian  
De Pareja la náó, la de Argumosa;  
Que al sangriento rival siempre batian  
Brillando cada cual mas animosa.  
Tiros, muertes é incendios repetian,  
Sin la fuerza temer que las acosa;  
Pues tocando del mar en lo profundo,  
Aun parece abrasar á todo el mundo.



La rabia y el furor, la atroz venganza,  
El acero cruel y sanguinario,  
El incendio voraz, la destemplanza,  
El horrendo cañon, y el temerario  
Empeño del rival que osado avanza  
Al tonante bagél de su contrario,  
Presentaban al mar tan cruda escena,  
Que en sangre hierve ya la fresca arena.

Las naves del Bretón no mejor suerte  
Llevaban esta vez en la pelea;  
Que el osado Español con brazo fuerte  
Le bate sin cesar y le golpea.  
El fuego del obús, la dura muerte,  
Le aflige por do quier y le rodea;  
Ya infundiendo el horror y negro espanto,  
Ya causando á su vez mortal quebranto.

El Príncipe de Gáles, el Bretaña,  
El Neptuno y el Tígre derrotados  
Por la fuerza y valor de nuestra España,  
Han cubierto de honor nuestros soldados;  
En un recio turbion con furia extraña  
Por el soberbio mar arrebatados,  
De sangrientos despojos todos llenos,  
Bajaron á habitar sus hondos senos.



Con desventura igual de un modo opuesto  
 El Defensa abatió su saña dura;  
 Que una suerte cruel y fin funesto  
 Su gloria á obscurecer ya se apresura.  
 Un incendio voraz prendió en el resto  
 Que pudo reservar de su armadura,  
 Y en un globo de horror é ígneas centellas  
 Repentino voló por las estrellas.

¿Mas á qué referir tan crudos males  
 Como á sus tristes naves combatian,  
 Cuando puede decirse que eran tales,  
 Que aun al pecho feroz conmovieran?  
 Unas cubiertas ya de los raudales  
 En el profundo mar se sumergian;  
 Otras ardiendo están, y otras abiertas  
 Sin costados, timones ni cubiertas.

El Canopus, Zeloso, el Temerario,  
 Revengue, Donegál y Real Victoria,  
 Espencér y Orión con modo vario  
 Nuestro brazo inmortal llenan de gloria.  
 En combate tan duro y sanguinario  
 Han dejado de sí triste memoria  
 Desarbolados ya y hechos pedazos,  
 Y pasados sus cascos á balazos.



Fuera nunca acabar si se quisiera  
Los estragos decir, las averías  
Que sufrieron en lid tan cruda y fiera  
Gefes y tropas, náos y baterías.  
La Parca en su furor siempre severa,  
Arrancando cruel sus almas frias,  
Las vidas acabó con duros males  
De Cooke y Duff, y Gefe de señales.

Como en hondo canal, donde es lanzado  
El bocado mortal y venenoso,  
Viene el incauto pez, y en él cebado  
El tósigo cruel traga goloso;  
Mas subiendo despues muerto y ahogado,  
Su número ya al fin es tan copioso,  
Que sin poder nadar ni haber salida,  
La laguna se ve toda obstruida:

Asi el hinchado mar hoy se miraba  
Lleno de tantos cuerpos desgraciados;  
Que entre roncos silbidos eructaba  
Altos montes de troncos desangrados:  
Era el número tal, que no bastaba  
El golfo á los llevar, y ya azotados  
Por las olas soberbias y espumosas,  
Inundaban las playas arenosas.



Unos con las espadas traspasados  
 Se dejaban mirar, otros abiertos,  
 Otros brazos y pies ya cercenados,  
 Y de pez y alquitrán otros cubiertos.  
 Cuáles por todas partes destrozados  
 Nadan á su pesar frios y yertos,  
 Y cuáles por el mar siempre batidos,  
 Entre un recio turbión andan sumidos.

Viérais á un miserable volteando  
 El ímpetu seguir de la corriente;  
 A otro viérais que ansioso está aferrando  
 De la cuerda ó tablón, ó hierro ardiente;  
 A otro viérais en fin, que fluctuando  
 Entre un riesgo tan fiero é inminente,  
 Ase de otro infeliz, y en tal presura  
 Prueban juntos los dos su desventura.

Entre tanto, las olas resurtiendo  
 En los duros peñascos empinados,  
 Iban contra las rocas sacudiendo  
 Los tristes cuerpos de nadar cansados.  
 Era tanto el batir, que no pudiendo  
 Los golpes resistir, ya reventados,  
 Sus deshechas entrañas descubrían,  
 Que aun en negro furor y saña ardían.



Mas no es solo esta vez el duro acero,  
El plomo y el cañon el que atormenta;  
Que otro riesgo mayor y mal severo  
Al bravo corazon mas amedrenta.  
Por el roto bagél entró ligero  
Un remolino tál, que el agua aumenta  
La triste mortandad con tal exceso,  
Que el mar vuelve á gemir con tanto peso.

Uno se arroja al golfo embravecido  
Y allí queda en su abismo sepultado;  
Otro corre velóz despavorido  
De un riesgo tan cruel amenazado:  
Quién por saltar al bote ya aturdido  
Muere con sus maderos estrellado,  
Y cuál entre las ondas zabullendo  
Clama por el favor con grito horrendo.

Quién por ruda maroma descolgado  
El esquife en su horror pide y vocéa,  
Y con fuertes medidas destrozado  
Es del alto bagél que bamboléa.  
Cuál soltando la cuerda ya cansado  
Lucha contra el furor de la maréa;  
¿Mas quién podrá pintar con sangre fria  
La horrible perspectiva de este dia?

\*



Gime el bravo elemento bullicioso  
Con tan duro rigor ya quebrantado,  
Y Apolo su fulgór y rostro hermoso  
Con densa oscuridad vela turbado.  
Su radiante carroza pavoroso  
Precipita en el mar, que horrorizado  
De saña tan atroz y furia tanta,  
Su erizada cerviz fiero levanta.

Mas aquí no paró la dura suerte  
De la gente infeliz y triste armada;  
Que aun otra adversidad y acerba muerte  
Por colmo de su mal ve preparada.  
Rompió el Austro feroz la roca fuerte  
Do su furia cruel está encerrada,  
Y entre el recio huracán y el torbellino  
Va tronchando el ciprés y el grueso pino.

Bien así como al eco sonoro  
Del guerrero clarín ó trompa fiera  
Relincha el alazán bravo y fogoso,  
Y el bocado á tascar ya se acelera;  
Ya brinca al rededor, y ya espumoso  
Lucha por avanzar á la carrera;  
Mas si llega á romper tal vez el freno,  
Se dispara veloz cual recio trueno:



Así el viento cruel embravecido,  
Rota ya la prision que le encerraba,  
Corre por todo el campo y el egído  
Desbaratando allí cuanto encontraba.  
Su horrísono clamor ronco silbido  
Al cóncavo peñon comunicaba,  
El arbusto y la miés hora tronzando,  
Hora el bosque infeliz todo arrancando.

Hácia el hinchado mar vuela furioso,  
Y sus olas allí luego encrespando,  
De su abismo y raudal va presuroso  
Espumosas montañas levantando.  
De esta suerte ya el piélagos rabioso  
Los cóncavos peñascos azotando,  
Así las bravas ondas combatian,  
Que soberbias al cielo resurtian.

Una niebla horrorosa y repentina  
Oscurece la faz del almo cielo,  
Quedando el campo y mar, valle y colina  
Cubiertos esta vez de un negro velo.  
Ya el aura transparente y cristalina  
En triste lobreguéz convierte al suelo;  
Y entre sombras de horror ahora envolvía  
Al radiante fanal del claro dia.



En tanto que ambos polos resonaban  
 De parda nube al espantoso estruendo,  
 Las centellas y rayos se cruzaban,  
 Y los ayres allí van encendiendo.  
 Las lluvias sin cesar ya descargaban  
 Sobre cada bagél un mar horrendo,  
 Y la piedra y granizo desplomado  
 Inundaban el campo y el collado.

Comienzan á clamar amedrentadas  
 Todas las gentes, y á su són crugian  
 Las maromas y cuerdas estiradas  
 Que el embate sufrir ya no podian.  
 De los palos las velas arrancadas,  
 Azotaban el ayre y le batian  
 Con tan recio y atroz sacudimiento,  
 Que no dejan correr el racamento.

Anda el sabio piloto sin sentido  
 Ni saber qué mandar de atribulado,  
 Y el diestro marinero ya aturdido,  
 Corre medroso de uno al otro lado.  
 Crece el horror y crece el alarido  
 De la gente infeliz en tal estado;  
 Que en tan crudo rigor y dura suerte  
 Solo esperan allí la horrenda muerte.



La horrible confusion, la gritería,  
El triste resonar de los lamentos,  
La densa oscuridad que al mar cubria,  
Los feroces y airados elementos,  
La centella fugáz que allí corria,  
Con el fiero silbar de rancos vientos  
Mostraban un país tan horroroso,  
Que abatían al pecho mas brioso.

Hierven las bravas ondas espumosas  
Entre tantos peligros y querellas,  
Y las naves allí siempre azarosas  
Sumergidas se ven debajo de ellas.  
Hora tocan las playas arenosas,  
Hora suben volando á las estrellas,  
Rindiendo cada cual en tal mudanza  
A la suerte cruel toda esperanza.

A otra parte tambien el cielo airado,  
Rancos truenos sin fin ya repetía,  
Que batiendo en el mar asaz turbado  
Aumentaban el duelo y la agonía:  
Cruza el rayo voráz todo inflamado,  
Y el cometa velóz, que discurria  
Por la esfera de horror con un tal modo,  
Que parece abrasar al mundo todo.



---

---

LA IBERIADA.

---

CANTO SEXTO.

ARGUMENTO.

---

*Sigue el sábio marino refiriendo  
La espantosa borrasca de este dia:  
Lo aplaude el General en concluyendo,  
Ensalzando la dulce poesía:  
La sublime Albión apareciendo  
Llégase á Palafóx que ya dormía:  
Agradables coloquios que pasaron  
Cuando él y la deidad se saludaron.*

**L**a inconstancia y rigor de crudos hados  
Contrastaban allí los galeónes;  
Cuando el Austro feroz por todos lados  
Los embiste con recios empellones.  
De golpe tan atroz siempre azotados,  
Sin castillos, sin bordas ni timones,  
Con ímpetu cruel duro y violento  
Siguen la furia del temoso viento.



Como el plomo menudo ó la metralla  
 Por la dura baqueta comprimida  
 En el hondo cañon, allí se halla  
 En apiñado grupo recogida;  
 Mas si el fuego inflamó su mecha, estalla,  
 Y con fuerza voraz sale esparcida,  
 Fijándose velóz á tantos puntos  
 Cuantos los granos son que estaban juntos:

Asi las naves al batir temoso  
 Del viento furibundo é inclemente,  
 Corren en tal rigor ya sin reposo  
 Dirigidas á un rumbo diferente.  
 Una bate en el cabo pedregoso,  
 Y en él estrella su ferrada frente;  
 Y otra, roto el estáy ó la bolina,  
 Choca en la costa, por su mal, vecina.

Cuál del bravo elemento arrebatada,  
 A otro buque infeliz ciega acomete,  
 Y cuál de un remolino volteada,  
 Es del mar fiero mísero juguete.  
 De horribles ondas otra golpeada,  
 Muestra en sus lados un mortal boquete,  
 Y ésta ya pierde del feroz contraste  
 Quilla, varengas, palos y codaste.



Aquí fuera de ver el desvarío  
De la mísera gente atribulada;  
Que cubierta su faz de un sudor frío,  
En sus miembros ya está la sangre helada,  
En sus rostros ya está el horror triste y sombrío  
Con aspecto de horror triste y sombrío  
La guadaña cruel se ve estampada  
En los rostros de mil, que rodeados  
De peligros están por todos lados.

En confuso tropel vuelan ansiosos  
Por los riesgos huir tan inminentes,  
Y ya corriendo van asaz medrosos  
Con triste palidéz los mas valientes.  
Solo se escuchan ayes lastimosos,  
Ardientes votos, preces reverentes,  
O clamores y gritos despechados  
De gefes, marineros y soldados.

Orza de avante, grita uno turbado:  
Aferra, dice aquél, todo impaciente:  
Bota fuera, que el viento ha cambiado,  
Otro sale clamando de repente:  
Amaina, arría, bira hácia este lado  
Que parece sinó toda la gente,  
Repiten con furor otros corriendo,  
Y al peligro mayor siempre acudiendo.



Del modo que al furor de recia llama  
 Que en la casa prendió, todo es ruina;  
 A uno se oye gritar, el otro clama,  
 Y esotro á su favor vuela y camina:  
 Aquí y allí la gente se derrama  
 Por el fuego atajar, que se avecina;  
 Aquél lanza el sofá, cuál tira el lecho  
 Y cuál sube á cortar el alto techo.

De esta suerte los tristes marineros  
 Andan por el bagél desatentados;  
 Que la jarcia, el timón y los tableros  
 Comienzan á faltar ya destrozados.  
 Unos trincan los rotos masteleros  
 Con gimelgas y troncos apretados,  
 Y otros dan á la bomba con presteza  
 Para el agua lanzar, que á entrar empieza.

Aquél corre ligero al chafardete  
 Por la vela arriar ya desatada;  
 Otro acude veloz hácia el trinquete,  
 Cuya mecha y carlinga ve quebrada:  
 Cuál aferra la escota del juanete  
 Que del fiero huracán anda agitada;  
 Y cuál entre el furor del mar horrendo  
 Siempre al hado feroz va resistiendo.

\*



Quién á la cofa sube presuroso,  
 Y en un negro turbión de mar envuelto,  
 Cae despeñado al piélago bravoso,  
 Y entre el agua y la arena va revuelto:  
 Quién por fijar la vela aferra ansioso  
 Del obenque, ó la driza, ó cabo suelto,  
 Y al golpe del vaivén que al viento hace  
 Contra el mástil cruel ya se deshace.

En tan dura afliccion al viento brama,  
 Silba el soberbio mar contra la arena,  
 Y en erizados montes se encarama  
 Por la gavia mayor y por la antena.  
 Ya la gente infeliz á gritos llama  
 El socorro y favor en tanta pena;  
 Que está viendo finar su triste vida  
 Entre el golfo y horror ya sumergida.

Las bravas ondas y altas marejadas  
 Rompen las panas, baten las toldillas;  
 Que á fieros golpes por el mar volcadas,  
 Muestran las naves sus herradas quillas.  
 De recios vientos unas contrastadas,  
 En la ancha playa baran sus costillas,  
 Y otras del golfo horrendo ya inundadas  
 Quedan en su hondo abismo sepultadas.



Vé la Tartesia costa los destrozos  
De los fuertes bageles arruinados,  
Y con ansias, suspiros y sollozos  
Manifiesta sus penas y cuidados:  
Gime llorosa al ver los ricos trozos  
Por las soberbias olas agitados,  
Y muerta la belleza ¡ó dura saña!  
Del Galo, del Bretón y de la España.

Pues que Discordia infiel que no respeta  
Ni al sangriento rival, ni al blando amigo,  
Cual sañosa deidad vierte secreta  
Sobre todos su hiel y su castigo;  
Y el que quiera fiar á esta indiscreta  
Su venganza cruel, lleva consigo  
La triste confusion, y el fuego enciende  
Que á su casa despues tambien comprende.

Que el borrascoso mar todo turbado  
Con la rabia infernal que la taimada  
En sus senos vertió, ya desatado,  
No respeta en las tres ninguna armada:  
Pues de manera igual es arrollado  
Por su mano feróz y despiadada  
El Hispano leal é Inglés temido,  
Que el osado Francés con ella unido.



Cubren ya el ancho mar tristes pedazos  
 De las miserables naves destrozadas,  
 Y en arenosas sirtes y ribazos  
 Quedan abiertas, rotas y encalladas.  
 Alzan al cielo sus cansados brazos  
 Todas las gentes del dolor cercadas  
 Pidiendo su favor, pues el quebranto  
 Ya no las deja reprimir su llanto.

Sintió Neptuno la tormenta horrible  
 Del espantoso mar y sus bramidos,  
 Y el semblante sacó luego apacible  
 De sus hondos abismos conmovidos.  
 Mas mudado despues en faz temible,  
 Y sus ojos cerúleos encendidos,  
 Por el golfo tendió su vista airado,  
 Y al mirarlo gimió todo angustiado.

Allí observa en los bancos arenosos  
 Unos buques barados y perdidos;  
 Y otros mira en los golfos peligrosos  
 De Eritrea y de Calpe sumergidos.  
 Ve sus ricos tesoros mas preciosos  
 Por las ondas y costas esparcidos,  
 Y ve los rotos vasos sin arréo  
 Arrojados al puerto de Mnestéo.



Su bravo corazon aquí se ensaña  
Al ver del hado la cruel fiereza,  
Y cubierta de juncia y espadaña,  
Mueve y sacude su feroz cabeza.  
De Discordia infernal la rabia y maña  
No se oculta tampoco á su grandeza,  
Y queriendo calmar el alboroto  
Lanza del ancho mar al fiero Noto.

Un cefirillo dulce y deleitable  
En seguida á soplar ya comenzaba,  
Que corriendo la esfera deleznable  
Las agrupadas nubes arrollaba.  
Ya su radiante faz clara y amable  
En su carro de luz Febo ostentaba,  
Alumbrando la tierra con sus rayos,  
Que en sus brazos volvió de sus desmayos.

Luego aplicando el húmido tridente  
A las olas del mar aun perturbado,  
A su impulso eficaz ya de repente  
El piélago quedó manso y callado.  
Con un blando mirar el dios potente  
Le recorre despues menos airado;  
Y á su vista de amor las ondas brillan,  
Y ante sus sacros pies todas se humillan.



Todo mudó de aspecto á su presencia;  
Las gentes oprimidas recobraron  
El ánimo y placer que por su ausencia  
Las olas encrespadas les robaron.  
Asi luego se van con diligencia  
Los cascos á salvar que alli quedaron,  
Y las velas fijar; que aun desenvuelta  
Andaba cada cual, y al ayre suelta.

Bien así como el plomo ó la resina,  
Que al constante batir de recia llama,  
Trémula hierva dentro de la tina  
Y en ardiente vapor el ayre inflama;  
Mas si el agua copiosa y repentina  
Dentro del hondo vaso se derrama,  
Cesa luego el hervor, y en el momento  
Se sosiega su ardor y movimiento:

De esta manera, pues, al toque airado  
Del hijo de Saturno, su bravura  
Luego depuso el mar, y allí humillado  
Su imperio respetó con mas cordura:  
El alto dios despues ya deslizado,  
Del verde lago corre la llanura  
Sobre su carro azul, que presuroso  
Surca el claro nivél del golfo undoso.



Y con recios chasquidos oprimiendo  
Sus caballos al fin mas diligente,  
El nítido cristal luego rompiendo,  
Al fondo se sumió sobre un torrente.  
Con amargo dolor ya reuniendo  
La escuadra que quedó nuestra fiel gente,  
Hácia el puerto las próas enderezan,  
Y el mar á dividir al punto empiezan.

Ved aquí ¡ó General! nuestra ventura  
Y el fin de expedicion tan desgraciada;  
Que en abismos de horror su sepultura  
Nuestra marina halló ya destrozada.  
Allí se marchitó la flor mas pura  
De la triste nacion, y aniquilada  
Se ve la escuadra en fin, que en algun dia  
Fue ejemplo de valor y bizarría.

Allí cayó la gloria y la arrogancia  
De esos bravos y fuertes campeones,  
Que con su zelo fiel y su constancia  
Hoy fueran el terror de las naciones.  
Por la astuta perfidia de la Francia  
Allí vimos con tristes corazones  
Postrarse para siempre el brazo fuerte  
Del invicto Gravina con su muerte.



Allí por acabar se vió abatida  
 Nuestra grande opinion y nuestra fama,  
 Y entregada la patria á un homicida  
 Que asechanzas tan viles hoy nos trama:  
 Mirad si con razon será sentida  
 Una pena cruel que el pecho inflama  
 A vengar los insultos cometidos  
 Por aquesos traidores foragidos.

¡Ah! con cuánto dolor ya miro en vano  
 Los bageles un tiempo codiciosos  
 De conquistas y triunfos, al insano  
 Poder del hado sucumbir medrosos!  
 ¿Dónde el cetro ya está que por su mano  
 Sobre esos campos verdes y espumosos  
 Dió Neptuno al osado aventurero  
 Que á arar sus lindes se atrevió primero?

¿Qué se han hecho las naves venturosas  
 Y los héroes tambien que endurecidos  
 En mauritanas lides hazañas  
 Esos mares surcaron atrevidos?  
 ¿Qué los brazos que leyes tan lucrosas  
 Dieron á aquellos reinos escondidos,  
 De la alma Vesta, dividiendo el seno  
 Dó guardaba su aurífero veneno?



Todo desapareció cual leve sueño,  
 Y entre undosas montañas espumantes  
 Prepara Tétis al valiente isleño  
 Los ricos dones que gozamos antes:  
 Parecióme que en grave y duro ceño,  
 Señalando á las naves fluctuantes,  
 Sacaba la deidad de la honda fria  
 Su flotante cabeza y nos decia:

¡O gente sin ventura y malhadada!  
 Perdisteis para siempre el poderío  
 Que en mis reinos os dí: ¡veréis surcada  
 Con desmayada sangre y pecho frio  
 De la extranjera quilla esa morada  
 Que concedí una vez á vuestro brio?  
 ¡Así ya abandonais los ricos suelos  
 Que supieron ganar vuestros abuelos?

¡Esas tierras de triunfos coronadas  
 Vereis sacrificar á los engaños  
 De un vil Emperador, cuyas miradas  
 A ellas se dirigieron tantos años?  
 Las paternas cenizas reposadas  
 En la tumba de sábios desengaños  
 Venganza pedirán y estrecha cuenta  
 De tanta ceguedad y negra afrenta.

\*



Las leyes del destino se han cumplido  
Sobre el linage incauto é imprudente,  
Que á un triste aventurero sometido  
Sigue de su ambicion el gran torrente:  
Con trage de virtud ha aparecido  
La estúpida ignorancia á vuestra gente,  
Usurpando las llaves á un gobierno  
Que debió á su esplendór un nombre eterno.

Ya los altos pendones tremolados  
Por gloriosa señal de la victoria,  
Yacen de espeso polvo rodeados,  
Y tomado el cañon de negra escoria:  
Ya las fecundas musas, destrenzados  
Sus dorados cabellos que de gloria  
Cubrieron con razon al patrio nido,  
Gimen entre las sombras del olvido.

Ya comienza á caer de vuestras manos  
El tridente oriental, y vuestros ojos  
En los ardientes campos africanos  
En vano llorarán duros enojos:  
Entre corvos alfanges inhumanos  
Sereis de la ambicion tristes despojos,  
Y gemirá la España eternamente  
Marcada de dolor su augusta frente.



Asi el marino fiel les referia  
Con amargo dolor todo el suceso,  
Penetrando al concurso que le oía  
De justa admiracion y de embeleso.  
Éste elogiaba allí su fantasía,  
El otro su instruccion, y del congreso  
Lo ensalza cada cual y lo encarece,  
Y el aplauso le dán que se merece.

El grande Palafóx, que mas atento  
Toda la historia oyó triste y penosa  
Del honroso oficial, dijo al momento  
Con fina gratitud y faz donosa:  
Paréceme, señor, de que su aliento  
El agua os inspiró de aquella hermosa  
Y fecunda Hipocréne, ó que el Pegáso  
Nueva fuente os abrió sobre el Parnáso.

Este gracioso don, que ha dispensado  
A muy pocos el cielo en esta vida,  
Con sobrada razon siempre ha robado  
A todos la atencion que le es debida.  
Yo puedo asegurar que lo he envidiado;  
Y si hallase tal vez buena acogida  
En las musas, al ver cuán las deseo,  
Ellas fueran no mas mi gran recreo.



Las naciones mas cultas que advirtieron  
De un arte tan divino la importancia,  
No hubo ya distincion que no le dieron,  
Contemplando en su honor su gran ganancia.  
Por un arbitrio tal al fin pudieron  
Eleva su valor y su arrogancia  
A tan alto blasón y á tal grandeza,  
Que el mundo se admiró de su braveza.

El consiguió formar con sus encantos  
Héroes tan altos, gefes tan guerreros,  
Que eran los metros y los dulces cantos  
De sus grandes victorias compañeros:  
Los famosos Romanos que, entre tantos,  
Fueron en fortaleza los primeros,  
Animaban así sus escuadrones  
Con armoniosos versos y canciones.

Eran tantas las honras que al intento  
A los sabios poetas tributaban,  
Que igual premio y honor por ornamento  
A las armas y versos dispensaban:  
Conocieron tal vez que el fundamento  
De sus triunfos y hazañas lo encontraban  
En la sábia y divina poesía  
Que el bravo corazón les encendía.



No hay cosa á la verdad, si bien se mira,  
Que así anime el valor del buen soldado  
Como al eco marcial de dulce lira  
Ver su nombre y honor siempre ensalzado.  
Nada tanto encendió la brava ira  
De Alejandro inmortal el esforzado,  
Que por Homero ver tan celebrada  
De Aquiles la virtud en su Iliada.

Yo por mí sé decir que hoy he adquirido  
Con vuestra historia fiel tantos quilates,  
Que de celo y furor ya consumido  
Ansio solo esta vez por los combates;  
Porque ¿qué pecho habrá que enardecido,  
Entre tantos baldones y debates,  
Hoy no se mire ya contra una gente  
Tan pérfida y cruel, tan insolente?

Por la misma razon os rindo atento  
El obsequio y amor que es tan debido  
A vuestra fiel virtud y al gran talento  
Que el bravo corazon nos ha encendido.  
Todos honramos hoy vuestro ardimiento,  
Y ese númen marcial que ha convertido  
Nuestro pecho leal en una llama  
Que en honroso valor todo lo inflama.



Con tan dulces coloquios recreaban  
 Sus tristes amarguras y cuidados,  
 Cuando ya en el silencio descansaban  
 Todas las gentes, aves y ganados:  
 El bravo Palafóx y los que estaban  
 De la abundante mesa rodeados,  
 Alzadas las viandas y manteles,  
 Fueron á descansar á sus cuarteles.

El Gefe valeroso ya queriendo  
 Dar alivio á su cuerpo quebrantado,  
 Sus angustias y penas revolviendo,  
 Se hallaba inquieto, triste y fatigado.  
 Entre un golfo de males tan horrendo  
 Sobre el lecho por fin ya recostado,  
 Su pecho congojado desahogaba  
 Con los tiernos suspiros que lanzaba.

Cuando el dulce Morféo, que oficioso  
 Sus desgracias estaba contemplando,  
 De un beleño suave y delicioso  
 Sus nervios con placer le fue llenando:  
 Entorpecido así todo el fogoso  
 Espíritu animal, del ópio blando,  
 Fueron sus laxos miembros y sentidos  
 Quedándose suspensos y rendidos.



Entre el sueño profundo enagenado,  
 Oye tronar los ayres de repente,  
 Y cual de parda nube desquiciado,  
 Mira un rayo bajar claro y luciente.  
 ¡O qué de luces de fulgor dorado  
 Vió repartirse por el fresco ambiente!  
 ¡Qué rico adorno de marciales pompas!  
 ¡Y qué són escuchó de dulces trompas!

Repite el trueno su fragór horrible,  
 Y retruena otra vez el estampido,  
 Y entre un viento templado y apacible  
 Suenan una grata voz en el oído:  
 Abre tus ojos, dice, si es sensible  
 Tu pecho al tierno amor, que hoy ha movido  
 Mi fino corazón para aliviarte  
 Con el gozo y consuelo que he de darte.

Al acento imperioso y delicado  
 El Gefe militar obedeciendo,  
 Entre el raptó suave transportado  
 Una linda doncella estaba viendo:  
 Su grande magestad con el agrado  
 En su bello semblante reuniendo,  
 Le inspiraba respeto, y le pedia  
 El obsequio y amor que le debía.



En vez de trono real á su grandeza  
 Una nave en el ayre la levanta,  
 Que pisando con garvo y gentileza  
 Descubre ayrosa su desnuda planta:  
 Por verde mirto ciñe su cabeza  
 Con blancas conchas, y de su garganta  
 Prende un áureo collar orlado al frente  
 Con las perlas mas finas del Oriente.

De blanco lino y algodón tegida  
 Una ropa talar se acomodaba,  
 Que con brillantes joyas recogida,  
 De la rodilla abajo presentaba:  
 Con cinta de diamantes guarnecida  
 A su gentil cintura la ajustaba,  
 Pendiendo de los hombros entre tanto  
 De escarlata un vistoso y regio manto.

Por su graciosa espalda repartía  
 Una rubia madeja al ayre suelta,  
 Que con piedras y flores distinguía,  
 Y al nacarado cuello daba vuelta:  
 Sobre un áncora corva sostenía  
 La izquierda mano, y en el manto envuelta  
 Se apoyaba la diestra en su cintura,  
 Ostentando belleza y hermosura.



En himnos y canciones sonoras  
 Cantan sus glorias, su poder inmenso  
 Sus ministros y ninfas, que oficiosas  
 Quemaban en su honor fragante incienso.  
 Las Neréidas entonan armoniosas  
 Sus altos triunfos, y Tritón suspenso  
 Anunciaba con trompa vocinglera  
 Su grande magestad y fé sincera.

Al concierto armonioso y dulce estruendo  
 Le sucede un silencio respetoso,  
 Y aun el ayre vital ya reprimiendo,  
 La admira cada cual más cuidadoso:  
 Párase el Ebro, y escuchar queriendo  
 Suspende el aura el soplo delicioso;  
 Y hasta el Alba al nacer por la alta esfera  
 Detuvo absorta su velóz carrera.

¡O constante varon! dijo la diosa,  
 El profundo silencio interrumpiendo,  
 Hijo de Iberia, la mansion dichosa,  
 Y suelo del valor mas estupendo:  
 Al cielo place que tu patria honrosa  
 Su robusto poder conmigo uniendo,  
 Al mundo admire, y oigan sus blasones  
 Todos los climas, pueblos y regiones.

\*



Su constancia y honor serán modelo  
 De una gloria inmortal á todas ellas,  
 Excitando su ardor y justo celo,  
 Que las mueva á imitar sus claras huellas.  
 Mi mano rasgará tambien el velo  
 A la infame traicion, y las centellas  
 Que el tirano encendió por las naciones  
 Al fin destrozarán sus escuadrones.

Mi seno generoso te prepara  
 Los recursos y auxilios que quisieres,  
 Y en mi fina amistad jamás avara  
 El tesoro hallarás de mis talleres.  
 ¡Ó si en un tiempo atenta meditára  
 Su mayor interés y sus deberes  
 Tu afligida nacion! Conmigo unida  
 No se viera tal vez tan abatida.

Sus ojos abrió al fin con la tal pena,  
 Que es el grande colirio del prudente,  
 Y ansiosa de romper su atroz cadena,  
 Enlazamos los brazos mutuamente.  
 Ya la suerte feliz con faz serena  
 Le comienza á mostrar su amor clemente,  
 Y aun llegará á romper sus eslabones  
 Si imitáren sus hijos tus acciones.



Animo ¡ó General y fiel soldado!  
 Porque el cielo no dá jamas victoria  
 Al bajo corazon que amilanado  
 Nunca busca el laurél de su alta gloria.  
 Mayor daño es vivir aberrojado  
 Y manchar su blason hoy en la historia,  
 Que morir con honor sobre estos muros  
 Por la patria salvar de sus apuros.

¿Quién eres ¡ó muger! dijo entre el sueño  
 El bravo Palafóx, que tanto encantas?  
 Pues en tu hermosa faz rostro halagüejo  
 A la diosa mayor mucho adelantas.  
 ¿Qué nos quiere decir tu trage isleño  
 Que émulo oculta perfecciones tantas?  
 Nada me encubras ya, pues tantos dones  
 Exigiéndome están adoraciones.

No es mucho extrañes, Gefe valeroso,  
 Respondió la deidad, hoy mi figura;  
 Pues el hado cruel y hartó enojoso  
 Ha tiempo desunió nuestra ventura:  
 Soy vuestra hermana, que en el mar undoso  
 Tengo mi reyno, y hora á la blandura  
 De Iberia vuelvo, porque en dulce lazo  
 Goce ya de Albión el tierno abrazo.



Salve ¡ó gran diosa! dijo en el momento  
 El bravo General que la escuchaba:  
 Salve, de España honor, que en triste acento  
 Por tu ausencia infeliz se lamentaba.  
 Hoy mira renacer nuestro contento,  
 Y tu presencia fiel ya nos acaba  
 De este llanto enjugar tan lastimero  
 Que nos causa un traidor astuto y fiero.

Por tí la gloria de mi patria amada  
 Restaurada se vé de muerte á vida,  
 Y abatida tambien la fuerza armada  
 De ese mónstruo cruel, fiero homicida:  
 Tú sostienes la causa mas sagrada  
 De la brava nacion de él perseguida;  
 Y ya mueve por tí sus duros brazos,  
 Libre del yugo infiel, hecho pedazos.

¡O fe dichosa y amistad amable!  
 O fuertes brazos, que volais unidos  
 Esa furia á romper abominable,  
 ¡Y el sangriento poder de esos bandidos!  
 Tu constante valor ya inimitable,  
 Y estos pechos de honor siempre atrevidos  
 Su cuello domarán, y Europa entera  
 Gozará de una paz firme y sincera.

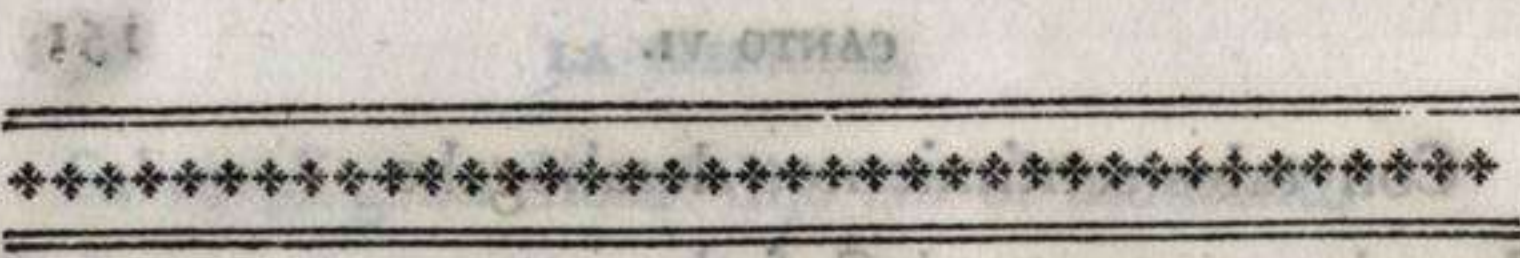


Con tales sentimientos desahogaba  
Su triste corazón el Gefe honroso,  
Y sus labios purpúreos estampaba  
En el rojo carmín del rostro hermoso:  
Ya el apacible sueño le olvidaba  
De su crecido mal, y en el reposo  
Se gozaba su mente, cuando ¡ay cielos!  
Que un fracaso turbó tantos consuelos.

El horrendo cañon truena y retruena;  
El timbal y el clarin hieren su oído;  
Y la caja marcial el ayre atruena  
Entre el recio clamor y el alarido:  
En confuso rumor la gente suena,  
Tiembla la casa, y al mortal sonido  
Despierta Palafóx y se estremece,  
Y la augusta vision desaparece.

Salta del lecho, y la turbada prisa  
Aun le olvida tomar el dulce abrigo;  
Y apenas el umbral osado pisa,  
Cuando viene gritando un fiel amigo:  
A el arma ¡ó General! que se divisa  
Muy cercano de nós al enemigo;  
Y á esta hora tal vez, segun entiendo,  
La muralla y fortin está batiendo.





# LA IBERIADA.

## CANTO SEPTIMO.

### ARGUMENTO.

*Acometen de nuevo los franceses,  
 Y el pueblo con valor siempre constante  
 Entre encuentros felices y reveses  
 Queda del invasor al fin triunfante:  
 Por salvar de Aragón los intereses  
 Aparece la hija de Taumante:  
 Habla el Ebro en un sueño al Gefe osado;  
 Y hecho de una muger bien señalado.*

Llegaba Palafóx al flaco muro  
 Cuando ya de Titán la clara hija,  
 De la noche rasgando el velo oscuro,  
 Los collados y montes regocija.  
 Luchando su escuadrón constante y duro  
 Se hallaba con valor; que al pecho aguija,  
 Rechazando el furor mas espantable  
 Del osado francés siempre implacable.



La presencia y ardor del Gefe honroso  
Dió aliento á su vigor y confianza,  
Y cada cual así mas animoso  
Al sangriento rivál de nuevo avanza  
Entre sus bravas tropas mas ayroso  
Que en la selva el ciprés, á la venganza  
Con la espada en la mano los incita,  
Y los puestos corriendo á todos grita.

Valor ¡ó compañeros! que hoy depende  
La libertad de Europa en vuestro acero;  
Que á ese brazo inmortal tan solo atiende  
Por romper de una vez su yugo fiero:  
Quien en rabia y furor ya no se enciende  
Por defender su honor, su patria y fuero,  
Es español espurio y deshonroso,  
Y su nombre será siempre afrentoso.

No desmaye ninguno con la vista  
De ese enemigo infiel, duro y sañoso;  
Que no hay fuerza y poder con que resista  
Al pueblo aragonés siempre glorioso.  
Por mas que en su rigor temoso insista,  
Su muerte verá al fin el alevoso,  
Con tal que el corazon por siempre os sea  
Animoso y constante en la pelea.



Así ánima y esfuerzo á sus soldados  
El bravo General que sin recelo  
Burla el fuego infernal que á todos lados  
Parecia subir al mismo cielo.  
Por los muros y fuertes colocados  
Con osado valor y ardiente celo,  
Tanta fuerza y rigor allí oponian,  
Que las filas enteras deshacian,

Cual brava tempestad, que repentina  
Es lanzada en el mar manso y sereno,  
Todo lo turba, mueve y desatina  
Y de tristes despojos deja lleno:  
Ya resuena en el valle y la colina  
De parda nube el espantoso trueno,  
Y el rayo abrasador á cada instante  
Muerte ofrece y horror al navegante;

De esta suerte con choque tan sangriento  
Se hallaba la ciudad en esta hora,  
Que entre el humo horroroso y negro viento  
Vuela siempre la llama destructora.  
Ya el horrisono obús con duro acento  
El ayre atruena y todo lo devora,  
Cayendo de una vez sobre la gente  
De horrendos males un fatal torrente.



Del oscuro vapor la nube espesa,  
 El constante tronar de los cañones,  
 La centella voraz que allí atraviesa  
 Por las fuertes colunas y escuadrones;  
 La inmensa lluvia fulminante y gruesa  
 De las balas, metralla y municiones  
 Con el triste clamor y la agonía  
 Era la escena de este horrible día.

Las bocas del cañon allí eructaban  
 Un tan fiero volcán y ardiente fuego,  
 Que las llamas parece que abrasaban  
 Las aguas del Canal, Ebro y Gallego.  
 El incendio y el humo se mezclaban  
 Con su manso raudal tan sin sosiego,  
 Que al ronco Flegetón se parecían  
 Con los rayos y ardór que despedían.

Las murallas y puertas defendiendo  
 Nuestras tropas se vén, tan animosas,  
 Que á su bravo teson iban cediendo  
 Las huestes del rival ya temerosas.  
 De su empeño tenáz no desistiendo  
 Cesan el fuego, pero mas rabiosas  
 De la fuerte ciudad, si se retiran,  
 A vengar su rencor tan solo aspiran.

\*



En seguida los nuestros caminaban  
Persiguiendo en su ardór al fiero bando,  
Y á sus tropas medrosas acosaban  
Los esfuerzos y marchas redoblando.  
Ciegas con el furor siempre avanzaban  
Al osado francés, que ya ocupando  
Otras nuevas y fuertes posiciones,  
Desplegaba otra vez sus batallones.

El hijo de Hiperión en su carroza  
De su curso hácia el fin hora llegaba,  
Y á seis leguas no mas de Zaragoza  
El Gefe aragonés tambien paraba.  
En un llano feráz por dó retoza  
El parlero Xalón, se situaba,  
Bien cercano á Segóntia, antigua villa,  
Patria del primer Juan Rey de Castilla.

El astuto enemigo recobrado  
Del perdido vigor, que ya observaba  
Al Ibéro escuadrón flaco y cansado,  
Su exterminio total solo buscaba.  
Por las verdes llanuras acampado,  
De sus duros combates descansaba,  
Cuando el fiero rivál osadamente  
Sus fuerzas atacó por flanco y frente.



Como el tigre feroz de sangre hambriento  
A la fiera sagaz atento acecha,  
Y ocultando su ardor y movimiento  
La oportuna ocasion solo aprovecha;  
Con astucia cruel sube al intento  
Sobre el árbol feráz, y su derecha  
En las ramas afile, hasta que avanza  
A la presa infeliz, y la afianza:

Así el galo escuadrón mas sanguinario  
Con saña tan cruel los asaltaba,  
Que apurando el rigor mas temerario,  
La horrorosa contienda renovaba.  
Todo el celo y valor fue necesario  
Para lo contrastar, porque cargaba  
Con ímpetu y furor tan truculento,  
Que á los nuestros faltó todo el aliento.

El bravo general que el riesgo mira,  
Por sus huestes velóz ya discurriendo,  
Nuevo esfuerzo y valor aun les inspira,  
Las deshechas colunas reuniendo.  
Su fuerte corazon ardiendo en ira,  
Por las haces contrarias paso abriendo,  
Al bruto oprime, y el acero aprieta,  
Y el campo corre cual fugaz cometa.



Casi en un tiempo veinte mil volcanes  
Se miraron volar á la alta esfera,  
Cual si á Jove supremo los Titanes  
Renovasen allí la lid severa.  
Como recios y horribles huracanes  
Corren y atruenan toda la ribera  
Uno y otro escuadrón, que ya cerrando  
Balas, fuego y rencor van vomitando.

Brillan entre el horror seis mil espadas  
Rayos de ardiente luz centelleando,  
Que batiendo los petos y celadas,  
Hasta el cráneo tambien van penetrando.  
Bayonetas sin fin allí afiladas  
Abren mil pechos, que el furor lanzando  
Tras él arrojan las entrañas duras  
Con la sangre feroz en las llanuras.

El combate tenáz se aumenta y crece  
Con saña tan atroz y sanguinaria,  
Que hasta el campo de horror ya se estremece  
Con refriega tan cruda y temeraria.  
Ya la gente cansada desfallece,  
Y la suerte cruel y siempre vária  
Asi al bravo francés hoy perseguia,  
Que un destrozo infernal en él hacia.



Mil cabezas y troncos desangrados  
Se miraban tendidos por sus reales,  
Cuando viéndose ya tan hostigados,  
Renovaban su esfuerzo los rivales.  
Con extraño valor cierran osados,  
Causando en su furor tan crudos males,  
Que nuestra gente al fin es obligada  
A batirse mas bien en retirada.

Entre el fuego horroroso y gritería  
El contrario cruel busca venganza,  
Y á la gruesa y feroz artillería  
Cual rabioso leon ya se abalanza.  
El grande Palafóx en tal porfía  
La procura salvar sin mas tardanza,  
Pero tuvo no mas tales momentos,  
Que clavados perdió cuatro violentos.

Con el órden mejor su gente unida  
Replegándose vá con fuego horrendo,  
Cual centella voráz que en su corrida  
Toda el aura sutil anda encendiendo.  
De fuerza superior acometida  
Marchaba con valor siempre batiendo,  
Buscando posicion mas ventajosa  
Contra el recio escuadrón que así le acosa.



En el frondoso pie de una colina  
 Una rica ciudad hay situada,  
 Donde el agua fugaz gira y camina  
 Del Xiloca y Xalón en sí mezclada.  
 Media legua de allí tiene vecina  
 La montaña también harto elevada,  
 Que Bámbala el país la nombra hoy día,  
 Do la antigua ciudad antes yacía.

Dicen que allá en un tiempo fue llamada  
 Con el nombre de BÍlbilis Augusta,  
 Hasta que á Cala-Ayub fue subyugada,  
 Moro de Spilia Rey, en guerra injusta:  
 Pero siendo por él recuperada  
 A su antiguo esplendór y fama justa,  
 Hoy por Calatayúd es conocida,  
 De la arábiga voz ya corrompida.

Aquí nuestro escuadrón fijó su asiento,  
 Y libre del rival que lo atacaba,  
 Levantando de nuevo el campamento,  
 A Salduba otra vez se replegaba:  
 El hermano del gefe que al intento  
 Varias tropas y áuxilios reclutaba,  
 Se hallaba á la sazón de allí apartado  
 Con algunos refuerzos que ha juntado.



Pálas con celo fiel, en este instante,  
 El peligro de Melci contemplando,  
 Envía luego la hija de Taumante  
 Al hermano que está ya descansando.  
 Iris tomando su fulgór brillante,  
 Que con colores mil vá matizando,  
 De la excelsa deidad cual mensagera,  
 Baja surcando la celeste esfera.

Era ya el tiempo que entre sombra oscura  
 Cubre el laxô sopór á los mortales,  
 Y en la muelle quietud, dulce blandura  
 Yacen todas las gentes y animales.  
 El Gefe militar de cruel presura  
 Turbado el corazon con tantos males,  
 A un letargo fatal todo entregado,  
 Se dejaba mirar triste y penado.

Cuando la bella ninfa descendiendo,  
 Junto al lecho llegóse, y su embajada  
 En sucintas razones proponiendo,  
 Así le dice, grave y mesurada:  
 Sabe ¡ó Gefe inmortal! que Pálas viendo  
 A Salduba la fiel amenazada  
 Por un fuerte escuadrón en este dia,  
 Desde el excelso Olimpo á tí me envia.



El sangriento Lefebre despechado  
 Anda todas sus fuerzas reuniendo;  
 Que quiere descargar su brazo osado,  
 Sobre el pueblo español de un modo horrendo.  
 Vuela al socorro, pues, del suelo amado,  
 Y ese sueño fatal ya sacudiendo  
 Junta luego tus tropas y legiones,  
 Y marcha á reforzar sus escuadrones.

¿Qué te detienes? corre sin tardanza;  
 Que el funesto desastre y la ruina  
 Tras del ocio letal y confianza  
 Con carrera veloz siempre camina.  
 De la guerra el laurél jamas se alcanza  
 Sin mucha actividad y disciplina;  
 Y la palma triunfal no se asegura  
 Sino tiempo ganando y coyuntura.

Aqui luego dió fin, y al punto hiende  
 Por el aura sutil y éter dorado,  
 Y en diverso color un arco extiende  
 Por el cielo, al subir, de uno á otro lado.  
 El bravo militar que el caso entiende,  
 Entre el blando sopór aun sepultado,  
 Se incorpora á seguir la clara huella  
 De la hermosa deidad y ninfa bella.



Abre los ojos, y aunque nada advierta,  
Los derrama curioso y asustado;  
Que la imágen que vió no es tan incierta  
Que le deje dudar de lo pasado:  
Lleno de turbacion corre á la puerta,  
Manda al arma tocar, y denodado  
Marcha con su escuadrón tan de improviso,  
Que no olvida jamás el alto aviso.

Mientras tanto que el Gefe va marchando  
Con su gente constante y animosa,  
Los tristes españoles rodeando  
Andaban la ciudad, el muro y fosa.  
Ya el rutilante Apolo iba ahuyentando  
En su carro de luz la noche umbrosa,  
Cuando el pueblo á su vez por los bastiones  
Se coloca á esperar los batallones.

Luego que fuerza tál iba llegando  
Do la rica ciudad se descubría,  
Su espada cada cual va desnudando,  
Ostentando su ardor y bizarría.  
En sus hojas el sol ya rechazando  
Tan brillantes centellas despedía,  
Que el pueblo aragonés vió su consuelo,  
Y mil vivas lanzó con dulce anhelo.

\*



Al sangriento rivál que cerca estaba  
 Harto espanto causó la gritería,  
 Cuando un soldado fiel luego avisaba  
 Del lucido escuadrón que nos venía.  
 A las puertas en fin éste llegaba,  
 Y Lefebre el audáz que ya veía  
 Frustrada su intencion, marcha furioso  
 Sobre el pueblo leal y valeroso.

Al Sur de la ciudad hay una altura  
 Media legua no mas de ella elevada  
 Que domina el poblado y la llanura  
 Con su cumbre fragosa y escarpada,  
 Por una gran matanza y guerra dura  
 Que aquí el moro sufrió por su esplanada,  
 Barranco de la muerte se decia  
 Lo que Monte Torrero es en el dia.

El sañoso francés apoderado  
 En combate feroz de su alta cima,  
 De su encono y furor arrebatado,  
 Quiere que la ciudad ansiosa gima.  
 El hijo de Hiperion ya sepultado  
 En el profundo mar, hácia otro clima  
 Comenzaba á marchar, y las estrellas  
 Se miraban cubrir sus claras huellas.



Cuando en ronco fragór el monte umbroso  
 Tantas balas y bombas arrojaba,  
 Que en continuo volcán negro y humoso  
 Cual ardiente Vesubio se abrasaba.  
 Entre el viento sutil y tenebroso  
 La espoleta cruel así cruzaba,  
 Que centellas horribles parecían  
 Que del cielo turbado descendían.

No desmaya el valor y fiel constancia  
 Del pueblo aragonés al ver el fuego  
 Como lluvia caer, que otra Numancia  
 Era por su tesón y furor ciego.  
 Dobla el gran Palafóx su vigilancia  
 El peligro al mirar, y sin sosiego  
 Ya corre la ciudad de una á otra banda,  
 E inspirando su ardór en todos anda.

¡O noche celestial que con tu velo  
 Das el dulce descanso al afligido!  
 ¡Por qué en tanto pesar y desconsuelo  
 Envolviste cruel al patrio nido?  
 ¡Mas quién podrá contar sin triste duelo  
 El lamento, el dolor, pena y gemido  
 Que entre el crudo rigor y fiero espanto  
 Ocultaba esta vez tu negro manto?



Las fuerzas del rival harto rendidas  
Con los mismos estragos que causaban,  
Nunca pueden lograr ver abatidas  
A las gentes briosas que atacaban.  
Al verse por doquier siempre batidas,  
Llenas de confusion se retiraban,  
Meditando en su horror daños mayores  
Por del todo saciar tantos rencores.

Se hallaba el General en esta hora  
Recorriendo los puestos avanzados,  
Cuando ya con su luz la clara Aurora  
Coloraba los montes y los prados.  
En la margen del Ebro, que sonora  
Alegraba los campos esmaltados,  
Se quiso reclinar, y en el descanso  
El sueño le causó su ruido manso.

Entre el dulce sopór luego aparece  
La imágen colosal del hondo rio,  
Que entre juncos y sauces se le ofrece,  
Alzando su cerviz del suelo frio.  
Con un verde cendál mas se ennoblece,  
Completando su adorno y atavío  
De espadaña, en su sién, una corona  
Que mostraba el honor de su persona.



De esta suerte se acerca al Gefe osado,  
Que en el sueño escuchó que le decia:  
¡O tú joven valiente y esforzado,  
Por quien libre se ve la patria mia!  
Tú de Hesperia serás el fiel dechado  
Que sostenga su ardor y bizarría:  
Por ti vive Aragon, y tu memoria  
Cubrirá á tu nacion de eterna gloria.

Yo soy el Ebro azul bien conocido  
Por el vasto país de las naciones:  
Aquí el cielo me dió mi claro nido  
Donde baño al girar anchas regiones:  
No temas al rival que fementido  
Prepara contra tí fieras legiones;  
Que de constancia fiel y bravo celo  
Quiero que al mundo des un gran modelo.

Mira esta bella imágen que el destino  
Hoy te quiere mostrar por claro egemplo  
De heroismo y valor; y es el mas dino  
Del aplauso y loor que yo contemplo:  
Desarrolla en su honor el pergamino  
Que á la Fama arranqué de su alto templo:  
Esta es la copia; que el modelo ha sido  
Sobre el bronce inmortal allí esculpido.



Hablando, pues, así, mas se avecina  
 Al bravo General, que ya curioso  
 Toma el rollo, y en él luego examina  
 Aquel nombre eternál siempre glorioso:  
 “Esta es la muger fiel y alta Agustina,  
 Por su extremo leyó, que al suelo honroso  
 De la Iberia feliz la dió por guia  
 El cielo de lealtad y valentía.”

Basta, no leas mas; díjole al punto  
 El Ebro al General, que en este dia  
 En ella mirarás todo el asunto  
 De tan clara y segura profecía:  
 En ella admirarás como un trasunto  
 De la misma firmeza y osadía  
 Que al mundo asombrará, y á tus leones  
 Dará de su valor altas lecciones.

Esto dijo; y sumióse en lo profundo  
 De su mismo raudal y ancha corriente;  
 Y ya el claro fanál de todo el mundo  
 Comenzaba á asomar por el Oriente.  
 Ansioso Palafóx, cual sin segundo,  
 De un tan digno ejemplar, osadamente  
 Íbalo á rebatar, y en este empeño  
 Turbado despertó del dulce sueño.



Luego escucha el clarín y las señales  
 Del contrario cruel, que audáz batiendo  
 Viene el campo español, y allá en sus reales  
 Resonaba un rumor y grito horrendo.  
 Cual leve exhalación á tantos males  
 Con su tropa inmortal pronto acudiendo,  
 Con tal furia al francés ya rebatía,  
 Que ni un paso ganar éste podía.

El combate feroz y sanguinoso  
 Aumentaba el rigor ya de tal suerte,  
 Que andaba cada cual tan solo ansioso  
 Por dar á su rivál la dura muerte.  
 Ya la Puerta Quemada y hasta el Coso  
 Penetraba el francés temoso y fuerte,  
 Y la débil del Cármen combatía,  
 Que constante y tenáz se defendía.

Por las calles y plazas derramado  
 Se renueva el horror y la matanza,  
 Y el pueblo aragonés ya despechado,  
 Con un ciego rencor luego le avanza.  
 En confuso tropel todo mezclado  
 Con el fiero rival, su cruel venganza  
 Saciaba en su furor de tal manera,  
 Que cerraban los muertos la carrera.



Cuáles de las ventanas y terrados,  
 De las armas precisas careciendo,  
 Arrojaban los leños arrancados  
 O el aceite encendido y agua hirviendo;  
 Cuáles ya los balcones desquiciados  
 Los dejaban caer con recio estruendo;  
 Y cuáles por causar mayor asombro  
 Lanzan hasta las tejas y el escombros.

No faltaba esta vez alguien tan ciego  
 Y del negro furor arrebatado,  
 Que cogiese el ardiente y vivo fuego  
 Por saciar su rencor desatinado;  
 Pues andaba tan crudo y vivo el juego  
 Que hasta el palo y el hierro ya inflamado  
 Con sus manos briosas arrojaban  
 Si las armas y tiros les faltaban.

Con los sables, pistolas, bayonetas,  
 Con estacas, con piedras, con espadas,  
 Con los puños, cuchillos y escopetas  
 Se combaten las gentes obstinadas:  
 No hay manos que esta vez se queden quietas  
 Por caídas que estén y quebrantadas;  
 Que cortados sus pies y pantorrillas,  
 Hay algunos que luchan de rodillas.



Corre la noble sangre denegrida  
 En tan grandes arroyos y raudales,  
 Que no hay casa que allí no esté teñida  
 De la misma cubierta á los umbrales:  
 La saña mas cruel que está esculpida  
 En los pechos briosos é inmortales,  
 De roja tinta cubre los aceros,  
 Calles, ventanas, salas y terreros.

El bravo Palafóx, que en tal desgracia  
 A sus tropas andaba reanimando,  
 Con aligero pie y harta eficacia  
 Cada punto por sí va registrando.  
 Llegando al del Portillo y Santa Engracia,  
 Vió á una invicta muger que peleando  
 Lanzaba fuego tál con un violento,  
 Que un destrozo causaba el mas sangriento.

Recordado del sueño en este instante,  
 Se quiere asegurar del caso incierto;  
 E intentando pasar mas adelante,  
 Mira junto á sus pies un hombre muerto:  
 Con triste palidéz cubre el semblante,  
 Y de un tiro cruel vé un lado abierto,  
 Por do vierte infeliz de la honda herida  
 Un sanguíneo raudal que el suelo anida.

\*



Lleno de admiracion siguió su intento,  
 Y acercándose más, vió que el difunto  
 Era el consorte fiel, que el bravo aliento  
 Perdió por defender tan útil punto.  
 Conoció á la muger en el momento  
 Que en la imágen del sueño tuvo junto,  
 Y supo que al morir su dulce esposo,  
 Ella quiso imitar su esfuerzo honroso.

Con tan rara vision ya no perdía  
 De observarla ocasion en todo trance;  
 Y mira que al seguir su compañía,  
 Era siempre primera en el avance:  
 Vé que llena de ardór y de osadía  
 En el riesgo mayor y duro lance,  
 Reanimaba el valor de los soldados,  
 Si los mira tal vez algo turbados.

Atónito y suspenso el Gefe andaba  
 Un egemplo al notar tan admirable,  
 Y llegándose á ella, así exclamaba  
 Con tierno corazon y rostro afable:  
 ¡O valiente muger! en tí se acaba  
 Una prueba de ver inimitable  
 De constancia y valor, que ya debiera  
 Seguir todo español en esta era.



Tú serás el blasón de nuestra España

Que cubra de rubor al indolente,

Y al que huyendo también la dura saña

Vuelve en la lucha su cobarde frente.

Aprenda cada cual en esta hazaña

De una flaca muger á ser valiente,

Y á hollar con celo fiel la muerte dura

Por librar su nación de la presura.

Hablando, pues así, del bravo cuello

Sus brazos enlazó mas amorosos,

Dándola para honor y eterno sello

Grados de distincion asaz honrosos.

Así, dice, se premia al sexô bello

Que dejando temores melindrosos,

Da egemplos de valor y bizarría

Por la patria salvar en su agonía.



---

---

LA IBERIADA.

---

---

CANTO OCTAVO.

ARGUMENTO.

---

*La batalla cruel ya decidida,  
Celebra Palafóx su triunfo y gloria,  
Y de Fama inmortal hoy precedida,  
Baja sobre Aragón la alma Victoria.  
Luego que su atención llama y convida,  
Refiere de Baylén la clara historia:  
Baja á Calpe tambien el gran Fernando  
A Castaños el fiel su esfuerzo dando.*

**E**n su carro de estrellas tachonado  
Ya Diana se vé con faz luciente  
Ir de una escasa luz vistiendo el prado  
Y del Ebro esmaltar la ancha corriente.  
El pérfido Francés al fin cansado  
De su duro penar, ya mas prudente,  
Huyó de la ciudad dejando en ella  
Un cadáver helado en cada huella.



Al punto Palafóx unió sus tropas,  
 Y con Gefes y nobles retirado,  
 Resonaban los brindis y las copas  
 En obsequio de un triunfo tan colmado.  
 Tiran al ayre sus teñidas ropas  
 En la sangre rival, y ya acabado  
 El convite marcial, con gran contento  
 Ocuparon despues todos su asiento.

Con grata suavidad y melodía  
 Comienzan á tañer sus instrumentos  
 Los diestros cantadores, que á porfía  
 Lanzaba cada cual dulces acentos.  
 Uno expresaba allí con armonía  
 Los gloriosos é ilustres vencimientos  
 Que alcanzó del Francés el pueblo hispano  
 En la márgen feráz del Garigliano.

Otro cantaba con templada lira  
 La conquista de Amiéns, otro la hazaña  
 Con que osada vengó su justa ira  
 En Francisco el Primer la invicta España,  
 Aquél con clara voz su gozo espira,  
 Refiriendo alcantar la dura saña  
 Con que el bravo Pescara y gran Colón  
 Abatieron de Francia la corona.



Este, templando un láud dulce y sonoro,  
 En letrilla marcial les repetía  
 La fuga de Condé con el desdoro  
 Que en sus tropas sufrió Fuenterrabía;  
 Mas el otro á su vez con todo el coro  
 Entonaba la toma de Pavía  
 Cantando luego aquél con tono alto  
 De la gran San-Quintín el fiero asalto.

Entre el dulce rumor de las canciones  
 Resonaban los vivas placenteros,  
 Dando el debido honor á las acciones  
 De tan altos caudillos y guerreros.  
 A este tiempo tambien por las naciones  
 Va girando velóz con pies ligeros  
 Y con trompa marcial la excelsa Fama  
 Que de todo mortal la atencion llama.

Por los valles, campiñas y collados  
 El templado clarin ya resonaba,  
 Alegando las selvas y los prados  
 Con los grandes sucesos que anunciaba.  
 Andando pues así, vé los nevados  
 Hombros del gran Pirene, que llegaba  
 Con su enhiesta cabeza de albo yelo  
 Al pavimento azul del alto cielo.



Allí las nubes lóbregas y oscuras  
 Tégenle en torno perennal corona,  
 Oyéndose bramar en sus alturas  
 El furioso huracán que allí aprisiona.  
 Allí en las rocas ásperas y duras  
 El granizo y la nieve se amontona,  
 Que entre hielos y fuentes plateadas,  
 Van formando despues recias cascadas.

Sobre la excelsa cumbre la alta fama  
 En sus alas y pies luego estribando,  
 Al pueblo de Aragón convoca y llama  
 Su canora trompeta resonando.  
 El gozoso concurso á gritos clama,  
 Tan alegres acentos escuchando,  
 ¿Qué es esto? ¿qué clarín es el que suena,  
 Que de tanto placer nos enagena?

Un suceso tan nuevo y peregrino  
 A la gente movió de tal manera,  
 Que hácia el campo voló luego sin tino  
 Por la causa indagar como debiera.  
 Alzando, pues, su faz hácia el divino  
 Eco de la deidad, la parda esfera  
 A abrirse comenzó sobre brillantes  
 Quicios de oro, y marfil, y albos diamantes.



Sus puertas de cristal así patentes,  
Vieron el alto Olimpo luminoso,  
Cuyas gruesas colunas relucientes  
Mostraban el rubí mas prodigioso.  
La esmeralda y topacio transparente  
Ornaban la pared y suelo hermoso,  
Donde estaban los dioses colocados  
En solios de zafír por ambos lados.

Alli Jove inmortal se distinguía,  
Bajo un rico dosél mas elevado,  
Presidiendo por sí tal compañía,  
De luceros y estrellas rodeado.  
En su faz celestial ya se advertia  
Tal ayre de bondad y dulce agrado,  
Que teniendo á Minerva á su derecha,  
Con festivo placer su cuello estrecha.

Arrobada miraba nuestra gente  
Tan extrañas y grandes maravillas,  
Cuando vieron moverse de repente  
Las excelsas deidades de sus sillas.  
En sus raptos de amor alegremente  
Estrechando sus brazos y megillas,  
A las puertas marchaban, entonando  
Una letra marcial de cuando en cuando.



Entre el coro armonioso y lisonjero  
Una bella deidad sobresalía  
Con trage mugeríl, rostro severo,  
Mezclado de placer y bizarría;  
En su diestra vibraba un blanco acero,  
Y una palma la izquierda sostenía;  
Adornando su sién, siempre gloriosa,  
Guirnalda de laurél, de mirto y rosa.

Sobre un grupo de escudos y armaduras,  
Que sirvieron de trono á su grandeza,  
Comienza á dividir las auras puras,  
Ornada de esplendor y gentileza.  
De la noche se ven las sombras duras  
Pavorosas huir; y su belleza  
Inflamando va al sol en luz rosada  
Que prepara festivo su jornada.

Mil blandos eefirillos la recrean  
Respirando contento y alegría,  
Y con soplo sutil mueven y ondean  
La veste y manto real que la cubría.  
Los placeres y juegos la recrean  
Con sus danzas y acorde melodía;  
Y los prados mezclando sus colores  
Tégenla alfombra de fragantes flores.

\*



La placiente natura su alborozo  
Comunica á la tierra desmayada;  
Las flores rompen su copado embozo  
Esparciendo fragancia delicada.  
Brinca el cordero, y con gentil retozo  
Busca la oveja de saltar cansada;  
Y erguido el ruiseñor dulce y sonoro,  
Forma con el canario alegre coro.

Nueva esmeralda al campo reverdece;  
Nuevas flores los troncos hermocean;  
Y el pomífero vaso al punto crece  
Con las almas que en él luego se crean.  
Ya el fruto en su sazón allí aparece,  
Y en las ramas las aves balancean,  
Que sus picos graciosos enlazando,  
Su cercano placer van anunciando.

Con auriverdes colas escamosas  
Rompen las crespas ondas los Tritones  
Tras las bellas Nereydas, que graciosas  
Brincan sobre las olas y turbiones.  
Melíferas abejas ya oficiosas  
Tan solo á deponer los ricos dones  
Que Hymeto les prestó, vuelan cargadas,  
Y en las alas del céfiro apoyadas.



¿Qué es esto? dime ¡ó Musa! ¿quién excita  
Tan festivo placer, tanto contento?  
¿Quién es esta deidad que al alma incita  
Y mueve á contemplar tan gran portento?  
Mas ya escucho el clarín: la Fama grita  
Con un eco marcial y dulce acento;  
Victoria baja á vós; oíd mortales  
Sus consuelos y voces celestiales.

Desde el monte escarpado y cima umbrosa  
Dando un vuelo fugaz y repentino,  
La Fama con placer á la gran diosa  
Conduciéndola fué todo el camino.  
Sobre el alto Torrero al fin reposa;  
Y el pueblo aragonés luego previno  
Su debida atencion, cuando escuchaba  
A la excelsa deidad que así le hablaba.

No canteis esta vez, gefes osados,  
Del antiguo Español esas victorias,  
Cuando acabais de ser hoy coronados  
De mas alto laurel y nuevas glorias.  
De los héroes valientes y esforzados  
Las hazañas cantad harto notorias;  
Que á su brazo inmortal queda abatida  
La arrogancia feroz del homicida.



Cantad, coro inmortal, cantad sin pena,  
 La diosa sin cesar les repetía;  
 Cantad la libertad, y la cadena  
 Que el hispano rompió con osadía.  
 Cantad luego el valor, que al orbe llena  
 De justa admiracion y de alegría,  
 De esas gentes y pueblos Cato-Alanos  
 Y el de aquellos invictos Edetanos.

En sus campos de honor al fin se miran  
 Ya batidas las águilas francesas,  
 Y entre el crudo veneno que respiran  
 Reducidas sus huestes á pavesas:  
 Fugitivas allí, ya se retiran  
 Por los montes, campiñas y dehesas,  
 Temiendo al Catalán y Valenciano  
 Que su fuerza arrolló con dura mano.

Cantad con dulce metro finalmente  
 La amable libertad restituida  
 Al osado Andalucía, que aun mas valiente  
 Su yugo sacudió con mano erguida.  
 Hoy Castaños el fiel su clara frente  
 De un eterno laurel lleva ceñida:  
 El triunfo celebrad mas encumbrado  
 Que en mi templo inmortal se ha colocado.



Luego que la deidad el nombre honroso  
 De tan alto varon ha proferido,  
 De la Fama el clarin mas sonroso  
 Por el valle despues lo ha repetido;  
 Éco lo renovó, y el Ebro undoso  
 A las Ninfas tambien lo ha conducido;  
 Y todos á una voz grata y festiva  
 Gritaban con placer: "Castaños viva."

Este nombre eternal, dijo la diosa,  
 Cuando el dulce rumor hubo cesado,  
 Es la piedra angular mas prodigiosa  
 Do vuestra libertad se ha cimentado.  
 Ni la envidia mordáz con fáz rabiosa,  
 Ni el sangriento rigor del duro hado,  
 Por mas que aspirarán á hollar su suerte,  
 Nunca podrán vencer su brazo fuerte.

Su constante virtud será el escudo  
 Do se rompa el furor, que el negro abismo  
 Sañoso lanzará del seno crudo  
 Contra su celo fiel, su patriotismo.  
 Jamás hombre mortal hallarse pudo  
 De constancia mayor y alto heroismo;  
 Que abatiendo al Francés y su arrogancia,  
 La Fortuna hollará con su inconstancia.



Su pecho nunca infiel, su dulce trato,  
Su prudencia y piedad, su mansedumbre,  
Y su grande valor es el retrato  
Que la Fama elevó sobre su cumbre.  
De nada servirá que el hado ingrato  
Lo intente despeñar con pesadumbre;  
Que orlado del honor lo guarda el cielo  
Del bravo militar por fiel modelo.

Sobre mi sacro altar su augusto nombre  
En el bronce eternal hoy he grabado,  
Poniendo una inscripcion que al mundo asombre  
Cuando llegue á mirar su triunfo al lado.  
La historia y el blasón de tan gran hombre  
Ornará á la nacion que ha libertado:  
La Fama la copió; mas yo he querido  
Trasladarla tambien á vuestro oído.

Dijo, y luego sacó del almo seno  
Un libro de marfil, todo engastado  
De granate y rubí, de perlas lleno  
Sobre el oro mas puro y acendrado;  
Y volviendo su faz al prado ameno,  
Donde el pueblo se vé ya colocado,  
Con alta y clara voz que se entendiera  
El volumen leyó de esta manera.



Invadida la córte de la España  
 Se hallaba con dolor por el engaño  
 Del pérfido Murat, que entre su saña  
 Trazaba á la nacion su negro daño.  
 Con inmenso poder y fuerza extraña  
 La ocupaba tal vez cerca de un año;  
 Cuando por dar ya fin al vil intento,  
 Sobre el Betis pensó fijar su asiento.

En el mar proceloso de Eritrea  
 Una escuadra á este fin se sostenía,  
 Que cargada de gente de pelea  
 Con el griego caballo competía:  
 El tiempo y la ocasion dieron idea  
 De su astuta codicia y tiranía,  
 Cuando roto ya el velo el dos de mayo,  
 De ellas hizo el infiel horrible ensayo.

Combinado ya el plan de su malicia  
 Nombró por General de esta jornada  
 Al astuto Dupónt, cuya pericia  
 Era en todo pais bien celebrada.  
 Con lisonja faláz luego le oficia  
 Haciéndole saber que en la arriesgada  
 Empresa que ha de ver, tan solo fia  
 El grande Emperador en su osadía.



Recibido el papel el Gefe vano  
Que se hallaba de allí poco distante,  
Lleno de presuncion y orgullo insano  
A la córte voló luego al instante.  
Con agrado cortés se fué al tirano,  
Y ostentando pudor en su semblante,  
Las gracias le rindió con bizarría  
Por la grande merced que aqui le hacia.

Con estruendo marcial ya desfilaban  
Las huestes del francés siempre ominosas,  
Y al son del atambor todas marchaban  
De sangrientos combates deseosas.  
La trompa y el clarin ya resonaban  
Por los montes y peñas escabrosas,  
Y dada al General la fuerza y mando  
Las marchas á su voz van redoblando.

El valiente andalúz hasta este punto  
En la fina amistad aun confiado,  
Ignoraba tal vez todo el asunto  
Que trataba el rivál disimulado.  
El contrario escuadrón ya todo junto,  
En la márgen del Bétis fue acampado,  
Que apacible y fugáz en su corriente,  
Retrataba la paz de su alma frente.



Al regazo de Tétis se lanzaba  
 Con semblante festivo y cariñoso,  
 Cuando el albo cristal do se miraba  
 Un caso le mostró bien lastimoso:  
 Vió en él á una muger que ya exhalaba  
 Su espíritu infeliz y asaz penoso,  
 Y llena de dolor y de tristeza  
 Marchitaba por puntos su belleza.

Sobre su blanca faz amortiguada  
 Una rubia madeja descendía,  
 Que al ayre desenvuelta y desgredada,  
 Su pecho de marfil tambien cubría.  
 Con un negro sayal toda enlutada,  
 Mostraba su penar y su agonía;  
 Y torciendo sus manos fieramente,  
 Dijo con un suspiro lo siguiente:

¡Por qué ledo y velóz ya vas corriendo  
 Sin querer escuchar mi tierno llanto,  
 Cuando el mismo peligro, á lo que entiendo,  
 Amenaza á los dos en tal quebranto?  
 Híspalis infeliz soy, que á un horrendo  
 Sacrificio entregada, tú entre tanto  
 Sobre el lecho y molléz de tus arenas  
 Descansas sin sentir mis duras penas.

\*



Sabe que el galo fiero y ambicioso  
Que en tu misma heredad has hospedado  
Con fingida amistad quiere mañoso  
Nuestro cuello mirar encadenado.  
Del soñado laurél hoy deseoso,  
Nuestro yugo cruel ha decretado;  
Tú mira si será tal vez cordura  
En silencio sufrir tanta amargura.

Aquí Spalia dió fin, y entre sus brazos  
En sus ansias cayó ya desmayada,  
Y el luciente cristal hecho pedazos,  
La sombra se sumió sin ser hallada.  
Bétis por el temor de aquestos lazos  
Y dura esclavitud, con faz turbada  
Vertiendo de dolor tristes raudales,  
Lloró con la deidad tan crudos males.

Con pena tan cruel enfurecido,  
La cabeza sacó del hondo seno,  
Y espumando su boca, dió un gemido  
Semejante á la voz del recio trueno.  
Con el cabello azul todo esparcido,  
A lanzarse en el mar corrió sin freno,  
Despertando al pasar con grito fuerte  
A los pueblos tartesios de su suerte.



El horrendo clamor hirió el oído  
De la bética gente adormecida;  
Y osado cada cual con brazo erguido  
Solo trata salvar su propia vida.  
A las armas corrió todo el partido,  
Y al combate feroz apercebida  
La turba, discurrió por todas partes  
Tremolando en su ardór los estandartes.

Ciega con el furor, sobre la armada  
Los ímpetus primeros descargando,  
Dentro del mismo puerto y ensenada  
La guerra mas cruel se fue trabando:  
Pero su jarcia al fin ya destrozada,  
Las rendidas banderas arriando,  
A la furia cedió de los leones  
Que llenando de horror van sus legiones.

En confuso montón sin disciplina  
En la margen del Bétis se acamparon,  
Y al pie de una feráz y alta colina  
Las huestes del francés luego avistaron.  
En la mansa corriente cristalina  
Hay un puente robusto, que cortaron  
Los bisoños paisanos, defendiendo  
El paso á su rivál con fuego horrendo.



Sobre esta posición ya sostenidos,  
La guerra se encendió de una tal suerte,  
Que los fuertes contrarios repelidos,  
Ya luchaban tal vez con cruda muerte:  
Pero siendo después sustituidos  
Por un grueso escuadrón mas duro y fuerte,  
La cuadrilla inexperta y mal unida,  
A la fuga se dió toda aturdida.

Dueño del campo al fin el enemigo,  
En Córdoba cayó como un torrente,  
Derramando el horror y atróz castigo  
Sobre el pueblo leal mas crudamente.  
De sus flacas murallas al abrigo  
La empresa meditó ya mas prudente;  
Y entre triste, medroso y fluctuante  
Se abstuvo de pasar mas adelante.

Mientras esto pasaba, el fiel Castaños  
En la falda de Calpe descansaba,  
Angustioso de ver los fieros daños  
Con que el duro rivál amenazaba.  
Combatido de tristes desengaños  
En su suerte futura meditaba,  
Y revolviendo allí su fantasía,  
A sus solas hablaba y se decia.



¡O insaciable ambicion! ¡con cuántos males  
 Afliges al mortal en esta vida!  
 ¡Qué desdichas, qué tragos tan fatales  
 Le repartes cruel y fementida!  
 ¡Hasta cuándo tus aras infernales  
 El hombre adorará con faz rendida,  
 Siendo esclavo infeliz bajo tu mano,  
 Y un verdugo feróz contra su hermano?

Por tí Sila se vió, fiero y sañoso,  
 La Italia penetrar á sangre y fuego:  
 Por tí Alejandro infiel y codicioso  
 Al Tebano domó y al Tracio y Griego:  
 El Romano por tí mas criminoso  
 Todo el orbe turbó con furor ciego;  
 Y la Europa por tí ya gime ahora  
 Con un monstruo infernal que la devora.

¡Y pretendes, tal vez, que en tu regazo  
 Yo mancille tambien mi fé sincéra?  
 ¡Quiéres que extienda yo mi honroso brazo  
 El incienso á poner sobre tu boguera?  
 Solicite, está bien, tu tierno abrazo  
 Un alma desleál y lisongera;  
 Pues el pecho leal y virtuoso  
 En su pura conciencia halla reposo.



No me intente perder ese valido  
 De fortuna la infiel brinco admirable;  
 Que amar de la virtud el fiel partido  
 Hace solo al mortal feliz y estable.  
 El vicio criminal queda en olvido  
 Si vuelve la deidad su faz mudable,  
 Dejándole no mas en su demencia,  
 Que el remorso cruel de su conciencia.

No me venga tampoco ese tirano,  
 Que á todos acedó sus tristes dias,  
 Con promesa faláz á hacerme ufano  
 Con soñadas ventajas y alegrías:  
 Que yo ante su poder y orgullo vano  
 Recuso desde hoy las glorias mias;  
 Y mi pecho leal cierro á la alteza  
 Por no abrirlo jamás á una vileza.

Reciba el desleal ó el ambicioso  
 De su mano cruel altos honores;  
 Porque pueda calcar de virtuoso  
 La sincera verdad en sus horrores:  
 De su infame pasion forme un coloso  
 Cercado en su altivéz de resplandores,  
 Donde el vulgo humillado y trepidante  
 Precisado á le honrar, sus glorias cante.



¡Qué sacaré de aquí? ¡triste memoria!  
 Sobresaltos, desayres y esquiveces,  
 Con émulos sin fin, que de su gloria  
 Intenten humillar las altiveces.  
 Su perfidia servil será la escoria  
 Que el alma llenará de amargas heces,  
 Y en breve su esplendor y poder sumo  
 Disipados serán cual leve humo.

¡O clara fuentecilla! ¡ó monte! ¡ó rio!  
 ¡O dulce soledad del bosque umbroso!  
 Asilos de virtud contra el desvío  
 Y soberbio desdén del poderoso.  
 A vos me acojo ya, roto el navío  
 En un golfo tan fiero y proceloso:  
 Salvadme de este mar en que navego,  
 Y al puerto me llevád de ese sosiego.

Aquí reina el candor, renace el sábio  
 Y opone á la ambicion un fuerte muro:  
 Aquí bebe con paz y dulce labio  
 Del tranquilo placer el néctar puro.  
 Aquí de la lisonja y vil resabio  
 Del amigo traydor, vive seguro;  
 Y aquí mi corazon ve los consuelos  
 Que la corte no halló con sus desvelos.



Allá miro á la Aurora que lanzando  
Su manto de arrebol por los oteros,  
La falda de Zafír le van soplando  
Los blandos cefirillos lisonjeros.  
Las flores al nacer, alcatifando  
Andan con su matíz los sus senderos,  
Y el dulce ruiseñor al contemplarla,  
Sale del verde lecho á saludarla.

Aquí sentado al pie de esta fontana  
De natura contemplo la armonía,  
Y la mano constante y soberana  
Que tanta variedad mantiene y cria;  
Y hollando el corazon la gloria insana  
Con que el mundo doró su tiranía,  
De la austera verdad oye lecciones  
Que el mundano no escucha en sus pasiones.

Orden, me dice, y ley siempre inmutable  
Guardan todos los seres que estás viendo,  
Y con ella la mano inexcrutable  
De la eterna deidad los va rigiendo:  
Ella gobierna al cefirillo afable  
Como al Euro que brama con estruendo;  
Y ella liga ó desata sabiamente  
Al gusanillo vil, y al Rey potente.



Honrar á esta deidad con fe sincéra  
Y el bien universal de sus hermanos,  
Es la lumbre cternal y ley primera  
Que ella quiso grabar en los humanos.  
Dichoso aquel mortal que considera  
Sus decretos y juicios soberanos,  
E injusto y criminal jamás procura  
Turbar la paz del hombre y su ventura.

Que firme en su deber, no es dominado  
De la negra pasion de la codicia:  
De ese interese vil, que apoderado  
Aun del alma leal, su razon vicia;  
Porque entonces infiel y encenagado  
En el charco soéz de su malicia,  
Con pie sucio y brutal, troncha y quebranta  
De fragante virtud la hermosa planta.

Revolcado el mortal en este cieno,  
Bebe tan solo en él triste amargura,  
Y huye del corazon manso y sereno  
La paz consoladora y la dulzura:  
Solo gusta el placer el pecho ageno  
Del crimen opresor; y al alma pura  
Comunica no mas dulce ambrosía  
La fuente perennal de la alegría.

\*



En las hondas mazmorras tenebrosas  
Del pobre ó infeliz triste morada,  
Vierte sobre el mortal horas dichosas  
Una conciencia fiel, y no manchada.  
Mientras tristes memorias criminosas  
No remuerdan á el alma tribulada,  
Nada importa que oprima al miserable  
La Fortuna cruel siempre mudable.

Su sabio corazon nunca abatido,  
No exîgirá piedad del altanero;  
Ni buscará cuartel envilecido  
En la injusta merced del lisonjero.  
Opreso, calumniado y perseguido,  
Será siempre feliz, como primero,  
Cercado de placer y de alegría,  
Si á la augusta virtud tiene por guía.

Sobre basa tan firme sustentado,  
Con pecho siempre igual ya considera  
Cuán pródigo reparte el justo hado  
Al hombre el bien ó el mal en su carrera.  
Ya lo lleva á su fin por un gran prado  
Tapizado de flores por do quiera;  
O ya por lo librar de su ruína,  
Por veredas de abrojos lo encamina.



Así el sabio Castaños discurría  
De un presagio cruel atormentado;  
Que el triste corazón le descubría  
Un futuro fatal en tal estado:  
En esta situación se proponía  
No sucumbir jamás, ni ver manchado  
Aquel nombre inmortal que en este suelo  
Las semillas plantó de su consuelo.

A la sombra de un roble, que movido  
Era de un cefirillo blandamente,  
En un dulce sopór quedó dormido  
Al manso murmurar de una corriente.  
De angustioso penar ya combatido,  
Velaba en su aficción sola su mente;  
Cuando de clara luz todo cercado,  
Un insigne varón miró á su lado

Adornada su sien y honrosa frente  
De corona imperial resplandecía,  
Con manto de brocado que pendiente  
Desde el hombro al talon le descendía.  
En su mano siniestra un reluciente  
Y áureo cetro de Rey también tenía  
Empuñando su diestra una ancha espada  
Que en el Árabe infiel fuera templada.



Llegando al General, que ya observaba  
 Tan augusta vision dentro del sueño,  
 Con un tono marcial así le hablaba  
 Entre agradable faz y blando ceño:  
 El cielo ¡ó fiel varon! que atento acaba  
 De ver hoy tu intencion, mas halagüeño,  
 Queriendo ya librar la patria mia,  
 De su templo inmortal á tí me envia.

Soy Fernando Tercero, cuya vida  
 De laureles y triunfos coronada,  
 Goza la honra eternál solo debida  
 A la excelsa virtud firme y probada:  
 Que el alma criminal ya corrompida  
 Su nombre acabará con la jornada,  
 Y sola la virtud, cual fiel lucerna  
 Es la que brillará con luz eterna.

El olvido fatal nunca ha podido  
 La memoria borrar del virtuoso;  
 Pues cual verde laurél se ha sostenido  
 Contra el tiempo voráz siempre frondoso.  
 No abandones jamás su fiel partido,  
 Y en tu empresa serás justo y dichoso;  
 Que ánima la virtud al brazo inerte,  
 Mientras que el vicio infiel abate al fuerte.



Un triste corazon que está cercado  
Del vicio criminal y sus horrores,  
De su mismo poder desconfiado  
No encuentra por do quier sino temores:  
Teme su vida infiel en tal estado;  
Teme del alto Dios justos rigores;  
Y teme á la segur y horrenda muerte  
Que dispone cruel su eterna suerte.

No así el justo se ve; pues apoyado  
Sobre el gran pedestal de su justicia,  
En el riesgo mayor vive fiado  
De una conciencia fiel y sin malicia.  
Viva ó muera infeliz, será ensalzado,  
Y á la Fama tendrá siempre propicia;  
Y elevando su faz al justo cielo,  
Mira el premio eternal de su desvelo.

La escuela de virtud solo ha formado  
En el suelo español bravos guerreros,  
Y este nombre inmortal hoy se ve hollado  
Solo por no seguir tales senderos:  
En el templo de Fama ella ha colgado  
Ornados de laurél los sus aceros;  
Y á ella sola debieron sus ensayos  
Los Alfonsos, Ramiros y Pelayos.



Separados sus hijos torpemente  
De un modelo tan fiel y alto camino,  
Confundidos se vén, con toda gente,  
Entre el fiero rigor de un vil destino:  
Mas el cielo que vé, ya mas clemente,  
Un egemplar en tí de un Gefe dino,  
Hoy hará pulular con tus anhelos  
La semilla inmortal de sus abuelos.

Tu constante valor en este dia  
Los daños vengará ya cometidos  
Por la negra traicion y tiranía  
De esos vanos guerreros atrevidos.  
Él hará renacer hoy la alegría  
En las gentes y pueblos ya vencidos  
Y enjugará tal vez el triste llanto  
Con que gime la Europa en su quebranto.

Él prudente abrirá nuevo cimiento  
A la hispana lealtad y al patriotismo,  
Y ese hinchado rivál duro y sangriento  
Hollado se verá con su heroismo.  
Por tí su gloria infiel y su ornamento  
Sepultados serán en hondo abismo,  
Y sus águilas fieras ya rendidas,  
Entré el polvo ha de ver hoy confundidas.



Por tu bravo poder serán quebrados  
Esos carros de horror, siempre triunfantes,  
Do los pueblos se ven ir maniatados  
Tras sus pasos soberbios y humillantes.  
A tu brazo inmortal son reservados  
Unos triunfos de honor tan relevantes;  
Y el hinchado Dupónt por vez primera  
Hoy se va á despeñar de su alta esfera.

Deja el sueño fatal, y en el momento  
Camina á desplegar tus estandartes;  
Que de sangre el rivál siempre sediento,  
Ya los suyos tremola en todas partes.  
Así acabó de hablar, y un nuevo aliento  
Inspirándole allí con tales artes,  
De la mano le traba, y le incorpora  
Huyendo la vision en esta hora.

Con tan fuerte mocion mas animado  
El bravo General, luego despierta,  
Y sus tropas á unir va de contado  
Confiado en la fiel y sacra oferta.  
Un lucido escuadrón presto ha ordenado,  
Que aunque es de gente al fin no muy experta,  
Armada del valor y la esperanza,  
Sigue al punto su voz sin mas tardanza.



El osado Reding, y el valeroso  
 Marqués de Coupigné llevan el mando  
 De la fuerte vanguardia, deseoso  
 Uno y otro de hallar al fiero bando:  
 Tercera division lleva el honroso  
 Jones el mariscal, y al fin quedando  
 De La-Peña á la voz la gran reserva,  
 Orden y sumision solo se observa.

Así el bravo escuadrón iba marchando  
 Al eco del clarin y los tambores,  
 Las honrosas banderas tremolando  
 Entre vivas sin fin y altos clamores.  
 De Andujar la ciudad luego avistando,  
 Los soldados allí, cual vencedores,  
 Las fuerzas y el valor ya despleaban,  
 Y las huestes contrarias divisaban.

El soberbio Dupónt mas orgulloso  
 Con el triunfo anterior que ha conseguido,  
 Su tropa hizo juntar, y vanidoso  
 Este breve discurso ha proferido:  
 Vuestro esfuerzo, soldados, prodigioso,  
 A quien ningun poder ha resistido,  
 Se apresura á llenaros hoy de gloria,  
 Declarando por vuestra la victoria.



Vuestro grande valor, vuestra pericia  
 Que catorce campañas decidieron,  
 ¿No triunfarán también de la estulticia  
 De esos que á provocaros hoy vinieron?  
 Ellos verán su fin, sin que noticia  
 Quede nunca jamás de lo que fueron:  
 A sus haces volad, fieles soldados,  
 Y veréislas huir por todos lados.

Aquí dió fin, y la trompeta horrenda  
 En las hondas cavernas retiñía;  
 Oyóla el Bétis y la atroz contienda  
 Temeroso de ver, atrás volvía:  
 Oyóla la montaña, y con tremenda  
 Y horrible convulsion se estremecía;  
 Oyóla en fin la madre trepidante,  
 Y al pecho estrecha el pavoroso infante.

El osado francés ya desplegaba  
 Una parte de fuerzas enemigas,  
 Que apoyada en los vados intentaba  
 Oponerse á Reding en sus fatigas:  
 Mas el gran campeón que despreciaba  
 Su orgulloso poder y sus intrigas,  
 Y cargaba en el rivál tan fuertemente,  
 Que comienza á ceder medrosamente.

\*



Por el fuerte temor que así le acosa  
 Entre el fiero destrozo y la ruína,  
 Buscando posición mas ventajosa  
 A los muros de Andujar se encamina:  
 Unida al gran Dupónt allí reposa,  
 Y este sabio adalid que ya exâmina  
 La pericia y valor del adversario,  
 Lo intenta combatir de un modo vario.

Un astuto Edecán bien elocuente  
 Llamó por realizar su infiel intento,  
 E instruido por él secretamente,  
 A Castaños mandó su parlamento:  
 La avanzada pasó con sesga frente,  
 Y al ver al General y campamento,  
 La faz se le turbó de la osadía  
 Que tuvo en acceder á tal porfía.

Llegando el oficial á su presencia  
 Con labio seductór y fraudulento,  
 A hablarle comenzó con la afluencia  
 Que la astucia prestóle al pensamiento.  
 Sabe ¡ó Gefe inmortal! que la experiencia  
 Que te ha dado, le dice, el ornamento  
 De sabio General, hoy me confía  
 De que será feliz la empresa mia.



Bien puedes conocer la fuerza y arte  
Del gran Emperador á quien servimos,  
Y que nadie jamás ha sido parte  
Para el nombre abatir que ya adquirimos.  
En la escuela feróz del crudo Marte  
Una suerte infeliz nunca tuvimos;  
Y tu esperanza al fin será ninguna  
Siéndonos siempre fiel la infiel Fortuna.

Nadie mejor que tú concebir puede  
La ventaja en poder que aquí os llevamos,  
Y tu gente bisoña es fuerza quede,  
Muy atrás en la lid que hora esperamos.  
El sangriento Dupónt que no concede  
A ninguno el favor con que os brindamos,  
No queriendo arruinar vuestra existencia  
Os convida esta vez con su clemencia.

No pierdas la ocasion, como prudente,  
De librar tu nacion de tantos males  
Con que este General, no muy paciente,  
Amenaza al rival en casos tales.  
Si examinas tus tropas sabiamente,  
A las nuestras las ves muy desiguales;  
Y gentes sin union ni disciplina,  
Que una vil ambicion las contamina.



¿Imaginas acaso que el valiente  
Y sabio General, á quien han dado  
De invencible el blason tan dignamente  
Por tu gente ha de ser hoy derrotado?  
¿Por aquesa bozal y flaca gente  
Que á tu mando y poder se ha confiado,  
Y que tropas en fin tan miserables  
Las filas romperán siempre espantables?

Si te resta algun tanto de cordura,  
Hoy debes renunciar tu vano empeño,  
Y prudente abrazar la gran ventura  
Con que el hado te brinda sin desdén:  
Huye ¡ó Gefe inmortal! la desventura  
Que te ofrece sinó con duro ceño,  
Y redime la sangre que inocente  
Hoy correr se verá como un torrente.

Aun cuando tu valor que el mundo admira,  
La victoria tal vez te dispensára,  
La paz é ilustracion porque suspira  
Tu valiente nacion, no disfrutára:  
No es triste esclavitud, si bien se mira,  
Esta dulce amistad que la prepara  
El gran Napoleon, que en sus auspicios  
El premio logrará de sus servicios.



Las ciencias, la labor, la policía,  
Con la sabia instruccion que asi la espera,  
Compensarla podrán con mejoría  
De esa su libertad tan lisonjera.  
La paz renacerá con la alegría  
Entre una sumision fiel y sincéra,  
Y el fruto cogerá, que la atróz guerra  
Del campo y del taller siempre destierra.

Felices siempre son y asáz dichosos  
Los dias de la paz, que en sus hogares  
Disfruta cada cual los deliciosos  
Encantos del placer, libre de azares,  
En que tantos mancebos virtuosos  
No se ven arrancar de entre sus lares,  
Donde guardan el bien y la riqueza  
Que próvida les dió naturaleza.

La guerra siempre infiel y destructora  
Priva al triste mortal de inmensos bienes;  
Y en su dura opresion natura llora,  
Cubiertas del horror sus claras sienes.  
Solo la dulce paz consoladora  
Que te brinda su amor hoy sin desdenes,  
Es la que hará feliz á un pueblo honrado,  
En brusca estupidéz ya sepultado.



Si aceptares tal vez, como lo espero,  
Las dichas de la paz, que hora te ofrece  
El gran Napoleon justo y sincero  
Con quien toda nacion hoy se ennoblece;  
El honroso Dupónt será el primero  
Que premie tu virtud cual se merece,  
Dándote liberal aquel empleo  
Mas conforme á tu honor y á tu deseo.

Esto el Gefe me manda que te diga  
Bajo palabra fiel y verdadera,  
Y esta es la comision que aqui me obliga  
A hablarte ¡ó General! de esta manera:  
Tu prudencia esta vez escoja y siga  
El partido mejor, ó el que mas quiera;  
Que tu respuesta, en fin, á él trasladada,  
Yo fielmente cumplí con mi embajada.

Callóse el oficial en este punto,  
Y el Gefe militar que lo escuchaba  
Con aspecto feróz y cejijunto,  
Y en ayre de desprecio lo miraba.  
Recorriendo despues todo el asunto  
Con que su fe leal ya provocaba;  
Vuelto luego hácia él con energía,  
Estas sabias razones le decia.



Dile á tu General que yo venero  
Su invencible poder y sus victorias:  
Que con necia altivéz tampoco quiero,  
Como piensa quizás, borrar sus glorias;  
Pero dile tambien que si altanero  
Hoy graba su blasón en las historias;  
Solo el fraude soéz de un vil tirano  
Es quien hizo triunfar su poder vano.

Si ese vil interés, que en las naciones  
Ha labrado el sepulcro á su grandeza,  
Hoy pretende comprar los corazones  
Que á su pecho nutrió la fiel nobleza;  
Muy erradas irán sus intenciones  
Si intentare escalar nuestra firmeza;  
Cuando el nombre español jamas ha sido  
Con tan negro borron oscurecido.

Muchos no faltarán, yo te confieso,  
Que pretendan tal vez verse ensalzados  
Por el corzo feróz, y asi por eso  
Vuestros grillos les son no tan pesados.  
Ellos está muy bien que en su embeleso  
Mil aplausos os dén como asombrados,  
Y que besen tambien vuestras cadenas  
Por el oro que brilla entre sus penas.



Mas yo que superior á su atractivo  
Desprecio su esplendor y su belleza:  
Yo, que á la vil codicia siempre esquivo,  
Mi pecho le mostré con entereza,  
Me burlo del honor con que expresivo  
Hoy me brinda Dupónt con tal largueza,  
Pues mi gloria mayor está cifrada  
Tan solo en redimir la patria amada.

Reine Napoleon en todo el mundo;  
Sobre él desplegue su poder insano;  
Que en silencio y dolor triste y profundo  
Yo nunca resistí su dura mano:  
Mas querer extender su brazo inmundo  
Por un engaño vil sobre inhumano  
A este pueblo leal y valeroso,  
No lo puede sufrir mi pecho honroso.

Prepare contra nós fieras legiones,  
Armelas en su ardór de sus corazas;  
Nunca podrá vencer los corazones  
Dispuestos á burlar todas sus trazas.  
Yo siempre le haré ver en mis acciones  
Que no temo jamás sus amenazas;  
Y en tanto que á mi voz tenga un soldado,  
Trataré de librar al suelo amado.



Ved aquí mi sentir, y la respuesta

Que al gefe llevarás que aquí te envia,

Haciéndole saber que á su propuesta

Hoy debo preferir la gloria mia:

Y si otra comision igual á esta

Intentas repetir, en aquel dia

Tu diligencia vil será premiada

Con el filo cruel de esta mi espada.

\*



---

---

# LA IBERIADA.

---

---

## CANTO NONO.

### ARGUMENTO.

---

*Ya Victoria hasta el fin va relatando  
De Andujar y Bailén la acción brillante:  
Queda preso en la lid el fiero bando,  
Y á Sevilla Castaños va triunfante.  
Nuestra gente en el Ebro se apoyando,  
La desune Discordia fulminante:  
Vuelve el duro rivál á Zaragoza,  
Y en sus firmes trincheras se destroza.*

**Y**a el Gefe daba fin á sus razones,  
Y el infiel seductor que las oía,  
Trepidante su voz y sus pulmones,  
Del bravo General se despedía.  
Ya entre fieras y tristes convulsiones  
Al soberbio Dupónt las proponía,  
Que irritado y feróz con un tal hecho,  
Vivo fuego lanzó del crudo pecho.

\*



A sus reales veloz luego corriendo  
Su orgulloso escuadrón allí ordenaba,  
Y del ronco clarín al son horrendo  
A la lucha cruel ya lo animaba.  
El hispano adalid, que oyó el estruendo,  
Su vista y corazón al cielo alzaba,  
Ofreciendo su triunfo al gran Fernando  
Si le hiciese vencer al fiero bando.

Con escudo tan fiel ya protegido,  
Luego al punto ordenó sus escuadrones,  
Y la trompa marcial con su sonido  
Animaba á la lid sus corazones.  
Al mando de su voz todos unidos,  
Ya esperan la señal como leones;  
Cuando el Gefe inmortal que los regia  
Este breve discurso les hacia.

Valerosos soldados, ya estais viendo  
De la patria infeliz la suerte airada,  
Y que un yugo cruel, duro y tremendo  
Asesta á su cerviz jamás hollada.  
Solo vuestro valor, á lo que entiendo,  
Hoy la podrá salvar en tal jornada,  
Redimiendo tambien de sus reveses  
Vuestras propias familias é intereses.



De vuestro brazo fiel solo depende  
 La amable libertad porque luchamos,  
 Y el renombre español, que el pecho enciende  
 Cuando nombre tan digno pronunciamos.  
 Si el inmenso poder con que hoy se extiende  
 Ese vano opresor no destrozamos,  
 Llorarémos despues con pesadumbre  
 Nuestra eterna deshonra y servidumbre.

Quien intenta salvar la triste vida  
 A trueque de sufrir su cautiverio,  
 A sí mismo es traydor, y á un homicida  
 Vende de su razon el alto imperio.  
 El español leal no se intimida  
 Si se trata salvar al suelo hesperio;  
 Y en prueba de mi honor y fe sincera  
 Hoy mi espada en la lid es la primera.

Asi dijo, y batiendo las ijadas  
 Del fogoso bridón, corrió ligero  
 Por las huestes y filas ordenadas,  
 Provocando el valor del mas guerrero.  
 Las banderas al fin ya tremoladas,  
 Resonaba el clarin por el otero,  
 Marchando su escuadrón al enemigo  
 Que de Andujar se vé puesto al abrigo.



En sus mismas trincheras atacado  
Por el bravo Español fue con tal brio,  
Que entre el fuego y horror ya sepultado  
Desmayaba su ardor y poderío.  
El obús y el cañon jamás cansado  
Encendiera esta vez el ayre frio  
Con las balas continuas y granadas  
Que lanzaban sus bocas inflamadas.

Bien en vano el francés ya temerario  
Intentaba oponerse á la osadía  
Del valiente andalúz que en el contrario  
Sus ultrajes vengar solo queria.  
Entre el crudo rigor mas sanguinario,  
Los horrisonos fuegos repetia  
Con tan fiero teson, que en el momento  
Levantaba el rivál el campamento.

Cual la liebre fugáz que perseguida  
Por los canes y diestros cazadores,  
En la mata feráz busca acogida  
Procurando escapar de sus rigores;  
Mas si la llega á ver toda encendida,  
Pretendiendo evadir tantos horrores,  
Huye luego velóz y da en las manos  
De otros perros tal vez mas inhumanos:



El tímido Dupónt no de otra suerte  
Intentando eludir el mal tremendo,  
A la fuga librar quiere su suerte  
Sus redobles y marchas repitiendo.  
Mas al paso salió la cruda muerte,  
Porque el bravo Reding luego acudiendo,  
Con su fuerte escuadrón se interponia  
Y al encuentro con él ya le salía.

En la márgen del Bétis caudaloso  
Un pequeño lugar háy situado  
Donde un claro raudál corre gracioso  
Entre quiebras y riscos despeñado.  
Su terreno escarpado y montuoso  
De un espeso olivar se ve plantado  
Que en los siglos será fiel monumento  
De la mas cruda lid y vencimiento.

A este sitio inmortal, que hoy es llamado  
Con nombre de Baylén, Reding llegaba,  
Y en las sierras y olivos apoyado,  
Su lucido escuadrón ya desplegaba:  
El valiente Dupónt asaz turbado  
Con la suerte infeliz que le esperaba,  
Ostentando poder y valentía  
A la lucha cruel se disponia.



Ya la aurora del día la alma frente  
De oro, lirios y rosas matizaba,  
Descubriendo su faz por el oriente,  
Que de espuma y carmin también bañaba:  
Ya de estrellas el techo reluciente  
El pabellón azul nos ocultaba,  
Y ahuyentando el horror de oscura noche,  
La luna esconde su argentado coche.

El nítido horizonte descubria,  
Entre rayos de luz hora halagado  
Su rostro de cristal, y el claro día  
Comenzaba á brillar por el collado;  
Cuando del gran Reding la compañía,  
Animada á la lid con pecho osado,  
Al eco del clarín, que horrendo grita,  
Sobre el bravo Francés se precipita.

El valiente rivál, ya sostenido  
Por su hinchada altivéz y su arrogancia,  
Avanzaba también mas atrevido,  
Sosteniendo su honor y el de la Francia.  
Luego por todo el real se vió encendido  
Un fuego tan voráz, que en cada estancia  
El campo abrasador ya no podía  
La sangre recibir que en él caía.



Rimbomba y brama el bronce tormentoso  
En las hondas cavernas resonando,  
Y el horrendo volcan va sin reposo,  
Entre el ronco sonido allí eructando:  
El alto risco duro y escabroso  
Los férreos globos luego rechazando,  
Sacude y bate las pesadas rocas,  
Al recio estruendo de las ígneas bocas.

El horrísono fuego en cada lado  
Con tal saña y furor se repetía,  
Que del humo y las balas impregnado  
Todo el ayre comun se oscurecía.  
Ya la espada feróz del cruel soldado  
Solo muerte y horror hoy repartía;  
Y en rabia su valor ya convertido,  
No se escucha esta vez sino el gemido.

De la guerra los dioses sanguinosos  
En confuso tropél parece andaban  
Atizando los pechos rencorosos,  
Que en sangriento furor ya se abrasaban.  
Ya las Furias con soplos venenosos  
Aun las almas mas tibias inflamaban,  
Y Discordia infernal en cada bando  
Iba nuevo rencor siempre aumentando.



Pues Belona feróz y el crudo Marte  
 Por las huestes rabiosas discurrían,  
 Y esforzando la lucha en cada parte,  
 El bravo corazón les encendían:  
 Con esto cada cual vierte y reparte  
 La llama del furor en que ya ardían,  
 Descargando cruel su brazo ingente  
 Sobre el duro rivál que ve á su frente.

La sanguinaria acción iba creciendo  
 Con tan fiera y atroz carnicería,  
 Que á tan duro rigor nadie cediendo,  
 El destrozo y horror también crecía.  
 La matanza cruel ya repitiendo,  
 La sangre por do quier allí corria  
 De los pechos sangrientos de tal modo,  
 Que inundaba el raudál el campo todo.

Por contrarios respetos dirigidos  
 Aumenta cada cual su atroz fiereza,  
 Y en su sangre infeliz ambos partidos  
 Nadan ya sin perder su gran firmeza.  
 Los pérfidos rivales son movidos  
 Por la negra ambición y la vileza;  
 Mas el bravo Español sostiene el duelo  
 Tan solo por salvar el patrio suelo.

\*



El osado Gobér fue la primera  
 Víctima de su ardor y valentía,  
 Que estorbando á Reding en su carrera,  
 Del Menjibar las barcas defendia:  
 Mas pagó su teson y saña fiera  
 Sirviéndole el raudál de tumba fria;  
 Que de una bala atroz ya traspasado,  
 En su arena quedó yerto y helado.

Una nueva tan triste y lastimosa  
 Provocaba al francés á la venganza,  
 Y ya en rabia cruel y sanguinosa  
 Convertido el ardor, su gente avanza;  
 Mas el gran Coupigní que no reposa  
 Causando acá y allá cruda matanza,  
 Concentrando su fuerza en tanto apuro,  
 Pónle en cada español un fuerte muro.

Al invicto Venegas destacando  
 Con su tropa valiente y atrevida,  
 Este bravo adalid iba mostrando  
 El honroso volcán que el pecho anida.  
 Al espeso escuadrón luego cargando,  
 Cual centella fugáz toda encendida,  
 Las columnas enteras arrollaba  
 Con el fuego voráz que allí lanzaba.



Sobre nubes de polvo levantados  
Los desangrados brazos sacudian,  
Y en fuego, sangre y humo sepultados  
La dulce libertad hoy defendían:  
Saltan los cráneos del sudor bañados,  
Los destrozados sesos les seguían;  
Y por montes de troncos ya tendidos  
Descargaban su furia en los bandidos.

Jácome allí también á la cabeza  
De otro cuerpo inmortal, los golpes fieros  
Acude á resistir, y la braveza  
De los fuertes y horribles corazeros.  
Mezclados entre sí con tal viveza  
Descargaban sus fuegos los guerreros,  
Que al estruendo horroroso de su saña  
Se estremece gimiendo la montaña.

En polvoso turbión todos cerrando  
Se desprenden mil brazos homicidas,  
Y por el rojo campo van saltando  
Las feroces cabezas esparcidas.  
Con la sangre cruel aun palpitando  
Vuelan las manos de matar rendidas,  
Sin la espada soltar, que ya desnuda  
Muchas veces vengó su saña cruda.



Pues los bravos lanceros rechazando  
El ímpetu feróz de la guadaña,  
Con sus astas tambien van renovando  
El espanto y horror de la campaña.  
Sus agudos aceros enristrando  
Con enorme poder y astuta maña,  
En cada encuentro de su atróz cuchilla  
Alzan muerto á un Francés de entre la silla.

El valiente Cherif que los comanda,  
Sin la parca temer, ni el rigor duro,  
Con herida mortal, en la demanda  
Su puesto mantener se ve seguro;  
Mas la muerte fatal, que ya le anda  
Cubriéndole la faz de un velo oscuro,  
En tierra dió con él, entre el tormento  
Que le causó su ardor y atrevimiento.

Entre tanto que aquí se representa  
Escena tan cruel y dolorida,  
Con firmeza mayor la lid sustenta  
El invencible Cruz y su partida.  
Cual furioso huracán de una tormenta,  
Que todo es destruccion en su corrida,  
Así su gente audáz é impetuosa  
Al infiel escuadrón hiere y acosa.



Las descargas y fuegos acertados  
Con tan duro rencor ya repetian,  
Que miraban caer á todos lados  
Las columnas primeras que embestian;  
Mas los fieros rivales porfiados  
Su constancia y tesón jamás perdian;  
Que entre el crudo rigor que los combate,  
Su orgullosa cerviz ninguno abate.

Con sus sombras de horror el negro abismo  
No pintára un pais hoy tan horrible  
Cual dibujó el valor y el heroismo  
De uno y otro rivál siempre invencible;  
Que se vió reunir á un tiempo mismo  
Todo lo mas cruel, duro y terrible  
De la suerte fatal y crudos males  
Con que aflige la Parca á los mortales.

Entre el humo y volcán del bronce horrendo  
Retumbaba la bala y la granada,  
Y la dorada miés se mira ardiendo  
De la sangre feróz toda bañada.  
Con rayo abrasador Apolo hiriendo,  
Presentaba su faz ensangrentada;  
Y entre el polvo y sudor y sangre fria  
La guadaña infernal nunca cedia.



El combate cruel jamás cesaba,  
 Y Febo en su pavor ya tremulante,  
 A su altura y Cenit hora llegaba,  
 Y huyendo tal furor, marcha adelante.  
 Su puesto cada cual nunca dejaba  
 Resistiendo tenáz como un diamante;  
 Y en su fiero rigor y rabia mucha  
 Indecisa se ve la fuerte lucha.

El invicto Castaños sustentando  
 La amable libertad por que pelea,  
 Por las filas veloz iba cruzando  
 Esforzando el valor del que flaquea.  
 Ya á su gente el vigor iba faltando,  
 Y el triunfo hácia el rivál se balancea;  
 Cuando el gefe inmortal ardiendo en ira  
 Nuevo brio y ardor así la inspira.

Valerosos soldados, les decia  
 Apretando la espada entre su mano,  
 Solo vuestro teson y bizarría  
 El yugo romperá de este tirano:  
 Vuestro esfuerzo mostrad, que este es el dia  
 De salvar la nacion y al Soberano,  
 Y coger el laurél que ya os presenta  
 La dulce libertad entre su afrenta,



Diez horas en la acción ya se contaban,  
 Y sus tropas aquí siempre feroces,  
 Los brazos con furor mas descargaban  
 Nuevamente al oír tan fuertes voces.  
 A las filas contrarias se arrojaban,  
 Lanzando en ellas golpes tan atroces,  
 Que aquejadas del hambre y sed ardiente,  
 Ya no pueden sufrir tan gran torrente.

Con tan crudo rigor mas abatidas,  
 Comienzan á ceder al duro hado  
 Las robustas legiones foragidas  
 Que á Marengo y á Jena han aterrado:  
 Por el campo marcial allí esparcidas,  
 El destino por fin ha pronunciado  
 Su decreto fatal, y entre su saña  
 El triunfo declaró ya por la España.

De un presagio cruel atormentado  
 El soberbio Dupónt, así yacía  
 A la sombra de un árbol recostado,  
 Que cercado de horror se estremecía.  
 Parecíale ver junto á su lado  
 Al Gefe vencedor, y que blandía,  
 Agitado de rabia y de despecho,  
 El acero feróz sobre su pecho.



De pena tan atróz ya combatido,  
 Meditaba tambien en los rigores  
 Del fiero Emperador, que enfurecido  
 Lanzaba contra él duros rencores.  
 De su nombre inmortal mira abatido  
 Su adquirido esplendór, y estos horrores  
 Le causaban allí tales tormentos,  
 Que profiere aquejado estos acentos.

¿Con que al fin me abandonas inconstante  
 ¡O fortuna voluble! en esta hora?  
 ¿De qué me sirve tu favor brillante,  
 Y esa mano feliz mi protectora?  
 ¿Has olvidado ya por un instante  
 Que con ronco timbal, trompa sonora  
 Mis votos te ofrecí, y en tus altares  
 Los trofeos colgué siempre á millares?

¿Y ya en la tierra ingrata que ha regado  
 Con su honroso sudor, yace rendido  
 El bravo campeón que de tu agrado  
 Era un tiempo el mortal mas distinguido?  
 ¿Los héroes qué dirán al verme hollado  
 Por un pueblo bozal, y sumergido  
 En brusca estupidez y abatimiento,  
 Que hoy me roba el laurél en un momento?



¡O cuánto es mi dolor! ¡cuánta mi pena!  
 Cuando llego á pensar que en este risco,  
 Rota del todo su fatal cadena,  
 Alce el vano español un obelisco!  
 Aquí, dirán, el vencedor de Jena  
 Como manso cordero en el aprisco  
 Humilló la cerviz, y sus soldados  
 De un oprobio eternal, yacen marcados.

Así el bravo adalid, hora gimiendo,  
 La mejilla en su mano reclinada,  
 Sus ojos un raudál iban vertiendo  
 Por la sudosa faz ya desmayada;  
 Cuando el ronco clarin estaba oyendo  
 Y del triunfo la voz, que rechazada  
 Por las cóncavas peñas, que batía:  
 "Viva España: victoria, repetía."

Temeroso, confuso y trepidante  
 Se incorpora otra vez, su vista tiende;  
 Y vé su tropa tímida y errante  
 Que huyendo en dispersion, toda se extiende;  
 Aquí abate su pecho palpitante,  
 Y á vista del rivál ya se suspende,  
 Rindiendo al vencedor en este estado  
 Su espada y su poder nunca humillado.

\*



Entre flautas, clarines y atambores  
 Las tropas del Francés van desfilando,  
 Y á los claros é ilustres vencedores  
 Las rendidas banderas entregando;  
 Cuando el fuerte Vedél, que á los clamores  
 Y avisos de Dupónt viene marchando,  
 Del combate al lugar ya se acercaba,  
 Y los fieros destrozos avistaba.

Cercado de temor va caminando  
 Por montones de muertos y de heridos,  
 Que aun las piernas y manos levantando,  
 Prorumpen sin cesar tristes gemidos.  
 Entre lagos de sangre ve nadando  
 Troncos, cabezas, brazos divididos,  
 Y este cuadro de horror tan inhumano  
 Apagó al corazón su fuego insano.

Luego manda avanzar á sus legiones,  
 Que del miedo y terror ya desmayadas,  
 No osaban resistir los campeones  
 Que las llevan vencidas y arrolladas.  
 El combate encendió los corazones  
 De las hispanas tropas, que irritadas,  
 Sobre el triste Dupónt iban cargando,  
 Con la muerte y cuchillo amenazando.



El gefe que en su horror ya contemplaba  
La guadaña cruel y suerte fiera,  
Al osado Vedél luego mandaba  
Que su grande legion rendida fuera.  
Cumpliendo el General lo que ordenaba,  
Rindióse á discrecion, y prisionera  
Quedó la division que en tantos años  
Preparaba el laurél al gran Castaños.

La bética campiña resonaba  
Con el dulce clamor de la alegría,  
Y Éco que entre la roca lo escuchaba  
Lo reitera despues con melodía:  
El esmaltado valle lo anunciaba,  
Y la selva tambien lo repetia;  
Y corriendo de Hesperia los confines  
Lo renuevan los trompas y clarines.

Entre el ruido marcial y el aparato  
Ya marchaba la ilustre comitiva  
Del triunfante adalid, que por ornato  
A una y otra legion lleva cautiva:  
La pródiga natura en su conato  
Nunca tan grata fué ni tan festiva,  
Desplegando al pasar los vencedores  
Ricos tapetes de fragantes flores.



El sonoro canario y filomena  
 Hieren con dulce acento los oídos,  
 Y en la grata canción que allí resuena,  
 Salen á saludarlos de sus nidos:  
 Saltando el corderillo por la arena  
 Repite alegre plácidos balidos;  
 Y el cristalino arroyo y clara fuente  
 Alzan á honrarlos su argentada frente.

De esta suerte divisan las almenas  
 Do la bella Alcidonia residia,  
 Que al verse libre de sus duras penas  
 Sus brillantes adornos ya vestía.  
 De tierna gratitud las gentes llenas,  
 Mil canciones entonan á porfía,  
 Y el bélico cañon con las campanas  
 Publicaban sus glorias soberanas.

Pues las ninfas del Bétis codiciosas  
 De honrar al General como debian,  
 De Minerva al pensil vuelan ansiosas,  
 Y de verde laurél su falda henchian:  
 Enlazando con él fragantes rosas  
 Una fresca guirnalda le tegian,  
 Ornando de esplendor sus claras sienes  
 Entre vivas y gratos parabienes.



Así el fiel campeon marcha triunfante  
Llevando por señal del vencimiento  
Maniatado al Terror, que fulminante  
Muerde sus carnes con furor sangriento.  
Por mas alto blason lleva delante  
La turba infiel del héroe fraudulento,  
Arrastrando entre grillos y eslabones,  
Yelmos, corazas, armas y pendones.

Ante el sagrado altar del gran Fernando  
El bravo vencedor se dirigia,  
Sobre su augusta sién ya colocando  
La corona de honor que conducia.  
Su triunfo y su laurél le consagrando,  
Por memoria eternal de aqueste dia  
Sus trofeos colgó del almo templo  
Dando de gratitud un sabio egemplo.

Esta es la clara accion, dijo la diosa,  
El libro divinal aquí cerrando,  
Que ornó del Español la frente honrosa,  
Su brillante memoria eternizando.  
Ella fue quien domó la jactanciosa  
Y orgullosa cerviz del infiel bando,  
Derrocando el poder de aquesa gente  
Del pequeño Baylén en el vertiente.



Allí en los montes, valles y llanuras  
El valiente Andalucía ha destruido  
Ese yugo cruel y esposas duras  
Que forjaba el Francés desvanecido.  
Derrotadas sus huestes y armaduras,  
El soberbio adalid yace rendido,  
Con muerte de tres mil de sus guerreros,  
Quedando veinte mil ya prisioneros.

Allí fueron vencidas las legiones  
Que domaron tal vez al mundo entero,  
Y arrollados por fin los escuadrones  
Del déspota cruel, aleve y fiero.  
Sus bagajes, sus carros, municiones,  
Su bravo General siempre altanero,  
Y el orgullo y poder de toda Francia  
Rindióse al Español y á su constancia.

Acabando de hablar razones tales  
La bélica deidad, luego se oyeron  
Gratos coros y voces celestiales  
Que con dulces canciones la aplaudieron.  
De dorado fulgór claros raudales  
En un grupo de luz ya la envolvieron,  
Alzándola de allí siempre apoyada  
En nube de zafír aurirosada.



Entre el dulce placer y arrobamiento  
 Que al pueblo aragonés hora ocupaba,  
 Sonaba sin cesar el grato acento  
 De la trompa marcial que lo aumentaba.  
 La campana y timbál con el violento  
 Con placiente fragór lo acompañaba,  
 Conque huyendo velóz el enemigo,  
 El espanto y terror lleva consigo.

La Fama su clarín en este instante  
 Por los campos y pueblos resonando,  
 Une al fuerte escuadrón claro y triunfante,  
 Y á la hispana nación va convocando.  
 El bravo Palafóx siempre constante  
 Las fuerzas de Aragón ya concertando,  
 Marcha contra el rivál, y todos juntos  
 Ocuparon el Ebro en varios puntos.

Pero Marte feróz, que ya miraba  
 Su horrible destruccion á este momento,  
 A la Discordia infiel así exclamaba,  
 En su negro furor y su tormento:  
 ¡O precursora fiel! ¡conque se acaba  
 Todo recurso, en fin, á mi ardimiento  
 Para vencer los dos esa osadía  
 De esta gente que así nos desafía?



A mi cargo tomé por tí esta lucha,  
 Y al mirarme por tí tan abatido,  
 ¿Tu implacable rigor siquiera escucha  
 Hoy de Marte infeliz tanto gemido?  
 ¿De qué sirve esta vez tu fuerza mucha  
 Si al constante Español, tan engreido  
 Con sus triunfos y honor, ya no deshaces,  
 Y consigues romper sus duras haces?

Tu ponzoña cruel tan solo puede  
 Mi fama restaurar y mi grandeza,  
 Ya que un medio capaz hoy no nos quede  
 Para poder rendir su atroz braveza.  
 Esa tu mano infiel el lazo enrede,  
 Y deshaga su union y su entereza:  
 ¿Qué te detienes? marcha sin tardanza,  
 Y rompe de una vez esta alianza.

Apenas escuchó tales razones  
 Del humano linage la enemiga,  
 Agitada de horribles convulsiones  
 El pecho en su temblor mueve y fatiga:  
 Ella frustradas vé sus intenciones,  
 Y esta idea fatal así la instiga,  
 Que lanzando furor y saña ardiente,  
 Muerde sus carnes con rabioso diente.



Su serpentina crin ya sacudiendo  
 Entre el fiero rencor que aquí la agita,  
 De allí se parte con semblante horrendo  
 Y á la infernal region se precipita:  
 El tártaro tembló con ronco estruendo,  
 Y la turba feróz que en él habita  
 Con trémulo pavor huye medrosa  
 A la triste mansion mas tenebrosa.

En su ceño cruel tendió la vista,  
 Y la oscura caverna meneando,  
 Sin que á su horrible voz nadie resista  
 Los tartáreos ministros fue juntando:  
 Sobre el fiero escuadrón pasó revista,  
 Y á la negra *Perfidia* separando,  
 Siguióle la *Ambicion*, como asimismo  
 La triste *Emulacion* y el *Egoismo*.

Cuando juntos allí los está viendo,  
 Tal gemido lanzó con su amargura,  
 Que en las grutas de horror ya retiñendo,  
 Del espanto gimió la cárcel dura;  
 Y su vista feróz luego volviendo  
 Por aquella region triste y oscura,  
 Fijos en ellos sus sangrientos ojos,  
 Así comienza á hablar en sus enojos.

\*



¿Hasta cuándo, ministros infernales  
 Osareis el sufrir con pecho frío  
 Tantos horrendos y funestos males  
 Que insultan esta vez el poder mio?  
 ¿Vos, que el azote sois de los mortales,  
 Serenos mirareis el desvarío  
 De esta gente soberbia y orgullosa  
 Que así burla el rigor de vuestra diosa?

Si mi rabia cruel y dura saña  
 Con su fuerza y union ha despreciado,  
 Hoy por vuestro poder y astuta maña  
 Mi intento miraré tal vez logrado:  
 Todos marchemos ya, y en la campaña  
 El veneno lanzemos, que guardado  
 En nuestro pecho está, porque con esto  
 Verá su destruccion quizás bien presto.

Dijo, y la puerta del horror abriendo,  
 Una nube montó, que tenebrosa  
 En pálido alquitrán y azufre ardiendo  
 Surca la esfera con la horrenda diosa.  
 Entre truenos horrísonos subiendo,  
 Sobre el alto Pirene al fin reposa,  
 Donde todos en fin á ver alcanzan  
 A uno y otro rivál que ya se avanzan.



La turba desde aquí mas destructora  
 Vuela al campo español, ya corrompiendo  
 Con su lengua mordáz y turbadora  
 Los pechos que en furor iban ardiendo.  
 Así logra por fin en esta hora  
 Ir los brazos y fuerzas desuniendo,  
 Consiguiendo el abrir con maña y arte  
 Una puerta al rencor del crudo Marte.

Por ella el dios cruel se entró al momento,  
 Y blandiendo su acero fulminante,  
 Disperso cada cual, ya sin aliento  
 Busca sus Gefes tímido y errante.  
 El grande Palafóx que el fiero intento  
 Conoce del rivál, marcha adelante  
 Con triste corazon y ardiente celo  
 A cubrir otra vez el patrio suelo.

Apenas su escuadrón llegado habia  
 A la bella ciudad y alojamiento,  
 Cuando vuelto hácia él, le proferia  
 Este sabio eficaz razonamiento :  
 Ya estais viendo, soldados, les decia  
 En nuestra suerte infiel el escarmiento  
 Que dá la desunion, si un alma ciega  
 A su errado dictámen ya se entrega.



Cuan grande es el poder del brazo unido  
 Que no hay fuerza capaz de contrastarlo,  
 Tan pequeño será, si dividido  
 El contrario lo hallare al atacarlo.  
 Fácilmente el cordon será rompido  
 Si todos sus estambres al quebrarlo  
 Separáreis del nudo y la presura  
 Que hacen su consistencia fuerte y dura.

El arco que en un punto solo estriba  
 Si al centro vertical siempre se uniere,  
 Ningun crecido peso lo derriba  
 Por mas fuerte opresion que en él hiciere;  
 Mas si un leve poder cargando arriba  
 Sus costados de apoyo dividiere,  
 Luego los sacará tambien de quicio  
 Y por tierra ha de dar el edificio.

Tal será vuestra suerte ¡ó compañeros!  
 Si perdiendo la union que nos anima,  
 Intentáreis tal vez ser los primeros  
 En vuestro errado juicio y vuestra estima:  
 La negra emulacion, los zelos fieros  
 Contra el hermano fiel que se sublima  
 Causan la division é inobediencia  
 Como prueba esta vez nuestra esperiencia.



Vuestra alteza mayor, vuestro heroísmo  
En la causa comun que defendemos,  
Debe ser vuestra union y patriotismo  
Para el yugo romper que al cuello vemos.  
Sacrificio cualquier que á este fin mismo  
De todo nuestro bien hoy ofrecemos,  
Es sin duda el blason mas decoroso,  
Y el mas digno tambien del hombre honroso.

Brio y fidelidad tened, soldados,  
Respeto y sumision á la cabeza,  
Que sin esto los brazos esforzados  
Se cubrirán de oprobio y de flaqueza:  
Vuestros fieros rivales porfiados  
Que no pueden rendir vuestra firmeza,  
Intentan conseguir con viles mañas  
Lo que no han de lograr por sus hazañas.

Así el gran Palafox los exhortaba;  
Cuando el contrario infiel que solo espira  
Su venganza feróz, ya preparaba  
Contra el triste Aragón toda su ira:  
En su negro furor luego juntaba  
Una fuerza y poder que al mundo admirá,  
Y entre el ódio mortal que lo destroza  
Se convierte de nuevo á Zaragoza.



Cual bravo jabalí que en la batida  
 Huye del cazador que ya le acosa,  
 Y con diente feróz va en su corrida  
 Tronchando el monte de la selva umbrosa;  
 Mas si llega á sentir sangrienta herida,  
 Con su saña voráz é impetuosa,  
 Se vuelve en su dolor todo irritado  
 Contra el brazo cruel que la ha causado:

Así el duro Francés de muerte herido,  
 Y en su sangre feróz todo bañado,  
 Se convierte otra vez mas atrevido  
 A la fuerte ciudad que lo ha humillado.  
 Con brazo destructor el fementido  
 Tala la oliva y miés ya despechado,  
 Sin nada perdonar en su carrera  
 Que no sufra esta vez su saña fiera!

La insigne capital de Celtibéria  
 A la lucha cruel apercebida,  
 Entre el hórrido estrago y la miseria,  
 Jamás abate su cerviz erguida.  
 Aunque goza de paz y calma seria,  
 En el muro y fortin su fuerza unida  
 Observaba sagáz y vigilante  
 Al temoso rivál en cada instante.



La esposa de Titón su clara lumbre  
 Comenzaba á esparcir por la ancha tierra,  
 Y ornando de arreból la excelsa cumbre,  
 Las sombras y el horror luego destierra;  
 Cuando mirando ya, según costumbre,  
 Un soldado hácia el real do está la guerra,  
 Vé elevarse de polvo una alta nube,  
 Que robando la luz al cielo sube.

¿Qué nube es esta? luego al punto grita,  
 Cuando escucha el clarín y los tambores;  
 ¿Veis al contrario cuál se precipita  
 Sobre nosotros? ¿veis sus batidores  
 Que abriendo el paso cada cual se agita,  
 Lanzando al viento furias y rencores?  
 Al arma, compañeros, luego, luego;  
 Que entra el duro Francés á sangre y fuego.

El bravo Palafóx que esto escuchaba,  
 Monta en el bruto, y á tambor batiente  
 Sus tropas con valor luego ordenaba,  
 Oponiendo su ardor á tal torrente:  
 Ya en las puertas y muros aguardaba  
 La lucha cada cual aun mas valiente,  
 Al tiempo que Moncey con hueste dura  
 Del Torrero ocupó toda la altura.



Dos columnas á un tiempo destacando,  
 Que en fuego vengador y saña ardian,  
 Balas, muertes y horror siempre lanzando  
 Por la izquierda del monte ya subian.  
 Por derecha tambien otras marchando,  
 De Casablanca el punto combatian,  
 Mientras siete se ven que con Treviso  
 Cercando el arrabál van de improviso.

Cual activo betún que aprisionado  
 En profunda caverna ó abertura,  
 Si se llega á mirar todo inflamado  
 Choca rugiendo con la roca dura;  
 Y aun el ayre en su ardor ya dilatado,  
 No pudiendo sufrir tanta presura,  
 La tierra agita con tremor violento  
 Sacudiendo feróz su fundamento:

Así al ronco fragór siempre horroroso,  
 Que causaban allí las explosiones,  
 Temblaba la ciudad, y el pueblo honroso  
 Miraba sin temor sus convulsiones.  
 Entre el nuevo rigor aun mas rabioso  
 Avanzando tenáz á las legiones,  
 Su brazo cada cual ya descargaba  
 Armado del furor que lo alentaba.



Saltan las chispas del arnés templado,  
 Entre el humo y volcán de los cañones,  
 Y el bravo Aragonés jamás cansado,  
 Va rompiendo feróz los escuadrones.  
 Manso y Velasco audáz que en tal estado  
 Comandando se ven sus batallones,  
 Como fieras están ya combatiendo  
 Y al peligro mayor siempre acudiendo.

Seis horas y algo mas quizás habia  
 Que la espada y cañon nunca cesaba,  
 Y el campo del Francés ya se cubria  
 Con su sangre cruel que lo regaba.  
 El rabioso Mortiér al fin cedia,  
 Viendo que un paso aquí no adelantaba,  
 Y en triste confusion se retirando,  
 Otro mas fiero plan va meditando.

Bien cual hambriento cán que al ver la presa  
 Con su diente mordaz luego la avanza,  
 Y en ahullido feróz su angustia espresa  
 Cuando llega á mirar que no la alcanza;  
 Mas por lograr mejor la dura empresa  
 Se retira hácia atrás con la esperanza  
 De conseguirla al fin, si desde el suelo  
 Pega salto mayor tomando vuelo:

\*



Así Treviso aquí ya retirado,  
De su empeño cruel jamás desiste;  
Sino que mas feróz y ensangrentado,  
Con su fuerte reserva luego embiste;  
Mas el gran Palafóx auxiliado  
De Oneill y de Sant-Marc, así resiste;  
Que las filas enteras arrollaban  
Con el fuego voráz que á ellas lanzaban.

Sobre el bruto velóz así corrían  
Por su espeso escuadrón los tres valientes,  
Que aun al menos audáz luego encendian  
Con su ejemplo y su voz siempre elocuentes:  
Pues sus tropas tambien ya sacudian  
Golpes tan fieros, tajos tan frecuentes,  
Que abatido el Francés por todos lados,  
Huyen sin tino gefes y soldados.

El invicto y osado Renovales  
Así de san Joséf hoy defendia  
El fuerte, que su ardor en los rivales  
Un destrozo cruel ya les hacia.  
Con sus tropas aquí siempre inmortales  
Lanza al Galo tenáz en su porfía  
De las selvas espesas y estacadas  
Do se hallaban sus tropas emboscadas.



Mientras unos talaban los arbustos,  
 Capa de su temor y sus acechos,  
 Otros al fuego sin horror ni sustos  
 Presentaban allí sus duros pechos.  
 Arruinados los puntos mas robustos,  
 Sus trabajos tambien todos deshechos,  
 Asi al bravo Francés ya rechazaban,  
 Que en su sangre feróz los mas nadaban.

En tanto que el rivál ya se aproxima  
 A las flacas murallas quebrantadas,  
 El Torrero infernal de su alta cima  
 Lanzaba sin cesar fieras granadas:  
 Treinta bocas de fuego tiene encima  
 La infelice ciudad, que situadas  
 En todo el rededor, de noche y dia  
 Solo arrojan la muerte y la agonía.

Tiemblan las casas, húndense los muros,  
 Se desprenden los techos desplomados,  
 Y las torres y templos mas seguros  
 Bajan entre un volcán precipitados:  
 El mortero y obús con golpes duros  
 Hacen luego volar aun los tejados,  
 Y ardiendo la ciudad en viva llama,  
 Su constante valor con ella inflama.



Cual la roca tenáz, pesada y dura,  
 Que del soberbio mar es azotada,  
 No se abate jamás á la bravura  
 De la undosa corriente arrebatada;  
 Mas su erguida cerviz con gran mesura  
 Resiste inmoble la violencia airada,  
 Y burla su rigor firme y serena,  
 Apoyado su pie sobre la arena:

Así á la furia del volcán tonante  
 Que el ayre enciende con atroz bramido,  
 La gran Saldúba siempre mas constante  
 Burla la fuerza del rivál temido.  
 Cada fiel pecho muro es de diamante  
 Que en rabia cruda todo convertido  
 Al ver del fuego la cruel braveza,  
 La muerte arrostra con mayor firmeza.

El osado Butrón, á quien no espanta  
 El peligro de fuerzas tan tremendas,  
 Con su tropa inmortal ya se adelanta  
 Del sangriento Francés hasta las tiendas.  
 Con la horrible segur á la garganta,  
 Soltando á su valor todas las riendas,  
 Clava y destruye audáz la artillería  
 Que al fuerte del Pilar se dirigia.



A este tiempo el cruel siempre atrevido  
 Láñnes el mariscal la tropa manda  
 Que al templado Moncey sustituido  
 Por el corzo feróz fue en la demanda:  
 Su fiero corazon ya enardecido  
 Lanzando negra hiel en todos anda;  
 Que no puede sufrir mucha tardanza  
 Su horrorosa crueldad y destemplanza.

Por del todo acabar la atróz contienda,  
 Toda su fuerza aquí ya desplegada  
 Sobre la fiel ciudad, porque ésta entienda  
 El valiente adalíd con que luchaba:  
 Así la embiste con fiereza horrenda,  
 Y con tanto rigor hoy la atacaba,  
 Que Saldúba no mas siempre invencible  
 Resistiera un furor tan indecible.

Casi desmantelada enteramente  
 Se mira acometer por todas partes,  
 Cayendo en la infeliz cual rayo ardiente,  
 Todos los fuegos, tropas y estandartes.  
 Mas en tanto que opone á tal torrente  
 Sus duros brazos, máquinas y artes,  
 De Santa Engracia el fuerte va forzando  
 El fiero Mariscal con recio bando.



Aquí fuera de ver la rabia cruda,  
La horrenda mortandad y los clamores  
De uno y otro rivál; que nadie muda  
Ni abate el corazon á los rigores.  
Entre el fuego voraz anda desnuda  
La espada y bayoneta, y sus rencores  
Vengaba el Español con tanta saña,  
Que sembraba de muertos la campaña.

¡Visteis al Bétis grave y caudaloso,  
Que la undosa corriente detenida  
Del fuerte vendavál fiero y sañoso,  
Alza su frente de furor ceñida;  
Mas si llega á romper, marcha furioso  
Arrollando velóz en su corrida  
Los gruesos pinos, piedras y majadas  
Cual si fuesen aristas delicadas?

De esta suerte se ven hoy los Ibéros  
Arrollando las huestes enemigas;  
Que en su brazo feróz van los aceros  
Cercenando cabezas como espigas:  
Mas no bastando ya golpes tan fieros,  
Y queriendo dar fin á sus fatigas;  
Vuelan la mina, que subiendo al cielo  
Deja muertos tres mil allí en el suelo.



El bravo Mariscal no desistiendo  
 Con golpe tan fatal y lastimoso,  
 De su empeño cruel, va reuniendo  
 Su deshecho escuadrón mas rencoroso:  
 Por la calle del Coso iba subiendo,  
 Cuando el grande Butrón siempre animoso,  
 La defensa tomó de aqueste punto,  
 Que era en su destruccion otra Sagunto.

A la llama voráz y abrasadora  
 Con que el crudo rivál la línea enciende,  
 Va siguiendo la mano minadora  
 Que por toda la calle el fuego prende:  
 Mas andaba Butrón en esta hora  
 Con tal serenidad, que á todo atiende,  
 Sin que tantos estragos hoy le abatan  
 Por mas que el pecho fiel ya le combatan.

A sus tropas valientes animando,  
 Al rabioso Francés asi batia,  
 Que este enemigo infiel nada alcanzando,  
 Tantos golpes sufrir ya no podia:  
 Los templados aceros descargando,  
 Temoso cada cual ya resistia  
 Las fuerzas del rivál de una tal suerte,  
 Que todo era rencor y horrenda muerte.



El rugiente cañon que el ayre atruena,  
La horrisona explosion del cruel mortero,  
La sibilante bomba que resuena  
Por la ronca caverna y el otero,  
La humeante ciudad de escombros llena,  
El fuego abrasador y el clamor fiero  
Tan terribles angustias producian,  
Que aun á Láñnes feróz ya conmovian.

Mas Saldúba la fiel en tal debate,  
Cual oro en el crisol, así mantiene  
Su constancia y honor, que nadie abate  
El honroso valor que la sostiene.  
El fiero Mariscal en el combate,  
Al mirar su teson, ya se contiene,  
Y Marte en su furor sin esperanza,  
Busca el medio postrer á su venganza.

En las olas del mar Febo se hundiendo,  
Ya robaba la luz del claro dia,  
Y entre sombras de horror iba envolviendo  
Todo el campo despues la noche fria.  
El bravo General ya reuniendo  
Su brillante escuadrón, se dirigia  
A tomar su cuartél, por dar reposo  
Al cuerpo y corazon triste y penoso.





# LA IBERIADA.

## CANTO DÉCIMO.

### ARGUMENTO.

*Rendido Palafóx á un blando sueño  
Lo arrebató Minerva á la alta esfera:  
Lo que en ella observó, y el gran diseño  
Que mostróle de un monte en la ladera.  
Siguiendo la deidad luego su empeño  
El aura desde allí surcó ligera,  
Y al templo de la Fama al fin bajando  
Los héroes del valor le fue mostrando.*

**P**ensativo, azaroso y afligido  
El bravo Palafóx ya descansaba,  
Y de pena cruel acometido,  
En su patria infeliz solo pensaba.  
Al acerbo dolor casi rendido,  
Su triste corazón así exhalaba,  
Que sobre el blando lecho recostado  
En el sueño quedó luego embriagado.

\*



Apenas su razon y sus sentidos,  
Con beleño tan dulce transportados,  
Y en la parte mas noble recogidos  
Se miraron quedar allí arrobados;  
Cuando sus miembros laxôs y caídos  
Por Pálas otra vez fueron tocados,  
Que ornada de esplendór y bizarría,  
Entre el triste sopór le aparecia.

Del alma abrió los ojos, y al momento  
El silencio rompiendo la gran diosa,  
Al labio trasladó su dulce acento,  
Y así luego le habló con faz graciosa.  
¡O constante varon! no el fin sangriento  
De una guerra tan cruda y espantosa  
Te debe intimidar; porque la gloria  
Te ha seguido constante en la victoria.

Tu esforzado valor y tu osadía,  
Tu sincéra lealtad al Soberano,  
Y tu amor á la patria, en este dia  
Han cubierto de honor tu fuerte mano:  
Que el hinchado rivál si en su porfía  
Tus fuerzas quebrantó sañoso y vano,  
Ha visto con dolor que su partido  
A tu brazo quedó siempre rendido.



No temas el furor de esos infieles  
Que á ornar tu clara sien ya te convida  
Con el mirto inmortal y altos laureles  
La Fama tu deidad siempre querida:  
Tú sigue ¡ó General! y no receles,  
Mis pasos esta vez; que en la partida  
Los héroes hoy verás que ella en su templo  
Ha querido exâltar para tu egemplo.

En él te mostraré los campeones  
Que en los siglos de honor mas celebrados  
Por su invicto valor y altas acciones  
En el bronce eternal fueron grabados.  
Sus renombres allí, con sus pendones  
De un frondoso laurél verás ornados;  
Y su bravo poder y su arrogancia  
A tu pecho dará mayor constancia.

Dijo, y arrebatando dulcemente  
Su turbada y oscura fantasía,  
Por el aura sutil y fresco ambiente  
Cual ligera saeta discurria.  
Comenzóse á elevar tan eminente,  
Que en la etérea region ya se escondia:  
Tanto, que viendo el mar y tierra junto  
Parecia un pequeño y negro punto.



Aquí el Gefe su faz ya revolviendo  
 Con esquivo pavor y ojos medrosos,  
 Iba largas provincias recorriendo  
 Montes, valles y prados deliciosos.  
 Anchos mares allí va descubriendo;  
 Grandes pueblos aquí muy numerosos;  
 Muchos campos allá, largas llanuras,  
 Y acá rios sin fin y fuentes puras.

Allí mira los cuerpos luminosos  
 Por el orden y série de su asiento;  
 Vé los siete planetas portentosos  
 Y su vario y errante movimiento:  
 Vé sus vueltas y giros presurosos,  
 La causa de su mengua y de su aumento,  
 Y vé los fijos y constantes modos  
 Con que cortan la eclíptica en sus nodos.

Allí de los cometas mira luego  
 El curso orbicular con que caminan;  
 Que con grave compás, manso sosiego  
 O se alejan del sol, ó se avecinan:  
 Vé que al se le acercar, con tan gran fuego  
 Los abrazan sus rayos é iluminan;  
 Que en humoso vapor ya se exhalando,  
 Largas colas con él van figurando.



Allí mira el gran órden y armonía  
Con que gira de Oriente al Occidente  
Sobre sus firmes polos cada día  
La máquina del cielo transparente.  
Mira luego despues la simetría  
De la Ursa boreal, Carro luciente,  
O Bocina mas bien, do los Triones  
Soplan los recios bóreas ó aquilones.

Allí absorto tambien está mirando  
Del Norte ó Septentrion la clara estrella,  
Que hácia el fin de la Osa se apoyando,  
Cierra su cola refulgente y bella.  
Vé que el carro mayor al ir marchando,  
Ella le sigue con radiante huella,  
Y en su curso velóz y movimiento  
Va girando al compás del firmamento.

Allí mira del Sol el curso vario  
Y el movimiento opuesto con que gira,  
Formando el Ecuadór con el diario  
Que igual de entrambos polos se retira;  
Mas girando tambien hácia el contrario  
El Zodiaco forma, que se mira  
Distar del Ecuadór al año solo  
Veinte grados con tres en cada polo.



Vé que el carro dorado de Faetonte  
Su derrota al seguir por do camina,  
Si al hemisferio nuestro se remonte,  
Con radiante fanal nos ilumina;  
Mas si llega á pasar nuestro horizonte  
Y al opuesto hemisferio se avecina,  
Nos priva de la luz, y así su coche  
Con su curso señala el día y noche.

Allí mira también que se acercando  
A uno y otro solsticio de la esfera,  
En el año dos veces va cortando  
La línea equinocial en su carrera:  
De esta suerte el Invierno va fijando,  
Y el Verano, y Otoño y Primavera,  
Segun del Ecuadór al Sur se arrima,  
O al Trópico de Cáncer se aproxima.

El motivo despues va allí notando  
Del auge de la luna y decremento;  
Que los rayos del sol participando,  
Recibe de su luz el complemento:  
Mas con la tierra al fin ya se encontrando  
En su órbita mensal, va su incremento  
Perdiendo á proporcion que ella la cubre  
Y la cara del sol mas se le encubre.



Allí nota tambien que igual motivo  
 Ocasiona su eclipse; porque siendo  
 De la tierra el grandor mas excesivo,  
 Contra la luz del Sol la va cubriendo.  
 Vé tambien que la luna el rayo activo  
 Obscurece del sol; que interponiendo  
 Su presencia entre el tál y la ancha tierra  
 En parte su esplendor de nós destierra.

Allí mira despues el gran influjo  
 Que ella tiene en los cuerpos sublunares,  
 Causando su atraccion el recio flujo  
 Y reflujo constante de los mares.  
 Vé que el Sabio Hacedor cuando produjo  
 Dos tan grandes y claros luminares  
 Quiso en ellos fijar los movimientos,  
 Y el origen y causa de los vientos.

Allí mira tambien que se elevando  
 Los vapores del mar y tierra al cielo,  
 Derretidos en lluvia van bajando  
 De la ardiente region al hondo suelo:  
 Mas si el frio Aquilón los va encontrando,  
 Los convierte al subir en nieve ó hielo,  
 O los hace al bajar duro granizo,  
 Si en gotas el calor ya los deshizo.



Allí la causa, en fin, atento nota  
 Por qué de algunos cuerpos atraída  
 La eléctrica materia, en volcan rota  
 El rayo destructor forme y despida.  
 Otros secretos mil en tal derrota  
 Contemplaba su mente ya abstraída;  
 Y anegada en un golfo tan extenso,  
 Alababa el poder del Ser inmenso.

Pues bajando despues á una llanura  
 Que el Bétis baña con fugaz corriente,  
 Otro nuevo portento y hermosura  
 Mostraba la deidad á su cliente: \*  
 Que próvida esta vez quiso natura  
 Presentarle el país mas eminente  
 Que pudo dibujar, ni ha producido  
 Con su lindo pincél y colorido.

En la cumbre de un monte que llegaba,  
 Segun su parecer, al alto cielo,  
 Al númen celestial que le guiaba  
 Plugó ya el abatir su raudo vuelo.  
 Atento el General, aqui miraba  
 La grata variedad de aqueste suelo,  
 Así en la amenidad de sus plantíos,  
 Como en sus claras fuentes y anchos rios.



Allí los frescos prados le tegian  
Ricos tapetes de pintadas flores,  
Y el nardo y la mosqueta le ofrecian  
Con la rosa y jazmin bellas labores:  
El lirio y alelí allí esparcian  
Entre el verde arrayan gratos olores,  
Quedando el campo así todo esmaltado  
De blanco y carmesí, rojo y morado.

Aquí frondosos huertos y vergeles  
Ocupaban la tierra en gran distancia,  
Donde el albo azahar y los claveles  
El ambiente llenaban de fragancia.  
Las naves por allí con los bateles  
De las aguas siguiendo la inconstancia,  
Llenas las velas del Favonio blando,  
La alameda y pensil iban cruzando.

Pues las claras y alegres fuentecillas  
Con murmurio apacible susurrando,  
Atraviesan las flores y semillas,  
Sus matices y aromas renovando;  
En su celo tambien las avecillas  
Los trinos de su amor siempre alternando,  
Desde el lecho á su vez cada una hacia  
Una dulce y acorde melodía.

\*



Y el céfiro sutil ya meneaba  
Las flores del vergél y los sembrados,  
Y con manso soplar luego ondeaba  
Las mieses por do quier y verdes prados.  
Ayroso por allí tambien brincaba  
En los campos y valles recamados  
El tierno becerrillo y el cordero,  
Y el conejillo manso en el otero.

Todo brotaba aquí por cada parte  
La abundancia y placer con el recreo;  
Que natura feráz y sabio el arte  
Quiso el gusto saciar y el fiel deseo.  
La abeja y el olivo allá reparte  
Las dulzuras y frutos de Aristéo,  
Y acá cubren los llanos y laderas  
Altos pinos, cipreses y moreras.

Entre mapa tan bella y deleytosa  
Se dejaba mirar allí elevada  
Una ilustre ciudad grande y hermosa  
De castillos y muros rodeada.  
Era rica, opulenta y espaciosa,  
Y de torres excelsas adornada,  
Con templos por do quier harto grandiosos  
Y palacios tambien muy suntuosos.



Por todo el rededor la rodeaban  
Muchos pueblos y quintas deliciosas,  
Y sus vastas llanuras adornaban  
Alamedas sin fin las mas frondosas.  
Por ellas con placer se paseaban  
Las Náyadas del Bétis tan ayrosas,  
Que ufana cada cual ya competía  
En adorno, belleza y gallardía.

Allí entre bosques de fragantes rosas  
Una corriendo va con leve planta;  
Otra pulsa las cuerdas armoniosas,  
Y con sonora voz su gozo canta.  
Cuál sobre alfombras gratas y olorosas  
De un ameno vergel, sus pies levanta,  
Y con trenza velóz azota el ayre,  
Entre el quiebro y compás de su donayre.

Cuál al prado robando su belleza,  
Hinche sus faldas de fragantes flores,  
Ornando de su olor y gentileza  
Su pecho de marfil con mil colores.  
Esta al claro arroyuelo se endereza,  
Y al rápido cristal en sus fulgores  
Mira su blanca faz, y en rizos bellos  
Se le ve transformar ya sus cabellos.



Mil hileras de alígeros cupidos  
Toda el aura sutil vienen poblando,  
Que tesando los arcos atrevidos,  
Dulces flechas de amor andan lanzando.  
Sobre blandos placeres sostenidos,  
Muchos pechos allí luego asestando,  
El camino preparan á Ericína  
Que en su concha de nácar se avecina.

De albos cisnes en fin ya conducida,  
Se divisa bajar entre los juegos,  
Su nivea cara de carmín teñida,  
Y sus ojos lanzando vivos fuegos.  
Pues al hijo despues ya convertida,  
Grata á la fuerza de amorosos ruegos,  
Le manda despedir duros harpones,  
Traspasando cruel los corazones.

Extático, suspenso y admirado  
El Gefe con vision tan prodigiosa,  
De su duro penar todo olvidado,  
Entre tanto placer al fin reposa.  
De tan dulce transporte arrebatado,  
Contemplaba su suerte venturosa;  
Cuando vuelta hácia él su amable guia,  
Dentro del sueño oyó que le decia.



Conviénete partir de aquí al momento  
O valiente adalid! porque al soldado  
No le es dado jamás fijar su asiento  
Sobre el blando deleyte reclinado.  
La suave molléz y blandimento  
Afeminan al brazo mas osado,  
En tanto que el rigor y duro acero  
Los esfuerzos aumentan del guerrero.

Otro mapa mas bello y peregrino  
Hoy te quiero mostrar, porque en él veas  
Cuál deba ser tu fin y alto destino,  
Y la gloria y honor que ya deseas:  
Tú sigue en pos de mí todo el camino;  
Que el eterno laurél porque peleas  
Tus sienes ceñirá, si consiguieres  
Los egemplos copiar que aquí advirtieres.

En hablándole así, ya nuevamente  
Por el aura sutil le arrebatando,  
En nube de arreból clara y luciente  
El éter celestial iba surcando.  
Con un vuelo fugáz Pálas potente  
La tierra y ancho mar va traspasando  
Hasta llegar á un monte, cuya cima  
A las nubes mas altas se aproxîma.



Aquí paró la diosa, y rodeando  
Sus ojos Palafóx curiosamente,  
Por todo el rededor va registrando  
Un hermoso país y nueva gente.  
Tan brillante region ya contemplando,  
Vió luego otra ciudad mas eminente  
Cuyas torres y muros parecian  
Que á los cielos alzarse pretendian.

Alcázares soberbios y encumbrados,  
Robustos baluartes y albarradas,  
Circos y anfiteatros derrocados,  
Gruesas columnas, termas y portadas,  
Castillos y obeliscos empinados,  
Aqüeductos, estátuas y calzadas  
Con otros trozos mil y altos fragmentos  
Formaban su esplendor, sus ornamentos.

Sobre un plano interior se levantaba  
Un espacioso templo, cuya altura  
Entre tanto edificio descollaba  
Ostentando el primor de su estructura.  
El ingenio y el arte allí mostraba  
Toda su magestad y su finura  
En sus grandes linternas, chapiteles,  
Acroteras pilastras y linteles,



El Gefe á este lugar ya se avecina  
 Con la sacra deidad, y atentamente  
 Todo lo observa, toca y exâmina  
 Así como varon sabio y prudente:  
 Siguiéndola hasta el fin, luego camina  
 Por la puerta mayor, que hácia el Oriente  
 Se hallaba situada, y conducia  
 A un ancho corredor ó galería.

Transitando por él á otra portada  
 De mas alto esplendor, rico aparato,  
 El alma le quedó toda arrobada,  
 Tanta riqueza al ver y fino ornato.  
 La fábrica sublime y elevada  
 Mostraba en su altivéz el gran conato  
 De una mano feliz, que harto ingeniosa  
 La supo presentar tan portentosa.

Su espacioso compás y pavimento  
 Con el jaspe mejor se ve losado,  
 Que en su fino color y pulimento  
 Del nácar y zafír fuera envidiado.  
 Se elevaban despues sobre su asiento  
 Cien postes de color todo encarnado  
 Tan excelsos, robustos y arrogantes,  
 Que pudieran bien ser del mundo Atlantes.



Sobre ricos y hermosos capiteles  
 Una ayrosa cornisa descansaba,  
 Que en frisos, arquitrabes y boceles  
 Del ingenio el primor allí ostentaba.  
 Con la fina escultura y los pinceles  
 Su decoro y labor aun mas brillaba,  
 Aumentando tambien sus perfecciones  
 El triglifo, bocél y modillones.

Arrancaban despues ya sostenidos  
 Sobre lindas impostas jaspeadas  
 Arcos de gran valor todos unidos  
 A bóvedas grandiosas y elevadas.  
 De países y hermosos coloridos  
 Todas se dejan ver muy adornadas,  
 Cerrando por final el templo dino  
 De alteza sin igual un cupulino.

Orlabá su interior airosamente  
 De dorado metal un balaustrado,  
 Adornando su pie, costado y frente  
 El jaspe del matíz mas delicado.  
 La plata y oro aquí mas reluciente  
 Se dejaba mirar en cada lado,  
 En sus plintos y golas, dentellones,  
 Pedestales, volutas y festones.



En el ara mayor, do se subia  
 Por una superior y rica grada,  
 La Fama en un dosél se descubria  
 De altura colosal representada.  
 Por sus alas tambien se repartia,  
 En cada pluma con primor grabada  
 Una lengua velóz, y luego al lado  
 Un ojo velador grande y rasgado.

Del templo al rededor ver se dejaban  
 Varias urnas y nichos repartidos,  
 Donde el oro y cristal reverberaban  
 Con la concha y marfíl entretegidos:  
 Ceñidos de laurél dentro se hallaban  
 Los héroes del valor mas distinguidos  
 Que vió la antigüedad, y sus blasones  
 Publicaban allí las inscripciones.

Pálas que al General conduce y guia,  
 Al lucillo primer le señalando,  
 Este Sesostris es, le repetia,  
 Rey de grande poder, afable y blando.  
 Este el Egipcio fué que allá en su día  
 Naves y tropas mil luego acopiando  
 Subyugó con valor y fuerte audacia  
 Del Ganges la region hasta la Tracia.

\*



Siguiendo la deidad mas officiosa,  
 Otro busto mostróle, asi diciendo:  
 Esta de Acelmic es la estatua honrosa  
 Que en Tiro defendió su sitio horrendo.  
 Nunca teme al rivál que allí le acosa  
 Siete meses y aun mas, siempre venciendo  
 El ímpetu cruel y la osadía  
 De Alejandro feróz que le batia.

Mas en aquel varon tu vista pára,  
 Minerva prosiguió, y á Nino mira  
 Rey Asirio, de fama tan preclara  
 Que su historia inmortal esfuerzo inspira:  
 El Éufrates corrió con fuerza rara,  
 La Armenia sujetó, y á Egipto admira;  
 Al Persa sojuzgó y al Parto y Medo,  
 Y al Célesirio en fin llenó de miedo.

Mira, le dice, allí mas adelante  
 Al Persa Ciro Rey, que valeroso,  
 O soberbio mas bien y harto arrogante,  
 Un escuadrón juntó muy numeroso.  
 A Sárdis fue con él, y allí triunfante  
 A Creso cautivó, Rey poderoso,  
 Y al Éufrates mudó desde su asiento,  
 Talando de Babel hasta el cimiento.



Asi el gran Palafóx iba siguiendo  
A su compañía fiel, que con agrado  
Cada busto á su vez le va exponiendo  
Para mas animar su pecho osado:  
A uno llegóse pues, y allí advirtiéndolo  
En un claro varon mas mesurado,  
En la breve inscripcion que al pie tenia  
Con letras de oro vió que se leía.

AQUI ESTA EL SABIO, EL JUSTO, EL MAS PRUDENTE  
Y MAS BRAVO SEÑOR Y REY DARIO,  
QUE AL BABILONIO AUDAZ CON BRAZO INGENTE  
ABATIÓ SU CERVIZ Y PODERIO.  
EL QUE UNA ESCUADRA ARMÓ GRANDE Y POTENTE  
Y A LA INDIA INVADIÓ CON FUERTE BRIO,  
Y AL TRACIO SUBYUGÓ Y AL MACEDONIO,  
Y A LAS ISLAS QUE ESTAN EN EL MAR JONIO.

Vuelve los ojos ya, dijo la diosa,  
Y aun mas triunfos verás aquí en los nombres  
Que la Fama grabó sobre esta losa  
Para eterno blason de estos dos hombres:  
Temístocles el grande allí reposa  
Y Arístides con él, cuyos renombres  
Tan justamente honró su patria Atenas,  
Que de ellos andan las historias llenas.



Concertados los dos siempre batieron  
 A Xerxes el audáz con su constancia,  
 Y un inmenso escuadrón le deshicieron,  
 Con su armada también y su arrogancia.  
 Primero en Maratón lo destruyeron,  
 Y con firme y tenáz perseverancia  
 Completaron al fin la su ruina  
 Junto al Peloponeso y Salamina.

Pero mas digno fue, siguió Minerva,  
 De memoria eternal aquel soldado  
 Cuyo nombre inmortal se nos conserva  
 Contra la Parca infiel y duro hado.  
 Filipo el Macedonio allí se observa  
 De prendas y valor tan adornado,  
 Que su curso fugaz y corta vida  
 Aun no deja de ser hoy aplaudida.

Fue astuto, justiciero, manso, afable,  
 Político y audáz, fuerte y temido,  
 Que á Pizne y Potidéa la indomable  
 Y á Antípolis rindió su cuello erguido.  
 Des hizo en Queronéa la espantable  
 Liga del Ateniense y su partido,  
 Y conquistó el pais con buen suceso  
 Qué está entre el Estemión y el fertil Neso.



¿Mas qué jóven allí miro á su lado?  
El Gefe preguntó, pues segun creo  
Me parece en su faz el mas osado  
Monarca y Capitan que entre estos veo:  
Es Alejandro el Grande, el esforzado,  
Respondió la deidad, y sin rodeo,  
Te puedo asegurar que un Rey no ha habido  
Tan guerrero jamás, tan atrevido.

Cuatro lustros no mas contado habia,  
Cuando el reyno heredó con la corona  
De su padre Filipo, y ya tenia  
Todo el mundo temor á su persona.  
De la Trácia enfrenó la valentía,  
La Grecia hizo temblar, y no perdona  
A Tébas la tenáz, pues impaciente  
Sus muros asaltó con saña ardiente.

La misma adversidad y triste suerte  
Sufrió de su valor Halicarnaso,  
Poderosa ciudad y plaza fuerte  
Donde el Persa feróz le estorba el paso:  
Ni el trabajo y la sed, ni el hambre y muerte  
Bastaban á apagar el ancho vaso  
De su pecho cruel y furibundo,  
Que ansiaba por domar á todo el mundo.



Desde su patria audáz fue costeando  
Todo el Mediterráneo, y de aquí pasa  
Al Egipto despues, atravesando  
De Libia el arenal, que ardiente abrasa.  
Pues por el Rojo mar luego cruzando  
Y el Pérsico tambien, veloz traspasa  
La gran India por fin, y á los Escitas  
En batallas venció casi infinitas.

Atento y cada vez mas admirado  
Contempla Palafóx tales acciones  
De aquel bravo adalid, que denodado  
A su brazo rindió tantas regiones.  
Mas mirando despues al otro lado,  
Otra série mayor de altos varones  
De gloria no menor se presentaba  
Que la audacia y valor solo inspiraba.

Fijando su atencion hácia el primero,  
Señalóle Minerva con la mano  
A Régulo el leal, bravo guerrero,  
Y cónsul el mas fiel para el Romano:  
Este, le dice, fue quien con su acero  
Batió al Cartagines republicano;  
Y el que siendo por él al fin vencido,  
Su fama acrisoló como es debido.



Porque á Roma llevando la embajada  
Para ajustar la paz, solo procura  
La guerra sostener, teniendo en nada,  
Por la patria salvar, su cárcel dura:  
Mas por no quebrantar la fe jurada,  
Volvióse á la prision con fiel cordura,  
Mirando mas su honor que el fiero estrago  
Que le espera en volver allá á Cartago.

El próximo lugar luego ocupaba  
Otro joven tambien de una estatura  
Elegante sin par, do se observaba  
Un aspecto agradable de dulzura.  
Este fué, dijo Palas que miraba  
Leyendo á Palafóx la su escritura,  
El bravo Escipion, por cuya espada  
Cartago la feróz fuera domada.

No con menos razon tan celebrado  
Ha sido el que allí ves, pues sus victorias  
Minerva prosiguió, le han coronado  
De un eterno laurél, é inmensas glorias.  
Es César el audaz que apoderado  
De las Galias, venció segun historias,  
Mil ciudades y aun más todas potentes,  
Y á su brazo rindió trescientas gentes.



A su lado despues mira y repara  
Colocado á Pompeyo el invencible,  
Que la España invadió con mano avara  
Rindiéndose á su voz y fuerza horrible.  
A la Italia extendió su dura vara,  
Y en el Asia tambien se hizo temible,  
Derrotando en el mar á los piratas  
Con sus muchos bageles y fragatas.

Igual en el valor, Pálas prosigue,  
Fue el gran Cartaginés que allí estás viendo,  
Y es Anibal feróz, el que consigue  
A Sagunto asolar y verla ardiendo.  
Al Romano inmortal tambien persigue,  
Mucha fuerza y poder le destruyendo,  
Y venciendo á Turin y á Casilino,  
Y al grande Escipión en el Tesino.

Acababa de hablar estas razones  
La sagrada deidad, cuando observaba  
El bravo Palafóx unos renglones  
Que en antiguo español los pronunciaba.  
Bajo rico dosél y pabellones  
Muchos Reyes ilustres contemplaba,  
Que en sus trages, figuras y señales  
De la España observó ser nacionales.



Pues mirando al primer que está en la fila,  
 La estatua conoció del gran Pelayo  
 Padre del infeliz Rey Don Favila,  
 Y el que á España libró de su desmayo.  
 Este, dijo Minerva, es quien ventila  
 De su patria el honor, y el que hace ensayo  
 En los montes de Asturias con su espada  
 En la fiera morisma sublevada.

La empresa prosiguió luego el siguiente,  
 Añadió la deidad, que fue llamado  
 Don Alonso el Primer, quien hizo frente  
 Al Africano infiel con pecho osado.  
 Su dominio extendió por la corriente  
 Del Guadiana azul, Tajo dorado,  
 Numerando sus triunfos, sus hazañas  
 Por sus grandes empresas y campañas.

La ilustre de Pancorbo fue testigo,  
 La de Órbigo también, Lango y Zamora,  
 Sin que ya Cillorico encuentre abrigo  
 Contra su espada atróz que lo devora:  
 Porto y Braga despues sufrió el castigo  
 De su mano tenáz y vencedora,  
 Y triunfando de Atienza, al fin domina  
 A Coimbra y Lamego, y luego á Emína.

\*



Con no menos valor y gallardía  
 Dijo Pálas, ya ves al gran Ramiro,  
 Quien del moro abatió la altanería  
 De la España infeliz en todo el giro:  
 A Madrid asoló, siguió la via  
 De Simancas, y allí su triunfo admiró:  
 Desbarató al rivál en Zaragoza,  
 Y en Osma y Talavera lo destroza.

De los mismos laureles coronado  
 Mira en aquel lugar á Alfonso el Bueno;  
 Minerva prosiguió, que denodado  
 Muchos triunfos ganó del Sarraceno:  
 Sobre todos en fin fue mas notado  
 El que en Losa alcanzó y en su terreno  
 Siendo doscientos mil los Mahometanos  
 Que se vieron morir allí á sus manos.

Así la diosa fiel le dirigia,  
 Cuando aquí el General volvió la cara,  
 Y una estatua miró que en osadía  
 Ya ninguna tal vez se le compara.  
 Mil coronas al pie vió que tenia  
 Y una letra despues que le declara  
 Los triunfos que alcanzó de los paganos,  
 Diciendo en caracteres castellanos.



ESTE ES FERNANDO EL SANTO, EL OMILDOSO,  
 E GRAND REY DE LEON, E DE CASTILLA;  
 EL QUE TRUNFÓ DEL MORO, QUE OMINOSO  
 EN GRANADA E JAEN YA SE LE OMILLA:  
 EL QUE VENCÍÓ A JEREZ, E ASAZ TEMOSO  
 A CORDOBA RENDIR FIZO E SEVILLA;  
 E RESCATÓ OTROSI LUEGO A BAEZA,  
 E A MURCIA LA ARREDRÓ CON SU BRAVEZA.

Apenas la inscripcion leyendo estaba  
 El jóven, de placer y gozo lleno,  
 Cuando ya la deidad le señalaba  
 Al invencible rey Alfonso Onceno:  
 Este es, dijo Minerva, á quien no acaba  
 La historia de alabar; pues puso freno  
 A la horrible morisma en el Salado,  
 Do todo su poder fue destrozado.

Otros varios é ilustres triunfadores  
 Miraba Palafóx por ambos lados  
 De aquel templo inmortal, y corredores  
 Que cercaban su frente y sus costados.  
 Vé los altos Monarcas y Señores  
 Que salvaron su patria y sus estados  
 Del sangriento enemigo que vencieron,  
 Y sus vastos dominios extendieron.



Vió al grande Emperador Don Carlos Quinto,  
Cuyo excelso valor igual no halla,  
Y á su hijo Don Juan que en sangre tinto  
Dejó el mar de Lepanto en su batalla.  
Vió al Quinto Rey Felipe, que el recinto  
De la España salvó cual fiel muralla  
Rescatando tenáz con sus legiones  
La corona debida á los Borbones.

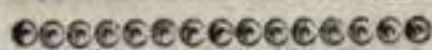
Allí vió al fuerte Aquiles, el que en Troya  
Y su cerco fatál perdió la vida;  
Y al gran Caupolicán, Rengo y Lincoya,  
Por los cuales Arauco es defendida.  
Vió al célebre Cortés, que rica joya  
Al imperio español dejóle unida,  
Y al griego Agamenón, y en el extremo  
Al Rey Lacedemonio Aristodemo.

Vé, por último, allí muchos pendones  
Que colgados del templo presentaban  
Los escudos, castillos y leones  
Que á la Fama sus triunfos consagraban.  
Vé de todas las gentes y naciones  
Varios reyes y gefes, que gozaban  
De la gloria y laurél mas permanente  
Con que ornó la deidad su clara frente.





## SEÑORES SUBSCRIPTORES.



- El REY N. SR. DON FERNANDO VII. Q. D. G., por cuatro ejemplares, y 1000 reales para ayudar al costo de la impresion.
- El Serenísimo Sr. Infante Don Carlos María, por dos ejemplares, y 320 reales para el costo de la impresion.
- El Serenísimo Sr. Infante Don Francisco de Paula, idem.
- La Serenísima Sra. Infanta Princesa de Beyra, idem.
- El Serenísimo Sr. Infante Don Sebastian, idem.
- El Excmo. Sr. Nuncio de S. S., por dos ejemplares.
- El Excmo. Sr. Ministro de Dinamarca, idem.
- El Excmo. Sr. Don Fr. Rafael Vélez, Arzobispo de Santiago.
- El Excmo. Sr. Don Jayme Créus, Arzobispo de Tarragona.
- El Excmo. Sr. Don Manuel Salmón.
- La Excma. Sra. Doña María del Pilar Onís de Salmón.
- El Excmo. Sr. Don Claudio Pinillos, por tres ejemplares.
- El Ilmo. Sr. Secretario de Cámara de la Nunciatura Apostólica.
- El Sr. Don Juan Gualberto, Fiscal del Consejo de Indias.
- El Excmo. Sr. Ministro de Estado.
- El Excmo. Sr. Ministro de Hacienda.
- El Sr. Conde de Vigo.
- El Dr. Don Serapio Serrano, Magistral de Sigüenza y director del Serenísimo Sr. Infante Don Sebastian, por dos ejemplares.
- El Seminario de Sigüenza.



- El Dr. Don Francisco Lopez Borricon, Canónigo de Burgos.  
 El Dr. Don José Cerdá, Canónigo de Palma en Mallorca.  
 El Excmo. Sr. Don Francisco Javier Castaños, Capitan General.  
 El Excmo. Sr. Marques de la Romana.  
 El Sr. Don Juan Miguel Grijalva.  
 Doña Joaquina Pezuela.  
 Doña María Alvarez de Tomas.  
 El Ilmo. Sr. Comisario General de la Cruzada.  
 Don José de Heredia.  
 Don José de Armesto.  
 El Sr. Don Joaquin Campuzano.  
 El Sr. Intendente Don Juan Módenes.  
 Don José María Buengol.  
 Don Francisco Osset Timotéo.  
 Don Pedro Lopez y Blanco.  
 Don Lorenzo Baselit.  
 Don Antonio Lopez.  
 Don Pedro Terrones.  
 Don Juan Miguel Peñalver, Oficial mayor de la Tesorería de Rentas.  
 Don Rafael de Pinos.  
 Don Agustin de Altuna.  
 Don José Emparanza.  
 Don Andrés María de Cuellar.  
 Don Lorenzo Basetit, Marqués de Murillo.  
 Don Juan Manuel Gomez.  
 Don A. R.  
 El Sr. Conde de Torrepilares.  
 Don Raimundo Ruiz Agudo.



- Excmo. Sr. Arzobispo de Tarragona.
- El Ilmo. Sr. Obispo de Vich.
- R. P. Fr. Francisco Mañas, por 2 egemplares.
- El P. Mariano Puyal, de la Compañía de Jesus.
- El R. P. Fr. Melchor de Jesus y María, Trinitario descalzo.
- Don Juan María Villarnesa y Rubio, Presbítero.
- El Conde de la Torre de Albarragona.
- Sr. D. Pedro Bailin, Mariscal de Campo.
- Sr. Director general de Correos D. Atanasio Mergól.
- Sr. D. José Lopez Requena, Secretario de la Superintendencia general de Policía.
- Don Domingo Casellas, Dean de la santa Iglesia de Mallorca.
- Don Francisco Molle, Capellan de honor de S. M.
- Don Jose Duazo, Capellan de honor de S. M.
- Don Francisco de Paula Córdoba é Ibarra, Oficial de la secretaria de Estado y del despacho de Hacienda.
- Don Froylan Antonio Cancela, Cura párroco de san Salvador de Fene.
- Sr. D. Juan Garrido, Secretario de S. M. con egercicio de decretos.
- Don Genaro Rivas, Relator del Consejo de Hacienda.
- Don Bernardo Vicente Losada, Prior de san Munio.
- Don Benito Alvarez Baragaños.
- Don Manuel José Gomez, por 2 egemplares.
- Don Alejandro Diaz.
- Don Francisco Javier de Nuñez, Oficial mayor de la Nunciatura.
- Don Antonio María Hernanz.
- Don Antonio Beltran.
- Don José Lorenzo, Familiar del señor Obispo de Tuy.



Don Miguel Pomar, Canónigo Lectoral de Antequera.  
 Don Francisco Casildo Ayuso, Presbítero.  
 Don Domingo Julian Gonzalez, Presbítero.  
 Don Nicolás Joaquin de la Hoz, Canónigo de Sigüenza.  
 Don Damian de Isasi y Hugarte.  
 Don J. M. P. de S.  
 Don Ambrosio Artaiz.  
 Don Tomás Durán.  
 Don Francisco Gordon.  
 Don José María del Rio.  
 Doña María Teresa Molina de Párias.

*SEVILLA.*

Don Antonio María Araos y Arredondo, Canónigo dignidad de  
 Maestre-escuela de la Catedral.  
 Don Francisco de Paula Ramos.  
 Don Antonio Tubino.  
 Sr. D. José Aragon, Intendente de la Policía de esta ciudad.  
 Don José Manzano, Secretario de la Intendencia de Policía de id.  
 Don Juan Manuel Chacon, Comandante de Rentas de este  
 partido.  
 Don Pedro Martin, Teniente comandante de id.  
 Don Fernando Roman, Racionero entero de la Catedral de id.  
 Sr. D. Juan María Saavedra, Marqués de Torralva.  
 Sr. D. Juan Saavedra de Moscoso.  
 Don Joaquin María de Lora.  
 Dr. D. Joaquin de Párias.

*SANTIAGO.*

El Excmo. Sr. Arzobispo.  
 Don José Joaquin Millanes.



*MURCIA.*

Don Francisco Ramirez.

*ZARAGOZA.*

Don José Orcés y Pallarés.

Don Ramon Santocildes.

Don José Soto.

Don José Latorre y Oset.

Don Pedro Jimenez.

Don Manuel Casas.

Don Angel Polo, por 2 egemplares.

*BILBAO.*

Don Mariano Castaños.

Don Ignacio Mendibil.

Don José Miguél de Asurduy.

Don Dionisio Diez.

Don Manuel Erranz de Orduña.

Don José María Josué.

Don Timotéo Josué.

Don Pablo de Irazoqui.

Don Ramon de Palacios.

Don Antonio de Adan.

Don Salvador de Zaragoza.

Don Justo Pastor de Araneta.

Don Pedro Novia.

Don Ramon de Valle.

*BADAJOS.*

Los Sres. Perin y Orduña, por 4 egemplares.

Don N. y D. N. cuyos nombres no han remitido, y se expre-

sarán en el II. Tomo.



*BURGOS.*

Hay nueve Subscriptores, cuyos nombres se expresarán en la segunda lista cuando los remitan.

*MÁLAGA.*

El M. R. P. Fr. José Luca, Guardian de san Pedro de Alcántara.

El M. R. P. Fr. Juan de Tarifa, del Orden de Capuchinos.

Sr. D. Juan Delicado, Alcalde mayor de la ciudad.

Don Rafael Capa.

Don Francisco Martinez de Aguilar, por 6 egemplares.

*SANTANDER.*

Don Ruiz Esquilaz.

Don Manuel Crespo Gallo.

Don Joaquin Gutierrez Vial.

Don Manuel de los Corrales Valle.

Don Benito Barreda, dignidad de Capiscol en la Colegiata de Santillana.

*VITORIA.*

Don Prudencio María de Verastegui.

Don Manuel Izquierdo.

Don Francisco Javier Diaz de Arcayo.

Don Cárlos Irarzabal, Presbítero.

*TOLEDO.*

Don Jacinto Hernandez, por 6 egemplares.

*AVILA.*

Don Miguel Gomez.

Don Manuel Perez.

Don José Aguado, Arcediano de Oviedo.

Don Alejandro Gutierrez.



Don Laureano Martinez Muro.

Don Pedro de Illera y Quiñones.

Don B. S. de C.

*PAMPLONA.*

El Coronel D. José Loreto Torres.

*VALENCIA.*

Cuatro Subscriptores que se expresarán en la segunda lista cuando nos envíen sus nombres.

*BARCELONA.*

Don Joaquin Camaño y Pardo , Gobernador de Figueras.

Dr. D. Antonio Monner , Rector de Coro de Vall.

Don Luis Perpiñá de Granollens.

Don Agustin Sala.

Don Luis de las Llanas.

Don Manuel José Oños.

Don Tomás Balius.

Don Gabriel de Cervelo y Velasco.

Dr. D. Juan Ferrer y Albareda.

Don Francisco Casanova y Gayolá.

Don José Umbert.

Don Máximo Merino , Canónigo de Tortosa.

Don Andrés Pujol , por 4 egemplares.

*LOGROÑO.*

Don José Ramon de Pujadas.

Don Francisco Bentrosa.

*SIGUENZA.*

Don José María Rodriguez , profesor de Humanidades.

Mosen Anton Salazar , Presbítero , y Beneficiado de santa María en Ateca.



CORUÑA.

Don Eusebio del Valle.

CÁDIZ.

Don Antonio María del Campo.

Don Francisco de Paula Mihura.

Don Juan Martínez Torres.

Don Antonio García.

Don Rafael Andrade.

Don Diego Zaragoza, por 2 ejemplares.



\* Vista de Sevilla por el lado del Poniente.







Don Esteban de Sotomayor

Don Antonio Maria del Campo

Don Francisco de Paula Alvarez

Don Juan de los Rios

Don Pedro de Sotomayor

Don Juan de los Rios

Don Juan de los Rios, Don Juan de los Rios

Don Juan de los Rios, Don Juan de los Rios













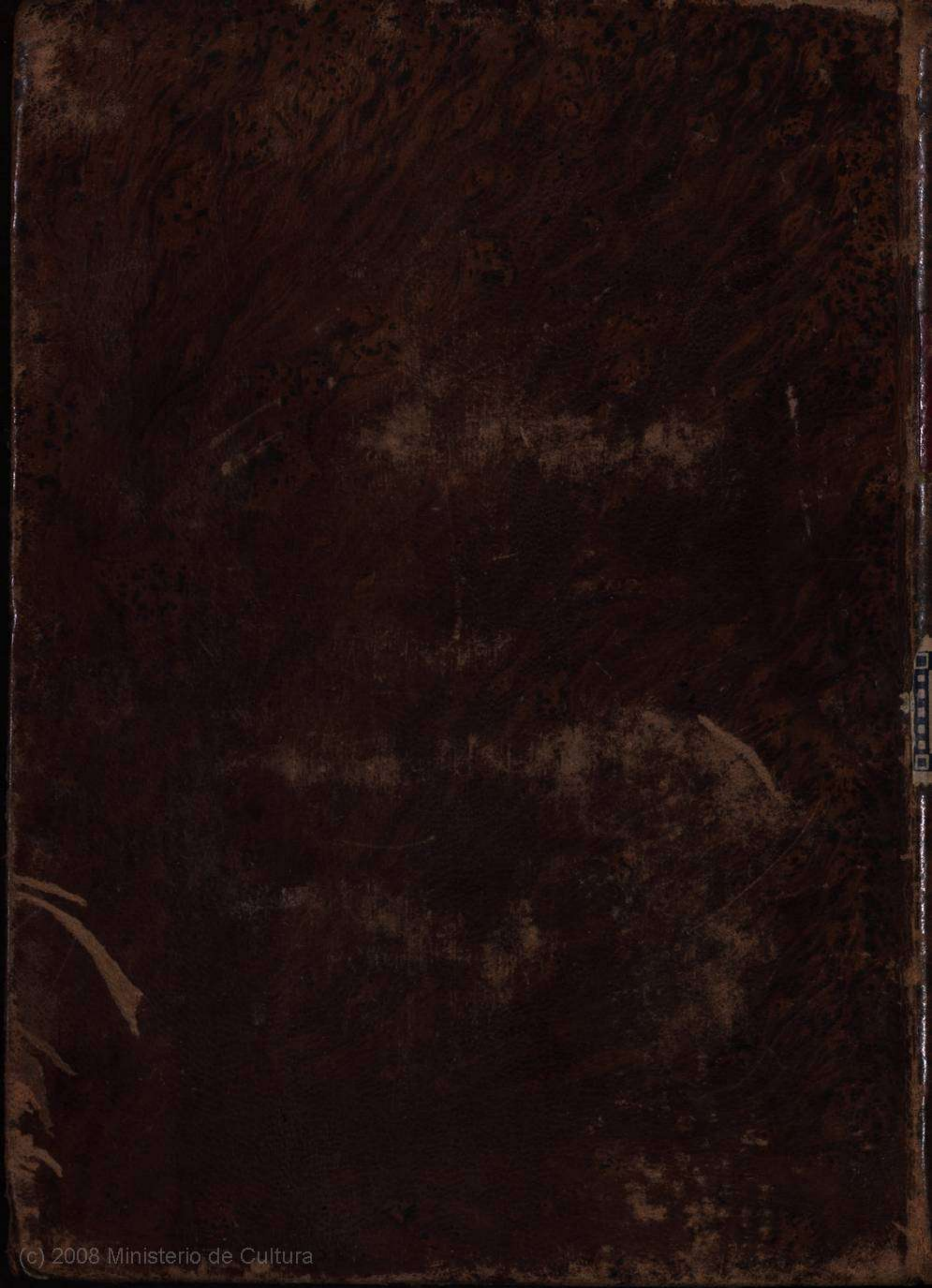














1825



1825

TEA

1825

1825



1825

1825

11



1825

1825

19

(c) 2008 Ministere